



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**TRAS LOS GESTOS REBELDES: NARRATIVAS E
IMÁGENES DE MUJER PARA DESACOMODAR
LAS FORMAS Y CONFIGURAR UNA ÉTICA DEL
CUIDADO DE SÍ Y DE LOS OTROS**

Lina María Palacios Mena
Alejandro Hernández Flórez

Universidad de Antioquia
Facultad de Educación
Departamento de Enseñanza de las Ciencias y las Artes
Medellín, Colombia
2019



**TRAS LOS GESTOS REBELDES: NARRATIVAS E IMÁGENES DE MUJER
PARA DESACOMODAR LAS FORMAS Y CONFIGURAR UNA ÉTICA DEL
CUIDADO DE SÍ Y DE LOS OTROS**

**Lina María Palacios Mena
Alejandro Hernández Flórez**

Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de
Licenciados en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana

Asesora

Érica Elexandra Areiza Pérez
Magister en Literatura Colombiana

Universidad de Antioquia
Facultad de Educación
Departamento de Enseñanza de las Ciencias y las Artes
Medellín, Colombia

2019

Agradecimientos

En la pausa de la tarde sentados lado a lado, observamos las huellas que maquillan las palmas de nuestras manos, el silencio juega a ser cómplice en la compañía placentera. Sentimos cómo nuestros pasos se abrieron camino en el sendero que supuso esta aventura. Sumidos en el mutismo, permitimos que los ecos de otras voces habiten nuestra casa, tenemos las puertas abiertas y disponemos del espacio como anfitriones en el reino del agradecimiento, por ello, resulta preciso evocar las voces de Mariela Fernández y Diana Álvarez, ambas maestras en lengua castellana, ambas artesanas de la palabra, que nos recibieron en su hogar al calor de la compañía y la posibilidad de ser, entre pupitres, tableros, espejos y risas; por ello, extendemos el agradecimiento al Centro Formativo de Antioquia –CEFA-, y a aquellos que hace parte de ella, por permitirnos agenciarnos como maestros entre la luz que se filtraba cada despertar en sus pacillos. Se multiplican como por arte de magia los deseos de agradecer a todas las estudiantes que nos nombraron en la misma sintonía que su palabra poderosa, por permitirnos construir puentes, reparar goteras, borrar el tablero y avivar el fuego que arde en cada una de ellas. Gracias a nuestra asesora, Érica Areiza, quien con manos hábiles supo hilar nuestras voces en una sola sintonía, supo también remar al ritmo de nuestros oleajes y supo ser faro cuando nuestra barca estuvo a la deriva. Gracias por enseñarnos a ser puerto.

**TRAS LOS GESTOS REBELDES: NARRATIVAS E IMÁGENES DE MUJER
PARA DESACOMODAR LAS FORMAS Y CONFIGURAR UNA ÉTICA DEL
CUIDADO DE SÍ Y DE LOS OTROS**

TABLA DE CONTENIDO

Una esquila en el buzón o resumen.....	6
En medio del bosque, una llama: la promesa de un camino o introducción	7
I. IMÁGENES DE MUJER ENTRE EL PESO AVASALLANTE DE LO HEREDADO Y LA CONQUISTA DEL GESTO CREADOR O PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	10
Las huellas en el sendero por recorrer	11
Un oráculo que habla de un viaje “irrenunciable” a ser invisible.....	20
La carencia óptica	27
Lo ineludible en el contexto colombiano.....	30
Decir y mostrar. El problema situado en un lugar de singularidad	33
El regocijo de la búsqueda, trazando las rutas del punto de partida: propósitos	38
De la utopía no realizada en un entorno de utopías realizadas o justificación	39
II. CHRESIS O LA CONSTRUCCIÓN CONCEPTUAL.....	44
La maestra: el paisaje de la guerra al resplandor de las herencias.....	47
La mujer: la antorcha alrededor del deseo de trascender	55
La estudiante: el fuego detenido en el fervor del cuestionamiento.....	58
Un Candil y un tintero: escritura a medianoche o recapitulación del día	60
III. CERILLAS PARA AVIVAR EL FUEGO DEL ENIGMA O METODOLOGÍA.63	
Una ruta de reivindicación y reconocimiento	65
Enfoque metodológico: la acción narrativa como forma de contarnos entre nosotros	67
Participantes y contexto: la escuela, las estudiantes y los maestros en formación o la triada que narra el día a día.....	73
Una fuga de formas o los caminos del bosque a propósito de los desarrollos metodológicos	76
Las cerillas: el taller como estrategia metodológica para encender la llama.....	79
Memorias pedagógicas	89

Círculos de conversación: pretextos para el encuentro en la circunferencia que supone la circulación de la palabra	91
Consideraciones éticas	93
IV. EL BOSQUE SE HACE TESTIGO: MUDAR DE PIEL Y ATIZAR EL FUEGO DE LA PALABRA	94
Habit-ansias: de gramáticas heredadas y disidencias	96
Creadora de sí misma: el propósito como pretexto del gesto rebelde	107
Pórtico: levantar la vista y dirigirse hacia el sur	111
Tejer era todo lo que quería hacer y en su urdir floreció un cuerpo	119
Epílogo	125
Referencias bibliográficas	132
Anexos	134

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. The magic circle (1886) John William Waterhouse.....	7
Ilustración 2. Institución Educativa CEFA (2019)	75
Ilustración 3. Institución Educativa CEFA (2019)	75
Ilustración 4. Institución Educativa Palmichal, en San Carlos (2018)	77
Ilustración 5. En San Carlos Antioquia	78
Ilustración 6. Frida Khalo (1944) La Columna Rota.....	96
Ilustración 7. Débora Arango (1940) Frine o trata de blancas	101
Ilustración 8. Remedios Varo (1960) Mujer Saliendo del psicoanalista	107
Ilustración 9. Alejandro Hernández (2019) Reflejos de la palabra	110
Ilustración 10. Carlos Saavedra (2014) Madres Terra.....	116
Ilustración 11. Alejandro Hernández (2019) Caída en fuga.....	120
Ilustración 12. Fragmentada (Yuri 2019 estudiante grado once)	122

Una esquila en el buzón o resumen

Hay un silencio finamente recortado en la circunferencia de la noche, un silencio de nácar. Todos los días crece en su periferia una palabra, a veces, cuando al jardinero lo aqueja el olvido crece lo suficiente para tornarse árbol y allí nace la historia. El proyecto de investigación: *Tras los gestos rebeldes: narrativas e imágenes para desacomodar las formas y configurar una ética del cuidado de sí y de los otros*, se interesa por el cultivo, la escucha y la expresión de esa historia, pues la palabra como acto creador, al asistir a las circunstancias históricas de la mujer en relación con el lenguaje, se configura como gesto rebelde. La apuesta se instala en: develar las imágenes sobre ser mujer que subyacen en los ámbitos de la literatura, en el discurso neoliberal y en el contexto de la historia reciente sobre la violencia en Colombia, en función de procesos de formación que aporten a la construcción de una identidad narrativa en las estudiantes y a la generación de prácticas para el cuidado de sí y de los otros. El proyecto se enmarca en una perspectiva metodológica narrativa que reconoce el valor de la palabra de las estudiantes en la constitución de un relato que re-estructura su experiencia de vida y le confiere un arraigo en la búsqueda de sentidos. Allí, el taller como territorio de re-escrituras, se presenta como espacio nodal en donde se aprovechan las posibilidades a las que conlleva el desertar el relato determinista. El desarrollo del proyecto en el aula de clase se asumió, pues, como espacio de acogida de la experiencia singular, que permitió la expresión de tensiones familiares, sociales y subjetivas que dan cuenta de las formas en las que la mujer construye su identidad, al tiempo que, en el recuento de su narrativa, interroga imaginarios sobre el ser mujer que le confieren un lugar de enunciación en donde se hace creadora de sí misma.

En medio del bosque, una llama: la promesa de un camino o introducción

“Ya no sabemos encender el fuego, no somos capaces de recitar las oraciones y no conocemos siquiera el lugar en el bosque: pero de todo esto podemos contar la historia. Y, una vez más, eso fue suficiente” (Scholem, 1993)



Ilustración 1. The magic circle (1886) John William Waterhouse

Invocamos a Hestia, hija de Crono, hija de Rea, primera en conocer la furia de las fauces de su padre, para que el fuego nos sea bueno e ilumine la palabra. Para que en los momentos en los que las tinieblas consuman al caminante este encuentre una lumbre a la que sentarse alrededor y contar su historia, para que el fuego sea lugar de reunión y en compañía de otro se tejan tramas que hagan de la realidad una senda más soportable.

Porque el fuego tiene la facultad de dejarse caer en el abismo del pensamiento y en su desfallecer, en su inminente desvanecimiento, ilumina de pronto una inquietud que pone en duda la normalidad de la sombra imperturbable. Y así, el ser desborda palabras pendientes y el tránsito que, anteriormente, se distanciaba de los recodos de la vacilante incertidumbre, da la vuelta y va a su encuentro.

Pero qué vileza que a la mujer le haya sido encomendado el lugar más cercano al fuego de su hermana para que ilumine día a día la ausencia de su voz. Le fue arrebatada su historia para ser contada por otros en los recovecos del mundo, donde la llama no interpele su mentira. Su historia ha sido la de una vida invisible, la de una palabra muda, la de un cuerpo que le es ajeno, la de la historia de los olvidados. Hestia remueve entonces los rescoldos de su fuego y de las brasas mana una poesía que inquieta al ser. La mujer se pronuncia, el fulgor de sus palabras se instala como mapa en el cielo nocturno y hace un llamado; Mnemosine se presenta y hace de ella memoria. Porque aun cuando ha sido acallada, cuando su fuego creador fue combatido con fuego destructivo, cuando su historia fue forzada a habitar bajo las camas, en los rincones y a ocultarse en los tejidos más recónditos de la historia universal, aún puede contar la historia de su silencio y eso es suficiente.

Así, el fuego se ha encauzado en el tiempo de la mujer para ir fraguando unas narrativas que encuentran en la literatura un perfecto lugar de enunciación. Sus disidencias tomaron siempre la forma de una historia, actos rebeldes que reclamaron en un principio la sola posibilidad de consignarse en el papel, desertar el rol de musa para hacerse creadora, dejar de ser cuerpo conquistado para presentarle al mundo el resplandor de su voz y la particularidad de su mirada. En los nuevos silencios que le fueron impuestos en el transcurrir de la historia, como aquel de la guerra en que la sevicia se supera siempre a sí misma, ella encontró resistencia frente al olvido en los lugares más particulares y de las formas más dicientes. Cuando la mentira se vistió de libertad en los nuevos tiempos, ella hizo de su cuerpo una obra de arte para combatir la transparencia del mundo.

En la narración de su historia la mujer se transforma. En el recuento del acontecimiento, donde el mismo funge como ruptura o situación límite, la experiencia se re-estructura. Narra pero también escucha, allí reside la comprensión, se trata de una relación dialógica en donde el otro es radicalmente necesario. Allí la rebeldía se hace evidente en el cuestionamiento de lógicas de la indiferencia: ignorar la palabra e ignorar al otro. En el relato que se construye hay un cuidado de sí mismo en tanto la reflexión necesaria genera un desmoronamiento en donde se deviene otro; hay también un cuidado del otro en la medida en que la apertura y acogida de su historia se configuran como respuesta a su dolor.

Cuando el fuego visita a la escuela no se pueden ignorar los retos que implican las formas en las que el ser humano se relaciona con sí mismo y con los otros. Se trata de un hacer social, subjetivo y principalmente ético. Exige unas formas de estar en el aula que, lejos de establecerse como prescriptivas, sí hacen necesarios otros focos, unas disposiciones diferentes a las acostumbradas de parte del maestro y de los estudiantes, otro tipo de movilidad, no aquella de la actualidad que se desplaza sin problemas, sino otra de naturaleza laberíntica, rizomática, que precisa de un caminante que no desespera en el regreso y que aprende de las trabas. Implica una restitución de la importancia capital del lugar de la cotidianidad en la construcción de la identidad y del conocimiento.

Entonces Hestia reaviva su fuego y se generan otras cocciones, hay un desprendimiento del recetario, la sazón de esta nueva mujer transforma las acciones enmarcadas en los convencionalismos, se ha fugado y su escritura ocasiona un florecimiento en el mundo, un crepitar que se filtra en otras casas y expone el enigma con tal sutileza que cientos de rostros se levantan de su silencio y al mirar por la ventana inician su tránsito.

I. IMÁGENES DE MUJER ENTRE EL PESO AVASALLANTE DE LO HEREDADO Y LA CONQUISTA DEL GESTO CREADOR O PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Para nadie es un secreto que el hecho de nacer mujer, de ser mujer, no ha sido un asunto fácil. La mujer ha sido vista, en muchas épocas de la humanidad, como una carga, como un peso, por ejemplo, para la familia. En algunas culturas no era una práctica extraña abandonar “a su suerte” a las bebés recién nacidas; al fin y al cabo, estas no iban a perpetuar el nombre de la familia, había que encontrarles un buen marido, y por supuesto una buena dote. Lo que tampoco es un secreto, es que esto no es una costumbre occidental, sino que parecer ser un postulado universal, donde las familias ansían y valoran a los hijos, los hombrecitos, los que sí perpetuarán el nombre familiar. De ahí que surjan unas prácticas donde la mujer se ve directamente implicada de una forma negativa y son prácticas tan arraigadas que, muchas veces, las mismas mujeres se han encargado de reproducirlas.

Ahora bien, también es consabido que, en general, las mujeres se han sentido en algún momento de su vida discriminadas o violentadas por su condición de ser mujer, y esto no tiene justificación alguna. “Estos no son juegos de niñas”, “las señoritas no se sientan así”, “¿vas a salir vestida así a la calle?”, “las mujeres decentes no buscan a los hombres”, “si hay una mujer en la casa es el colmo que esté la cocina sucia”. Estas frases pueden continuar y llenar páginas enteras. Las mujeres se han visto obligadas a llevar vidas secretas, vidas invisibles, buscando formas de resistencia. Un ejemplo de esto lo encontramos en una provincia de China donde unas mujeres inventaron una lengua secreta: el *Nushu*, una lengua por y para mujeres, es más, la palabra *Nushu* significa escritura de mujeres. Cuenta la leyenda que la creó una de las concubinas de uno de los emperadores que, desolada porque estaba alejada de su familia, se ingenia esta lengua para poder estar cerca de su hogar y así no ser miserable. El *Nushu* se enseñaba de madres a hijas y se protegía como quien conoce el valor del tesoro que guarda entre sus manos.

La vida del hombre, la vida de las puertas de la casa hacia afuera siempre ha sido negada, prohibida para la mujer, el hogar debe ser reino y dominio, pero todos sabemos que, así como el rey tiene sus hombres, la reina se encarga de tejer un reino donde sus brazos se extienden más allá de la corona. Otras formas de resistencia han sido, en un acto osado y

desesperado, vestirse de hombre para conocer ese reino prohibido, como fue el caso de la escritora suiza Isabelle Eberhardt o conocida como *Mahmoud Saadi* o *Nicolás Podolinski*, o el caso de la escritora francesa George Sand que, cambió su nombre (Amantine Aurore Lucile Dupin) a un nombre masculino para poder publicar sus libros. Son innumerables las estrategias a las que se han visto obligadas las mujeres para poder ser en un mundo donde se ha privilegiado un tono de voz, un color, un padre, un marido, un hermano, un señor todo poderoso.

A la luz de lo anterior, resulta imposible desconocer, en la realidad en la que nos centramos, esas tensiones a las que ha estado sometida la mujer sin importar la época, la condición social o su ubicación geográfica. En esta apuesta investigativa interesa situar dichas tensiones desde tres ámbitos, a saber: las imágenes de la mujer en la literatura, principalmente desde los postulados de María Moliner; la mujer más allá de su posición como víctima o victimaria para enfatizar en sus actos de resistencia, a propósito de las vejaciones sufridas en el contexto de la violencia reciente en el país y, finalmente, las imágenes de mujer en el discurso neoliberal para problematizar las representaciones del cuerpo adscritas a esta perspectiva tan arraigado en las prácticas sociales contemporáneas.

En el camino entonces se abre el sendero que permite recorrer entre el ayer y el ahora los pasos que otros ya han dado; el sendero se presenta primoroso, agradable, a la expectativa del discurrir de los pasos que marcarán otras brechas, que alimentarán el follaje del paisaje; se establecen las rutas y, con equipaje en mano, nos disponemos en el camino.

Las huellas en el sendero por recorrer

Buscamos, no respuestas ni fórmulas ni rutas, buscamos en dónde leernos, buscamos el devenir de la palabra del otro para dejarnos interpelar por sus búsquedas, para tejernos en la urdimbre de sus preguntas y pareceres, para halar hilos, cortar otros y encontrar agujeros. Llegamos al encuentro con la palabra del otro desde una disposición a la transformación de la mirada, a una organización de nuestra propia narrativa de la mujer desde lo posible de sus palabras.

Entonces tenemos que en el proyecto de investigación *Afrodita pasa al espejo: Representaciones del cuerpo femenino y erotismo, desde el arte y la literatura en mujeres adolescentes de la Institución Educativa Javiera Londoño*, de John Alexander Zapata Ramírez (2014)¹, se le atribuye a las altas tasas de embarazos en adolescentes la carencia de una educación desde y para mujeres, en tanto lo femenino, lo erótico, el cuerpo y algunas prácticas culturales reproducen imaginarios sobre el deber ser femenino (narco novelas, música urbana); así mismo, hace referencia a la poca educación sexual o sobre la sexualidad a la que tienen acceso las adolescentes en las instituciones educativas y cómo, desde el hogar, esta poca “educación” es moralista y represiva, lo que desemboca en un mal manejo del cuerpo, imaginarios negativos frente al sexo y lo que implican la sexualidad y el disfrute, por ello, a través de la pintura y la literatura busca propiciar espacios de reflexión en torno a una apropiación y empoderamiento femeninos desde donde sean conscientes de su sexualidad.

Son numerosos los trabajos nacionales e internacionales que de una u otra forma abordan el tema de la mujer y lo femenino; en términos de referentes directos este trabajo nos aporta un primer estudio con la población que es de nuestro completo interés, a propósito de la apuesta de realizar ejercicios introspectivos donde las adolescentes se asuman y se reconozcan como mujeres y lo que esto implica.

Si el foco del trabajo son las adolescentes y para lograr hacer eco en ellas frente a esa condición femenina y lo que ha implicado a través de la historia, el trabajo se queda corto en ese recorrido, en esas nociones históricas frente a la mujer y lo femenino, lo que supone para este trabajo un compromiso con la ampliación de esta perspectiva histórica desde el ser mujer; así mismo, hace falta desarrollar los imaginarios socioculturales en torno al cuerpo, lo erótico, la sexualidad y las relaciones que traza entre estos conceptos y el abordaje que, según señala el autor, hacen las Instituciones Educativas y la familia frente a los procesos de educación sexual en las adolescentes.

Por otro lado, en el texto *La educación de la mujer* según Joaquín Acosta, vemos que si bien se enfoca en el desarrollo de la educación en España, también brinda unos aportes

¹ Trabajo de Grado realizado en la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua castellana de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia

históricos y universales frente a las adversidades que han pasado las mujeres para tener acceso a la educación y a una educación de calidad; el autor cuenta cómo apenas en la mitad del siglo XIX se abre la discusión sobre si la mujer debe tener o no acceso a la educación y qué tipo de currículo se debería implementar. Hasta entonces los imaginarios frente a dicha educación giraban en torno a un conjunto de prácticas estereotipadas sobre el deber ser de la mujer: se le educa para que sea una buena mujer, es decir, buena esposa, buena madre, buena hija. Después de una de tantas revoluciones se empieza a cuestionar la educación del hombre hasta el momento y cómo el hecho de que la mujer pueda acceder a ella hará que se erradiquen las malas prácticas sociales. Aparecen argumentos tales como que la educación debe ser para personas y no dividirse en para hombres y para mujeres, a la vez cuestiona la poca oferta laboral hacia ellas y cómo estos trabajos no se disfrutaban, dado que las mujeres no conocían el goce de trabajar en algo que gusta, en algo que apasiona; dice que la mujer no posee una dignidad laboral y de ahí se desencadena su malestar a la hora de desarrollar ciertos oficios, que generalmente eran el de maestra o institutriz.

Este artículo aporta unas nociones históricas y socioculturales frente al acceso que se le ha negado y frente al tipo de educación que se le brinda a la mujer desde el siglo XIX hacia adelante; abre también la discusión sobre el currículo de una educación por y para mujeres; asimismo, deja abierta la pregunta acerca de si se debe separar la educación por cuestiones de género. También hace un aporte frente a cómo encara la mujer su posición de “obrero” y cómo la dignidad tiene un papel fundamental en el desarrollo de esa función. De igual modo, aporta un vistazo a cómo eran y cómo han sido algunas de las instituciones para la educación femenina, desde las falencias y cómo esto repercute en el tipo de formación que las mujeres reciben.

En general, le hace falta desarrollo, sobre todo en los puntos de tensión que son los más potentes, como, por ejemplo: si se debe o no separar la educación por género y las opiniones que esto ha suscitado y sobre cómo han sido las instituciones que se han encargado de la educación de la mujer, sobre todo a mediados del siglo XIX y el papel que ha tenido la familia como primera institución en permitir, prohibir o mediar el acceso a la educación y al tipo de educación.

Por su parte, María Moliner Ruiz, en su tesis doctoral *La mujer y la literatura* (1996) plantea que para hablar de mujer en relación con la literatura se debe hacer desde tres posiciones: la primera, la mujer como objeto literario; segunda, la mujer como lectora; y, tercera, la mujer como creadora de obras literarias; siendo las dos primeras los lugares más comunes de la mujer en tanto a esa relación con la literatura, pero, la mujer como creadora de obras literarias es un discurso más bien reciente, mediados del siglo XIX, donde primero se debe tener en cuenta, según Moliner, (1996), que la literatura producida por mujeres es muy distinta a la que es producida por los hombres y, a propósito, reivindica a la mujer en tanto se escribe desde una condición natural, (y una consciencia social derivada de las distintas formas de violencia de las que han sido víctimas) y empoderada de su ser como mujer y no a través de los estereotipos e imaginarios que poseen los hombres y que se encargan de esparcir y reproducir en sus creaciones literarias.

La mujer como creadora de obras literarias reivindica entonces su gran capacidad, siendo merecedora de premios y galardones de alto estatus que impulsan su trabajo como escritora.

Esta tesis doctoral aporta a nuestro trabajo una visión directa desde el campo literario, algunas condiciones socioculturales frente a la relación mujer y literatura y el principal punto de tensión: el acceso al mundo literario, no desde roles pasivos sino como creadora. Una mirada de una posición empoderada desde el ser mujer, cuando, con su creación las mujeres producen una literatura que no se asimila ni trata de imitar a la masculina, sino que, entendiendo su condición femenina y formando parte de un colectivo, sabedoras de que han padecido múltiples discriminaciones en varios ámbitos de la sociedad, tienen como resultado una escritura totalmente diferente y rica en experiencias y esto desemboca en la adquisición de una conciencia social. También aporta una visión desde el rechazo y la discriminación hacia la mujer y cómo esto varía las formas de ver el mundo.

De otro lado, encontramos que el proyecto de investigación *Arte y literatura de la crueldad: Tríptico de la memoria como olvido en la enseñanza de la literatura* de Sara Jiménez Monsalve (2017)², quien piensa la acción educativa como una constante confrontación. Desde la organización de un tríptico, divide a la memoria desde sus

² Trabajo de Grado realizado en la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua castellana de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia

observaciones, propósitos y expectativas. Se tiene entonces a la memoria como repetición, como recuerdo, y como olvido; articulando siempre al arte como base, como detonante. Arte y literatura de la crueldad como una forma de escandalizar al espectador y llevarlo a una posterior reflexión, lo remite a su memoria y lo desacomoda; de este modo se aprovecha el desajuste ocasionado para desarrollar un proceso formativo. De alguna manera hace uso del contenido estético del arte como una ruta hacia la interrogación del sujeto respecto de los niveles de reconocimiento de la acción cruel: “¿cuántos de nosotros hay en esos actos crueles cometidos en la ficción?” Se pregunta la autora.

Desde José Ovejero, citado por Jiménez (2017), nos damos cuenta de que la movilización propuesta por él, puede situarse fácilmente en al menos dos de los tres ejes que guían nuestra propuesta: desde la violencia, la perspectiva habla de forma muy clara a nuestro proyecto: la lectura de las memorias de guerra, sin duda, debería escandalizar y llevar a la reflexión. Implican un posicionamiento y un llamado a la consciencia: la realidad cruda del país irrumpe en el limbo ilusorio que antepone la escuela; y la profunda decepción que supone el encuentro con la honesta realidad se articula con el sufrimiento propuesto por Ovejero y desarrollado por Jiménez. En el segundo eje, la presencia de la mujer en la literatura supone también un evento cruel, si se habla de la identidad como algo referido al reconocimiento por parte de un externo, las formas de invisibilización presentes en la literatura no son más que violencia. El trasegar de la mujer por las hojas fue escrito, por muchos años, con una tinta que le arrebató las palabras para siempre, se las negaba y la negaba a ella como portadora de unas narrativas que tenía que expresar. Así, se está frente a un espacio de posibilidad que desacomodaría a las estudiantes con un profundo sentimiento de indignación hacia el encarcelamiento de su potestad creadora, en un acto de exclusiva reproducción. En cuanto al tercer eje, podemos esgrimir una lectura en la que las formas en que los discursos de la contemporaneidad afectan la identidad del sujeto resultan particularmente crueles por su aparente profilaxis, es decir, ausencia de eventos crueles, distanciamiento de la violencia, pero que son sólo fachada. Las formas de interacción actuales son una conquista a todas luces y la violencia en la que se da, una vez reflexionada, hecha consciente, no hace más que evocar un silencio posterior a la masacre, un eco de muerte en el muladar en el que se extinguió el pensamiento. Lo cruel irrumpe en la pretensión de orden. Cuando se leen las crónicas de Alfredo Molano (2001) la única

acción posterior es romper la burbuja de la ilusión (la ficción social construida alrededor de lo que la farsa de un ideal político quiere esconder) con la aguja de una profunda indignación y de un anhelo de justicia.

El concepto de experiencia de Larrosa, presente también en el texto de Jiménez, nos invita a pensar lo vivido por las estudiantes como un terreno inexplorado; si la experiencia es lo que nos pasa, si se trata de algo que se padece y que por tanto sitúa al sujeto en una posición pasiva, entonces una de las formas de transgredir el curso normal de la experiencia es narrándola, una narración que busque conferirle sentido a la experiencia. Una búsqueda supone siempre una pregunta y las preguntas son tal vez una de las mejores formas de posicionarse de manera activa frente al mundo, de ser irreverentes sobre lo que nos domina. Vale la pena aludir al concepto de crueldad de Clement Rosset que menciona que lo cruel de la realidad es la realidad misma; y en efecto, pensamos la realidad (condiciones socioculturales) de la mujer como una tensión en sí misma. La existencia de la mujer es cruel en tanto tal. Lo que se busca, la posible tensión, reside en que la mujer se desplace de una existencia que legitima esta crueldad y que se constituye en que la natural disposición de la mujer es sufrir el mundo, a una denuncia que boicotea la realidad, a un hacerse cargo y actuar.

En cuanto a la investigación como tal, nos invita a tomar el conocimiento como creación mancomunada entre investigador e investigado, lo que para nosotros supone un principio metodológico por el enfoque biográfico-narrativo. Además, desde su naturaleza cualitativa, reivindica lo cotidiano como una forma de comprender la realidad.

Si bien el proyecto de investigación propone, para la movilización, encuentros con la historia nacional: el caso de *Omaira* o *Pablo Escobar*, y que estos acontecimientos pueden presentarse como cercanos para algunas personas, hacen parte, más bien, de la historia oficial del país. Nosotros, nos centramos en lo cotidiano, por eso el énfasis en el estudiante y su voz, por eso el interés por su memoria. Si esta propuesta, la de Jiménez (2017), se centra en las fotografías de la guerra global, nosotros queremos fotografiar las calles de sus barrios, pintar con colores locales las memorias de sus experiencias. Finalmente, la investigación no toma las memorias de mujer como principal movilizador, y para nosotros, estas son nodales como detonantes.

Consideramos conveniente referir, también, el texto del profesor Gabriel Jaime Murillo Arango (2019) *Vivir para educar(se): una experiencia en busca de narrador* que se divide en cuatro partes. Cada una se preocupa por un desarrollo del concepto de narrativas que se articula con el anterior y clarifica una suerte de perspectiva en donde la vida misma se constituye como narración, siempre en busca de sentido. Así, el primer fragmento, *La educación como acogida*, se hace cargo del sujeto como “animal symbolicum” (p. 35), la comprensión de su existencia está dada en mitos. Así es que el sujeto se encuentra instalado en redes de símbolos, acogido por éstas y empieza a construir sentido desde las mismas. El segundo fragmento, *La identidad narrativa*, desarrolla cómo esa búsqueda de sentido puede valerse de la narración para acceder a la comprensión de la propia experiencia. El tercero, *Narrarnos a nosotros mismos*, alude a esa comprensión que se da cuando se es capaz de ponerse a sí mismo en intriga, de armar tramas. Y finalmente: *la alteridad, yo soy otro*, que es principalmente una pregunta por el otro y por los otros que habitan en el sujeto.

Los principales aportes del texto del profesor Murillo (2019), tienen que ver con la alteridad. En nuestro eje sobre Violencia y memoria y desde la lectura de los informes del Centro Nacional de Memoria Histórica (2011, 2016) vemos que la relación del colombiano con la diferencia es compleja. Lejos de posicionarse como posibilidad, la diferencia parece denotar peligro. Las cicatrices de la guerra han hecho que tengamos una predisposición frente al encuentro con el otro, en donde no se le recibe más que desde la aprensión y el recelo. Se lo niega como tal, se lo cancela, y en las circunstancias más agrestes, la infamia reside en que se le asesina. El profesor Murillo nos dice entonces que la diferencia es benéfica, pues es cuando se permite el fluir de una contradicción en nuestras propias narraciones cuando se llega a encontrar sentido en las mismas. La palabra del otro es ineludible en la búsqueda de sentido. Contar requiere de un otro, aun cuando este guarde silencio; cuando narramos a un otro o los otros nos narran, se da un encuentro con lo inenarrable desde el sí mismo; el empalabramiento de la realidad que hace el otro se constituye en la hermenéutica de nuestras vidas. (Murillo, 2019)

Consideramos también que el texto nos podría aportar en la construcción de las bases teóricas desde un indulgente cuestionamiento a uno de los conceptos allí presentes. Hablamos de las estructuras de acogida que, desde su red de símbolos, permiten la

configuración de un sentido, pero que dan pie a una disputa ante la acogida de la mujer de esa simbología, una vez es consciente de las instituciones en las que se gestan los símbolos, pues son la familia, el lenguaje, el contexto, la escuela, la religión, las que de alguna forma legitiman prácticas de dominio y silenciamiento sobre la mujer. Cuando es acogido el sujeto ¿Debe perpetrar sus prácticas a lo largo de su vida en una suerte de facilismo existencial donde el sentido del acto y del pensamiento le son dados?

El trabajo de grado *Feminización de las pedagogías vs pedagogías feministas* de Julieth Carolina Taborda Oquendo (2017)³ propone una mirada profundamente aguda sobre la educación de la mujer, esto es, prácticas de feminización y pedagogías feministas. En una primera parte, desarrolla un argumento respecto a cómo la feminización de la pedagogía deja intacto el problema de la discriminación, de la desigualdad, del abuso de poder y de censura de la diferencia. Así, menciona que la feminización tiene que ver con cómo fenómenos, prácticas o espacios adquieren forma femenina; pero es sólo simulación y esa *forma* que adquiere es sólo una manera de legitimación de estereotipos y pareceres deterministas. Es a raíz de esta práctica de feminización que la autora propone las pedagogías feministas como el posicionamiento de lo diverso, lo propio, lo de-colonizador, lo cotidiano, lo posible.

Consideramos que esta propuesta le aporta a nuestra investigación si partimos de la base de que nuestra búsqueda está intencionada a lograr formas de resistencia desde la reivindicación de la voz de las estudiantes, esto es, sus narrativas, sus sensibilidades, en suma, su experiencia del mundo desde una hermenéutica del sí mismo. Las pedagogías feministas propuestas en la investigación aportan a la forma como “los conocimientos que se construyen en la cotidianidad, rompen con la noción única de construir conocimiento y ponen en tensión las formas únicas de comprender el mundo” (Taborda, 2017, p. 31).

También, desde la lectura de la mujer que hacemos de la contemporaneidad, encontramos que las violencias se han vestido, en los contextos aparentemente más civilizados, de ausencia. Por supuesto esto es sólo la fachada de unas formas de violencia aún más crudas por haberse normalizado, muchas veces, desde la misma acción y pensamiento de la mujer.

³ Trabajo de Grado realizado en la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua castellana de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia

La investigación en este punto, expone cómo la mirada atenta en lo sutil, en su reflexión, en la autocrítica y en el manejo de los tonos permiten de-construir lo cotidiano (Taborda, 2017).

No obstante, observamos cómo de forma recurrente, la investigación se aleja de una perspectiva propositiva que se detiene en los problemas, a una denuncia constante del déficit. Comprendemos que las intenciones son otras y que la mención de estas situaciones se hace necesaria; sin embargo, nuestra búsqueda nos invita a pensar las formas de resistencia infiltradas en las lógicas de dominio; es decir, si la feminización de la pedagogía cae en el determinismo de transmitir supuestos tales como el desplazamiento de la mujer de la toma de decisiones sobre el mundo, sobre otros, por su *sensibilidad*, nosotros proponemos unas producciones desde *lo sensible*, que den cuenta desde este errado estereotipo, como la manera de pensar el mundo de la mujer, precisamente por su relación particular con el mismo, es válida, debe ser escuchada, y supera los absolutos del pensamiento históricamente convencional.

Por su parte, el texto *Pedagogía de la memoria* (2017), también del profesor Murillo, vemos que desarrolla tres aspectos centrales: una conceptualización y clarificación alrededor de la memoria. Y la argumentación de la sentencia de que se aprende a ser humano desde la lección de Auschwitz y la lección del sur. Así, en la primera parte hace la diferenciación de tres conceptos: *Memoria*, *Memoria colectiva* e *Historia*. La primera tiene que ver con el acto individual de recordar, la segunda supone un remitirse al recuerdo desde unos marcos simbólicos culturalmente compartidos y la tercera, pretende consignar un orden objetivo de los hechos del pasado. En la segunda parte hay una preocupación por educar contra la violencia, se habla entonces de educar contra Auschwitz desde el arte que vuelve sensible lo inhumano y de una literatura de testimonio que busca hablar por los que no tienen voz. En relación con el sur, invita a replantear las raíces de las condiciones de lo que significa ser humano, ese aprendizaje se da, dado que no es un rasgo inherente de nuestra especie, en la medida en que tejemos con extraños.

Los principales aportes de este texto a nuestro proyecto de investigación se articulan muy bien con lo propuesto en *Arte y literatura de la crueldad* (2017); nos enfocamos más en la *lección del sur* y la lectura de informes, crónicas, relatos y memorias intencionados a lo que

Cynthia Farina (2005) llamaría la irrupción de lo irregular en lo constituido, esa incomodidad generada por el horror, y que da pie a un proceso formativo del que brotan cantidad de posibilidades: ¿encontrar en la palabra del otro el reconocimiento de la maldad en el sí mismo? ¿Movilizarse frente a las injusticias cometidas sobre las mujeres en la literatura y en los contextos nacionales y locales? ¿Cómo? ¿Denunciar las formas de violencia experimentadas que se hacen claras en la lectura de los textos? ¿Hilar solidaridades con los extraños y aprender a ser humanos? Tal vez que conquisten la palabra las que sólo han tenido oídos.

Un oráculo que habla de un viaje “irrenunciable” a ser invisible

*“Si me quieres no me recortes:
¡Quiéreme toda... O no me quieras!”*

(Loynaz, 2009)

Una mujer que sea buena pero no tanto, porque resulta aburrida, que también sea mala pero no mucho porque ya es una bandida, y esa no se le puede presentar a la madre. Una que sea muy bella, que muestre, pero no demasiado, que se reía, pero no muy alto, que opine, pero no de política, que escriba, pero la lista del mercado.

Una mujer que sea pero no sea, es decir, que no le permitan ser mucho, porque se convierte en una mujer peligrosa, de esas que no se pueden controlar, y para eso está el padre, el hermano o el marido, esto es la figura masculina sin la que la mujer supuestamente no puede vivir, porque al parecer por años y años nos han hecho creer que la mujer sola no puede ser, es como si hubiera algo en su naturaleza que debe ser reprimido (por y para el bien de todos). Este ser ignoto, que parece ser capaz de mostrar en su naturaleza fenómenos extraños, puede ser una en un segundo, una encantadora, risueña, divertida e inocente, pero también puede ser cruel, sagaz, una villana que confunde al hombre y lo aliena de su naturaleza racional. Estas últimas, las que no se visten de encaje para encajar, esas en quienes el misterio es su nombre de pila, esas mujeres las conocemos como brujas, como cortesanas, como descarriadas. Estas mismas se han encargado de actos de resistencia, de vivir y demostrar que el ser mujer no es una condición especial que requiera los cuidados y

los condicionamientos de nadie, el precio por vivir su vida tal y como deciden hacerlo ha sido alto, tanto que la historia se encarga continuamente de tenerlo presente, porque son referentes de los que no nos podemos olvidar.

Cuando Mary Wollstonecraft miraba a su hija recién nacida, luego de que Gilbert Imlay la dejara, reflexionaba sobre lo angustioso que era pensar en la opresión y dependencia que recaen sobre la mujer (Montero, 1997). Una apreciación sin lugar a dudas acertada, puesto que su hija Mary Shelley pondría en boca de su creación: Frankenstein, una sentencia similar que se gestaba, tal vez, en el acierto del augurio de su madre sobre su experiencia de vida: “Por doquier veo felicidad de la que estoy irrevocablemente excluido” (Montero, 1997, pág. 57) Y es que, ¿no se habla de la historia de la exclusión al referirse a la historia de la mujer? Un ser extraño que se mueve por las grietas de un mundo construido por otros y para otros, al que tiene prohibida la entrada; la mujer que atenta contra las categorías que le son propias es reprendida. Pareciera como si el arquitecto sintiese vergüenza de su creación y por tanto la esconde, no sabe cómo responder a la exigencia de sentido; el por qué confronta la ética de un acto que se llevó a cabo por pura posibilidad. Cabe preguntarse si tal vez la ausencia de dios se debe a la vergüenza de una respuesta que carece de toda trascendencia ante una exigencia de razón de ser.

A diferencia de la situación de orfandad de la humanidad en relación con dios, la mujer altiva en su mirar es capaz de preguntar a su creador el porqué de su relación con el hombre si es su igual, y esto lo hizo -según la tradición judía- Lilith, de quien se dice fue la primera mujer, antes que Eva, una mujer hecha a imagen y semejanza, y no de una costilla, ambos hechos del mismo polvo. Esta mujer preguntaba, cuestionaba y exigía, esto fue lo que desacomodó a Adán, así que, quejumbroso ante su padre ruega por una mujer distinta

Y de la costilla que Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces a Adán: esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada (Génesis 2:22-25).

Y Lilith pasó a la historia como una mujer demonio que engaña a los hombres a través del erotismo y la sexualidad, conduciéndolos al pecado.

La natural inclemencia de la existencia es coherente consigo misma al hacer del oráculo, que proclama el destino de la mujer, a una mujer. La opresión y dependencia que tanto angustiaban a Mary Wollstonecraft se establecen en unas formas de dominio impecables cuando es la mujer misma, por influencia de las lógicas del mundo del hombre grabadas en la historia, la que se reduce a sí misma en pensamiento y acto a un servilismo crónico. Ese, precisamente, es el caso de mamá Helena en *Como agua para chocolate* de la escritora mexicana Laura Esquivel (1989), que sirve como puente para interpretar los ámbitos que inciden actualmente en la construcción de las representaciones de mujer y más relevante aún, para encontrar en la figura de Tita, (la protagonista) esas transgresiones que llevan a la resolución, por fin, del acto, en la construcción de resistencias.

Tita, como si se tratara de un juego malicioso del destino decretando cuál sería su reino, nace sobre la mesa de la cocina, a causa de un profuso llanto detonado por la cebolla que pica Nacha, la cocinera; el juego metafórico y lo que connota llegan a asemejarse a la tragedia. “Ella sabía que su oráculo determinaba que en esta vida le estaba negado el matrimonio” (Esquivel, 1989, p. 17). Una existencia determinada en la reclusión a espacios que la distancien lo mejor posible de esa pregunta que fragmenta todo: ¿por qué? Lo que interesa en este punto, sin embargo, es el papel de mamá Helena como cómplice del dominio sobre sí misma y sobre sus hijas. Ella, en sus prácticas y su discurso legitima la existencia servil de la mujer: “sabes muy bien que por ser la más chica de las mujeres a ti te corresponde cuidarme hasta el día de mi muerte” (p. 18). Las formas de admisión de dominio sobre sí misma alcanzan niveles infames cuando se clarifica que las dinámicas de la comunicación en la casa no permiten el diálogo y esto se confirma cuando la madre le dice a Tita “¡Tú no opinas nada y se acabó!” (p. 18) La defensa de las farsas instaladas en el tiempo, como mencionábamos atrás, también se han instalado en el pensamiento como absolutos. “Nunca, por generaciones, nadie en mi familia ha protestado ante esta costumbre y no va a ser una de mis hijas quien lo haga” (Esquivel, 1989, p.18) ¿A qué se deben esas prácticas de dominio del oprimido sobre los oprimidos? Cuando se escuchan frases como:

tiene que aprender a cocinar o no va encontrar marido, le tiene que tener la ropa lista, gorda no la va a querer nadie, se asiste a la legitimación de su existencia invisible por parte del afectado. ¿Han perdido realmente estas mujeres esa discordancia que se sitúa entre la situación heredada y el deseo?

Ese no parece ser el caso de Tita, el siseo de la mantequilla y la cebolla, el olor del chorizo que se sofríe, no fueron suficientes para mantener sus ideas a la altura de las ollas y los platos. Ella transgrede el endebte transcurrir de la costumbre con su “yo opino”, se desplaza de la función impuesta hacia el desarrollo de una inquietud que fragmenta lo instituido. “Tita no estaba conforme. Una gran cantidad de dudas e inquietudes acudían a su mente” (Esquivel, 1989, p. 18) y finalmente, renunciando, al menos de forma lingüística, a ese destino impuesto por el oráculo que es su propia madre, se pregunta:

¿Quién había iniciado esta tradición familiar? [...] ¿Cuáles fueron las investigaciones que se llevaron a cabo para concluir que la hija menor era la más indicada para velar por su madre y no la hija mayor? ¿Se había tomado alguna vez en cuenta la opinión de las hijas afectadas? (Esquivel, 1989, p.19)

Ahora bien, la mujer ha tenido la capacidad de hacer de su jaula un reino en el cual sus dominios se extienden desde la puerta hasta el sótano, cada condado de este reino tiene sus particularidades, sabemos que en el condado de la habitación es el hombre el que pone las condiciones, desde el quehacer del acto reproductivo, posturas, vestimentas, rituales diseñados para darle placer a uno y restárselo al otro, a la otra... La cocina es por excelencia la capital de este reino y para algunas mujeres afortunadamente no ha representado confinamiento, sino la libertad, aquí la mujer se vuelve ama y señora, se vuelve creadora. En Tita, por ejemplo, -como bien el destino lo dictaminó el día de su nacimiento, no por las lágrimas que estaba destinada a derramar, ni por la sal que acompañó gran parte de su vida, sino porque ella, más que amar a Pedro, amaba la vida misma dentro de la cocina- la gastronomía era su acto de resistencia ante las imposiciones sociales establecidas y ejecutadas por el brazo materno. La novela está marcada por las recetas de Tita y los prácticos consejos que da a la hora de llevarlas a cabo.

Se desprenden con mucho cuidado los pétalos de las rosas, procurando no pincharse los dedos, pues aparte de que es muy doloroso (el piquete), los pétalos pueden quedar impregnados de sangre y esto, aparte de alterar el sabor del platillo, puede provocar reacciones químicas, por demás peligrosas. (Esquivel, 1989, p. 24)

En la cocina, en la vida misma, como ya se ha mencionado, las mujeres han sido objeto de variadas reglas y leyes que pretenden controlarlas, dominarlas, envolverlas en un papel de sutil presencia y utilidad para el hombre. Pero, estas reglas y leyes, no han sido definitivas y la mujer se ha abierto camino de diversas formas en estos mundos gobernados por el hombre; la literatura, y las artes en general, son un claro ejemplo de esto, así como ya mencionamos a Mary Wollstonecraft, también están George Sand (1804), Maria Lejarraga (1874), Camille Caludel (1864), solo por nombrar algunas, que con su vida y obra evidencian lo difícil que es el hecho de ser mujer y querer ser partícipe del mundo, de un mundo conquistado por hombres.

El papel de la mujer en el mundo de las artes y la literatura ha sido visto como un rol pasivo, su principal protagonismo ha sido el de musa, aquella que le da la inspiración y la motivación al hombre para escribir; esto queda de lado, se va desplazando en la medida en que las mujeres, a un precio muy alto empiezan a “invadir” este espacio como creadoras, esto las redefine y la mujer se encontrará ante la encrucijada del valor de su obra, que por ser producto de una mujer esta carece de valor según lo que establecen los críticos, que son hombres.

Se puede enunciar a la mujer en la literatura desde tres ámbitos, la mujer como objeto literario, la mujer como lectora y la mujer como creadora (Moliner, 1996). Para nadie es un secreto que el mundo de las letras ha estado reservado casi que exclusivamente para el género masculino y las pocas mujeres que tenían acceso a este era debido a su condición social alta o aquellas que acudían a medidas un poco extremas como ingresar a conventos, ya que las religiosas aprendían el arte de leer y escribir.

La mujer ha representado un misterio para el hombre desde todas sus formas, y este ha utilizado el recurso literario para dejar en evidencia ese misterio, esas cavilaciones en función de develarlo o al menos tener un poco de claridad; así, el hombre directa o indirectamente se ha dedicado a reproducir una serie de estereotipos de la mujer dentro de la literatura, estereotipos sobre cómo debe ser la mujer, cómo quiere que sea, aquella que él desea y que la sociedad quiere, aunque estas raramente coinciden.

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

Esto nos dice la poeta Sor Juana Inés de la Cruz (1648) (una de las mujeres que recurrió al convento para poder dedicarse a escribir), así nos encontramos ante este primer rol que incluso en la actualidad sigue vigente en el mundo literario.

Sin duda alguna, el papel más presente de la mujer en la literatura ha sido el de lectora, papel donde se ha dado la tendencia a un rol pasivo, ya que implica que la mujer consuma aquellos libros que hablan sobre ella, que se encargan de reproducir estereotipos, pero sin tener la posibilidad de pronunciarse sobre aquellos libros. Figuran como protagonistas de la historia y al mismo tiempo son ellas mismas las principales consumidoras de este arte, es decir, se convierten en lectoras empedernidas a quienes por su estrecha relación con el ocio y su contraposición al negocio literario, los hombres desdeñaban abiertamente. Se trata, pues, de oposiciones caracterizadas por la pasividad adoptada por parte de la mujer ante el objeto literario que no sólo atentan contra el statu quo impuesto a partir de la literatura, sino que, además, confirman la aceptación del mismo y, por lo tanto, su reforzamiento, asumiendo de este modo la condena impuesta a lo largo de toda la historia, a ser exclusivamente objeto de discurso, pero bajo ningún precepto creadora del mismo (Moliner, 1996).

Pero, desde mediados del siglo XX hacia adelante, se presenta un fenómeno que revoluciona el mundo de la literatura: la mujer, después de tanto tiempo en las sombras de la creación, decide hacer pública su obra, su rol como creadora y aporta una escritura no

conocida hasta el momento, un fenómeno donde la mujer va tomando cada vez un lugar más fuerte en el mundo literario, pero más allá de eso, la mujer hace un aporte frente a las formas de escribir hasta el momento:

[...] El surgimiento de una escritura que lejos de pretender imitar a la masculina se erige como particular, en un principio, y como diferente, al tomar la mujer conciencia de su pertenencia a una colectividad cuyo número de integrantes nos impide calificarla de minoría, pero no si nos atenemos a su sentido más amplio: su participación en ciertos aspectos de la vida social y la discriminación sufrida en múltiples ámbitos de la sociedad. Así, surge el planteamiento de que la diferencia genérica y el trato social que de ésta se deduce provocan inevitablemente una escritura diferente. (Moliner,1996, p.190)

Aunque cabe precisar que si bien María Moliner sitúa este fenómeno prolífico y creciente de la mujer en la literatura desde mediados del siglo anterior hacia adelante, en el siglo XIX existieron grandes escritoras y grandes exponentes de la literatura en términos de la mujer como creadora. Y este fenómeno no solo fue propio de la literatura, sino de otras artes donde se le prohibía a la mujer dedicarse a oficios tales como la escultura o la pintura.

Así, pensando en el rastreo de representaciones de mujer en la literatura y en otras artes cabe preguntarse: ¿Cuáles y cómo son esas representaciones de la mujer en estos ámbitos? ¿Cuáles han sido las implicaciones de la reproducción de estas representaciones para la mujer en su papel de creadora? ¿Cómo se desmeritó la obra de creación por el hecho de ser creada por una mujer?

Nos preguntamos por esas formas de inscripción y distanciamiento de la mujer en relación con los discursos desplegados en las familias, discursos que se componen aún por ese funcionalismo finisecular y otros que se articulan con formas de dominio más sutiles que configuran una representación del ser mujer; estos últimos son los que se van a desarrollar a continuación puesto que son los que se despliegan sobre las existencias de las estudiantes. Dado que el discurso no existe en sí mismo, es decir, no es algo que aparezca de improviso en el hogar, se hace necesario tomar en cuenta el plano macro del que se desprende, ese paradigma que envuelve los espacios sociales y políticos de los que el sujeto aprehende

esas ideas que traduce en prácticas en el espacio familia; es así como llegamos al discurso neoliberal donde el oráculo es espejo.

La carencia óptica

En el capitalismo del discurso neoliberal el producto pasa a ser reemplazado por la imagen del producto. Se trata de una economía del signo donde lo que se compra es el contenido simbólico de la imagen (Polo, 2010). Marcas como Supreme, Yeezy, Gucci, más que ofrecer un producto, ofrecen un estatus. Se trata de una práctica que se articula perfectamente con el concepto de *atajo* propuesto por Zygmunt Bauman (2007) donde “toda demora, dilación o espera se ha transformado en un estigma de inferioridad” (p. 22). Estas dinámicas del mercado, además de conferirle estatus a quien adquiere estos productos o accede a los atajos, se pueden trasladar a una lectura de la relación del sujeto con el conocimiento, pero de esto se hará mención más adelante. Lo que interesa en este apartado es mostrar la prevalencia de la imagen en todos los contextos, por medio de una proliferación donde la persona en sí misma se vuelve imagen y lo que esto implica, en un movimiento que según Polo (2010) tiene que ver con la “estetización comercial de la vida” (p. 13).

De esta manera, el rastreo de las representaciones de mujer desde el discurso neoliberal nos pone en la orilla opuesta de la que partimos en el subtítulo anterior. Si el oráculo hablaba de un destino irrenunciable a fuerza de lo que siempre ha sido, el espejo sitúa el parto no en una mesa de cocina, oculto, para una existencia inamovible, sino a la vista de todos, en una plaza, en un cruce de caminos, en una pluralidad de posibilidades al infinito. No obstante, la construcción, si así se le puede llamar, del sí mismo como imagen, ni siquiera parte de una búsqueda que se preocupa por la identidad, sino por el grado de intensidad con el que se es deseado por otro. El sujeto se ofrece como mercancía (Han, 2017). De esta forma, ¿Qué significaciones simbólicas tiene el arquetipo de cuerpo de la mujer en la actualidad para que sea deseada por el hombre? ¿Qué motivaciones satisface?

Han (2017) menciona cómo “si una flor tuviera en sí misma su plenitud óptica, no tendría la necesidad de que la contemplaran” (p. 14). Se trata ante todo de una metáfora del encuentro como transformación. El otro es necesario para el conocimiento del sí mismo; su

palabra transforma, ubica al pensamiento en un estado otro que dispensa la carencia que supone existir como narrativa que necesita del otro en tanto nudo. Pese a esto, la contemplación necesaria para el encuentro sufre un contratiempo. Y es que de acuerdo con Polo (2010): “el torrente de imágenes particulares debe impedir que logremos hacernos una imagen del mundo, así como que nos demos cuenta de la falta de esa imagen del mundo” (p. 16). Es así que no vemos la flor, vemos la reproducción al infinito de un tallo o de una hoja en una doble perspectiva que busca confirmación y satisfacción, pero nunca al referente.

La aparente libertad de esta orilla condena a la mujer a una circunvolución alrededor del yo fraguada por el espejo. Se trata de un narcisismo que al producirse y ofrecerse como mercancía la deja, quién diría, en un espacio más estrecho que la cocina, donde las inquietudes que transforman no existen; el sujeto se pierde para dar entrada al objeto. Parece ser que el arquetipo de mujer hoy es un cuerpo que se presenta en una transparencia pornográfica, diluida en imágenes múltiples que pretenden dar la impresión de libertad. Nuevamente y de forma deliberada la mujer se entrega al hombre como objeto que multiplica su hombría.

¿Experimenta entonces la mujer la carencia óptica de la flor? Podría decirse que sí, pero de forma retorcida. La carencia de la flor radica en que necesita del otro como conocimiento para tornarse otra. La mujer, por su parte, necesita de una contemplación que le confirme la positividad de las impresiones que ella tiene sobre sí misma. Incluso, llevando esta lógica hasta su límite, la flor conserva más humanidad que la mujer que es sólo cuerpo, es más objeto que el objeto, si fuese posible, la mujer eliminaría la mirada del otro, pues no concibe la experiencia de estar a merced de la mirada que cuestiona.

Hoy se habla mucho de autenticidad. Como toda publicidad del neoliberalismo, se presenta con un atavío emancipador. Ser auténtico significa haberse librado de las pautas de expresión y de conducta preconfiguradas e impuestas desde afuera. De ella viene el imperativo de ser igual sólo a sí mismo, de definirse únicamente por sí mismo, es más, de ser autor y creador de sí mismo. (Han, 2017, p. 37)

Sin embargo, si tenemos que la mujer se presenta como mercancía, un producto que es principalmente imagen, en una pretensión de aparente libertad para la expresión de sí

misma, no es posible la exclusión del otro ni de la inquietud; pero éstos no se sitúan en la ruta de la confrontación de la carencia. Su existencia como objeto auténtico y liberado necesita del reconocimiento del otro, dado que la elaboración de la imagen se gesta ante todo para ser reconocida como objeto de deseo y esa es, tal vez, su única preocupación. Si bien el hombre adquiere un producto sólido, esto es, el cuerpo de la mujer, como en cualquier transacción de la economía del signo, lo que le interesa no es sólo el beneficio sexual, sino la connotación que en la sociedad significa hacerse con tal arquetipo de cuerpo: “consiguen mujer para los ojos de otros” (Molano, 2001, p. 119).

Los objetos naturales, esos que no han sido intervenidos por el hombre, no admiten los porqués ni los para qué. Estos están y se acabó. No hay en ellos inquietudes ni existen en tensión con su estar y el deseo de no estar o estar de otra forma; y es que “si el corazón pudiera pensar se detendría” (Pessoa, 1982). Esto permite una lectura de las dinámicas del mundo neoliberal que evitan ante todo un alto en el movimiento de su híper-producción al infinito, el alto atenta contra la economía, por eso los centros comerciales si carecen de algo, es de sillas. Si pensar significa un alto obligatorio ante la confrontación que supone la duda, entonces se tendría que imbuir al sujeto en una simulación que lo haga indiferente ante la inquietud propia del pensamiento. La ausencia de pensamiento lo mantiene en el estado de objeto. La carencia óptica del sujeto en el discurso neoliberal es su humanidad. Las preguntas son entonces muy simples y las intervenciones para su confrontación absolutamente complejas: ¿Qué espacios de posibilidad se pueden construir en la escuela para que al momento de pasar al espejo sean más los interrogantes que las certezas? ¿Cómo agenciar una forma de estar en el mundo donde se es puerto de un saber de lo sensible que irrumpe en lo constituido de las imágenes para mudar de piel? Detrás de las múltiples imágenes de esta identidad de objeto ¿dónde queda el sí mismo como narración? ¿Qué dicen las palabras en la hora del silencio de su hogar?

Brevísima mención del estado del conocimiento

Ese estado impasible en el que se ubica la consciencia en el encuentro con las ideas, similar al sentir que se sitúa en el alma ante la radical falta de transcendencia en la contemplación de la noche, se ha extraviado. La sobre-iluminación de esta aparente libertad de

conocimiento ha roto el halo de misterio que había caído siempre sobre el saber. Íbamos siempre al encuentro con las páginas con la sospecha de que al otro lado el secreto sería revelado, para encontrarnos siempre en un lugar más oscuro, más tenebroso, pero tan llamativo, que invocaba siempre esa sed erótica de continuar el camino por la senda de lo prohibido. Y hoy todos los caminos, todas las páginas, todas las personas y sus enigmas, dispuestos en una desnudez tal, que ante semejante ofrecimiento descarado, volteamos el rostro.

Lo ineludible en el contexto colombiano

En el mes de mayo de 2003, en la población de San Onofre, Marco Tulio Pérez Guzmán, alias “El Oso” y jefe paramilitar, convocó a un evento de boxeo del que se enteraron los habitantes porque tenían que pagar 20.000 pesos para su financiación. A un hombre homosexual, habitante del lugar, le fue dada la tarea de seleccionar a jóvenes homosexuales que tendrían que participar en el evento. El sábado 10 de mayo de 2003, aproximadamente 16 jóvenes homosexuales fueron conducidos hasta el Alto de Julio donde fueron obligados a pelear en el ring. “Tú sabes que poner a boxear unas personas que son gays, eso genera como mucha parodia para todos; todo el mundo se reía, parecía el circo romano”; “Eran varias actividades: fiesta, pelea de boxeo y gallos. Ellos tenían que desfilan como maricas, como mujeres”⁴

El mes anterior, en Libertad⁵, Guzmán habían organizado un reinado de belleza, donde las candidatas a la corona eran todas menores de edad, entre 13 y 17 años, unos dicen que el pueblo las escogió, otros, más puntuales, dicen que “El Oso” hizo que los profesores llevaran a las niñas. Las que se negaron a participar se vieron obligadas a abandonar la población bajo amenazas de muerte. Además, las candidatas fueron obligadas a reunirse a solas con él, resultando en al menos tres violaciones. La percepción de la comunidad es que todas fueron violadas, pero hay una especie de pacto de silencio alrededor del tema “[...]. Entonces era obligación de que todas las comunidades participaran y la tarea se la

⁴ CNMH (2011) *Mujeres y guerra: víctimas y resistentes en el caribe colombiano*. p. 67 - 69

⁵ Población en San Onofre, Sucre.

encomendó a los docentes, porque se supone que el docente es el que lidera las comunidades”⁶

En Rincón del Mar⁷, en el año 2004 la sevicia se hizo símbolo para exhibirse de una forma más infame. Al no encontrar al marido de la víctima, sobre ella cayó la culpa, una culpa más grande que andar en fiestas y no cuidar a los hijos, excusa por la que había sido violada días antes. Ese día, sin embargo, fue rapada en público, “me cortaron el cuero cabelludo con una macheta [...] Él me sacó desnuda y me sentó en la calle a hacerme todo eso. El pueblo no se atrevía a salir, observaba a escondidas”⁸

¿Permanecerá imperturbable la indiferencia ante el dolor del otro? ¿También detenta status aquel que pasa de largo? O, ¿tal vez suceda que esa radical diferencia, que transgrede toda profilaxis y proceso de blanqueamiento donde no existe el dolor, sólo es reconocida cuando, como el cuerpo, puede ser mercancía? ¿Acaso el llanto viene más fácil, si es que eso es acoger al sufrimiento del otro, cuando lo vemos a través de una pantalla? Podría ser que, como en *la transparencia del mal* (1990) de Jean Baudrillard, el dolor *no* es eliminado sólo cuando puede ser consumido.

El silencio nunca ha ocultado el hecho de que caminamos por un cementerio, pero sí ha hecho tangible la culpa. Se puede ignorar sí, pero eso sólo la fortalece, porque nos hace cómplices. La escuela, como lo menciona María Emma Wills, puede alimentar el conflicto armado al apostarle al silencio sobre los hechos que han ocurrido, ocultando diferentes verdades e imponiendo una sola.⁹

En Colombia, la historia se ha vestido de costumbre, porque nunca es del todo historia, es presente, una actividad rutinaria de mirar por la ventana lo que pasa y callar. Se trata de una receta muy simple: a media libra de miedo, hay que sazonarlo de forma abundante con una

⁶ Ibíd. p. 61 - 67

⁷ Población en San Onofre, Sucre.

⁸ Ibíd. P. 69 - 71

⁹ Educando desde-para-sobre la paz. Recuperado de:

<http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/fr/noticias/noticias-cmh/una-caja-de-herramientas-para-aprender-la-paz>

picante indiferencia sacada del baúl de estosiemprehasidoasí. Se cocina a fuego bajo durante cincuenta años y se adereza con un poco de ese lúgubre sentimiento de “de eso no se habla”. Entonces no se sabe muy bien qué ha sido de las mujeres en la historia de la guerra de Colombia, que es la única historia que ha conocido; y si la infamia de la violencia de los hombres se ha mantenido en secreto, las ofensas que se han desprendido de sus acciones y que han afectado a la mujer han sido acalladas. ¿Podría ser que el secreto que escondemos en la historia es que hemos llegado a un punto donde todos somos culpables? La culposa carta que escondemos en el cajón de las confidencias a nadie es aquella que dice que sólo es sagrada la propia vida y que la del otro puede ser siempre transgredida.

En nuestro país parece ser que la violencia es legítima. El dominio del otro y la transgresión de su ser están socialmente permitidos. Ahora bien, en la época moderna las mujeres han ganado mucho terreno en tanto la posibilidad de vivir, conocer, explorar y nombrar el mundo por fuera del hogar; ahora las formas de violencia han trascendido, evolucionado, se han adaptado a las necesidades de esta nueva época. Nos interrogamos respecto de ¿cómo reivindicar la ética de la vida desde unas prácticas que le permitan a la mujer transgredir ese secretismo historicista y al tiempo irrumpir en el orden establecido por las nuevas violencias? ¿Qué pasa cuando el lenguaje que ha decidido inventar la mujer después- durante la guerra ha sido el silencio? ¿Y si en la guerra también cayó la palabra?

¿Qué se esconde detrás de la franja amarilla en la escuela? ¿Dónde está y quién la puso? Y, ¿qué, definitivamente, no es un acto propio de señoritas? Y, ¿si traspasado lo insalvable nos damos cuenta de que al otro lado se encontraba lo esencial? ¿A qué preguntas ha dado respuesta la escuela? Y es que parece ser que la vida fue expulsada de la educación. Castas las quieren y sus cuerpos han robado. Cuando las impresiones que la persona tiene de sí misma son muchas veces lo que el mundo le ha mostrado, se puede caer en la admisión de una farsa como arquetipo de existencia. Es necesario entonces pensar sobre las representaciones de mujer en Colombia, habría que permitir que la historia de la violencia visite la escuela y construirnos desde la irregularidad que ello suscita ¿Permanecerá el silencio? ¿Qué será de la mujer cuando...?

Cuando los ríos botan muertos, cuando los adultos llevan botas, y no son campesinos, cuando “con gente de armas la cosa no es de favores, sino de obligaciones” (Molano, 2001, p. 41), cuando la palabra inocente de los hijos condena a los padres, tipo *1984*¹⁰, cuando toda acción condena y se es culpable por estar, cuando en la noche incluso la soledad es desplazada de las calles por el odio. Cuando los papás tienen miedo, cuando el papá se tiene que ir:

“Yo no quería estar sin mi papá; cuando él se fue empecé a sentir hambre día y noche [...] ya nada era igual a cuando estaba mi papá; todo se volvió más poquito [...] El almuerzo se acabó desde que mi papá se fue” (Molano, 2001, p.47)

Decir y mostrar. El problema situado en un lugar de singularidad

Habría que preguntarse qué tan bien se sostienen las palabras copetonas y acicaladas en los lugares en los que andan en una existencia a medias y sin bañarse. Apenas y si tienen tiempo de salir de las bocas y ya van siendo olvidadas, alcanzan a sugerir imágenes que pueden muy bien ser innecesarias, se las puede dejar guardadas en su armario y dedicarse a los señalamientos, a los gestos; incluso, se puede jugar a ser el ente, algo que es fácilmente logrado en las escuelas. Se trata de dedicarse a escuchar, ser ente es cumplir cabalmente el papel de receptor en el estrecho esquema de lo que supone comunicarse. Así que una acción bastante apropiada, dadas las cuestiones sociolingüísticas, semánticas y demás, es sentarse a contemplar el acto de equilibrismo que le corresponde a una palabra como *óptico* cuando se la suelta sin más en un aula de clases, incluso *carencia* es lo suficientemente pretensiosa como para someterla a la tarea. En los salones colombianos palabras como esas, generalmente, sólo se encuentran en los textos guía; *carencia* tiene más un aspecto de *pobreza* y la pomposidad de lo *ontológico* se hace estentórea en la sencillez de no ser asesinado cruzando una calle. Las cuestiones del ser tienden a comparecer vestidas de otras ropas cuando se las cita en un entorno adverbial, como un aula de clase, que genera una tensión con la naturaleza intangible de la que usualmente parten. Se trata ante todo de situar el problema en la singularidad que supone atender a las prácticas de una escuela.

¹⁰ Se alude a la obra *1984* de George Orwell.

Desde una mirada estructurada que filtra la información desde un visor de conceptos surgen interrogantes por la forma en la que se inscriben los discursos en la vida de las estudiantes. ¿En qué categoría de las propuestas por María Moliner (1996), respecto al ámbito literario, se pueden ubicar? ¿Cómo se problematiza el discurso neoliberal al tener en cuenta que en diferentes contextos de Colombia la liberación propuesta está lejos de establecerse como paradigma, pues comprar un preservativo implica ser denominada como calenturienta por algunos padres¹¹? ¿En qué lugar las ubica la experiencia al hablar de violencia? ¿Son observadoras o víctimas? Y luego vienen los interrogantes que parten de la contingencia fundamental que supone la experiencia de la alteridad en el mundo, ¿qué se escapa a lo discursivamente establecido en los análisis que hace del acto de equilibrismo de los conceptos un fracaso?

Cuando se llega a un aula de clases del Centro Formativo de Antioquia (CEFA) con una disposición que se distancia de certezas, generalizaciones o verdades que aplicar o corroborar, la mirada se torna diáfana dado que brota de un indulgente gesto de escucha honesta. Lo teórico deja de ser un instrumento de aplicación y se presenta como herramienta para interpretar lo que el espacio dice.

Desde el inicio, los talleres¹² se configuraron para reivindicar el valor de la palabra de las estudiantes, por lo cual, uno de los primeros ejercicios de contextualización fue irrumpir en la escritura académica, usualmente desprovista de toda expresión sensible de las estudiantes, narrando lo cotidiano desde la impronta que ha dejado en la memoria. Es de esta manera como igualmente, desde el inicio, advertimos que los relatos tenían un aroma irrenunciable al hogar, las tensiones se hacían claras en una enunciación que vencía la soberbia de palabras ya marchitas, y les confería a las suyas una frondosidad de jungla que les permitía afluir naturalmente en algo más que el recuento de un suceso, sino en denuncias, disgustos, afectaciones profundas.

Crítico, putrefacto, cálido, exprimible, respiro por encima de la madre tierra, tangible a la acidez de mi paladar, duro como el corazón de mamá, desechable es la cáscara como su amor por mí. (Gabriela, estudiante Décimo grado, 2018)

¹¹ Taborda, C. (14 de Junio del 2017) El profesor que eliminó los embarazos adolescentes, en *El Espectador*

¹² Estos talleres se realizaron en el marco del proceso de contextualización, en el año 2018.

Al escuchar las narraciones de las estudiantes no podemos evitar pensar en el libro *Como agua para chocolate* (Esquivel, 1989), pues es recurrente encontrar figuras que se asemejan a mamá Helena, que legitiman los discursos que someten a la mujer a prejuicios o paradigmas que la confinan a existencias invisibles, a la renuncia al deseo, a coincidir con lo heredado, a aprender a asentir y a evitar el ansia de interpelar. Mediante la escucha comprendemos que la familia es el origen de las principales tensiones de las estudiantes, ésta parece cumplir el rol absoluto de transmisora de una gramática que genera una tensión capital frente al deseo de existir de otro modo. Las estudiantes mencionan cómo algunos de sus familiares les exigen el cumplimiento de tareas que de forma paradigmática le corresponden a la mujer, como hacer el almuerzo, ordenar la casa, servirle a los hombres, asuntos que generan conflictos en el hogar cuando las estudiantes cuestionan los mandatos. Además, el discurso que se perpetúa en la familia no se limita a tareas de hogar, se extiende a la imagen de las estudiantes, a su sexualidad, e incluso valida o no sus deseos.

Ahora, en el contexto escolar también se dan prácticas similares que exigen el cumplimiento de categorías que se atribuyen a la mujer y se favorece el fortalecimiento de otras socialmente admitidas que, de hecho, las mismas estudiantes exigen. Así, la imagen de mujer que exhibe el colegio en sus folletos, carteleras, página web y demás, se instala en el estereotipo de lo que culturalmente se exige y por lo tanto insta una forma de ser que, desde su institucionalidad, normaliza. De esta manera, el colegio incita a las estudiantes a inscribirse a una identidad *femenina*, que implica llevar el pelo largo, una vestimenta determinada y portada de una forma que es regulada, un vocabulario y unas formas de vivir la sexualidad; adicional a lo anterior, si bien el colegio no impone un dogma, la religión predominante y soportada desde lo administrativo es la católica, es esta la que tiene presencia en los actos cívicos, no obstante, las estudiantes no están obligadas a participar de estas celebraciones.

La configuración del espacio físico influye también en las formas en las que las estudiantes construyen su identidad. La principal particularidad que encontramos en lo referido al espacio es la presencia de espejos en los salones, lo que afianza una preocupación por la imagen y que ocasiona algunas veces conflictos entre demandas explícitas y externas por

las formas como debe lucir una mujer y prácticas admitidas por ellas mismas como normales. Es decir, en los hogares les reclaman cuando suben de peso y esto constituye una ofensa para ellas, pero exigen la presencia de espejos en los salones por una misma preocupación por la imagen que es para ellas válida.

No se trata de condenar o de juzgar esta presencia en el aula, teniendo en cuenta que muchas de las estudiantes para arreglarse el cabello, aplicarse polvo o pintarse los labios tienen sus propias herramientas, como pequeños espejos o el celular; además, la práctica de observación en el espejo dentro del salón de clase es algo que permea a todo aquel que ingresa al espacio, no es un uso limitado exclusivamente a las estudiantes, ya que hasta los mismos profesores y profesoras caen en el placer culposo de observarse una que otra vez en él..

El Centro Formativo de Antioquia CEFA, que es muy conocido por su buen nivel académico, por sus excelentes resultados en las pruebas de estado -lo que supondría el acceso a una beca universitaria-, lo que lo convierte en una institución ejemplar y la adecuada para empezar a labrar el futuro académico de las jóvenes de la ciudad; a medida que las chicas se expresaban en el desarrollo de los diferentes talleres, se alcanzaba a entrever que el hecho de que estén en dicha institución, de que sus padres la hayan escogido, quiere decir que se espera algo de ellas, puede ser un buen puesto en los resultados de las Pruebas Saber, lo que implica el acceso a uno de los fondos o becas del gobierno para la educación superior, es decir, una entrada a una universidad de renombre. Toda una ruta a seguir, y el motor de esta es el buen rendimiento académico. Se tienen que ver los resultados y cuando por alguna razón estos no son los esperados, se siente el desespero, el miedo a la falla, al “qué dirán en mi casa, si en mi casa se espera todo de mí”.

A esto se le suman la adolescencia, cambios en el cuerpo -que en ocasiones la mente no alcanza a procesar-, el hecho de reflejarse en el otro en un inevitable ejercicio comparativo donde se puede establecer qué tanto se ha cambiado o, por el contrario, el cambio que aún no se produce. Es uno de esos indicadores que permiten evaluar dichos cambios pero, esto conduce por el camino de la comparación y, entre las mujeres estos cambios suelen ser más o menos evidentes. A algunas jóvenes les sucede que su cuerpo es un signo andante de que se está entrando en la pubertad, y esto tiene varias implicaciones, cambia la ropa, cambian

los amigos, los intereses, hasta cambian los canales de televisión, y la música que se escucha, pero también hay que pensar en el futuro, en lo que se debe encarar de ahora en adelante, qué carrera escoger, en qué universidad, qué tipo de novio le gustará a la familia y en qué tipo es en el que se fijan las chicas.

Es imposible procesar todos estos cambios a la vez y salir bien librado de ello, por eso no es extraño que surjan inseguridades, muchas que son alimentadas por las expectativas familiares, la autoimagen entra en juego y se consolidan percepciones sobre sí mismo y sobre nuestro lugar en el mundo. De esto no se escapa el salón de clases, en el desarrollo de los talleres nos encontramos con comentarios como: “Es que yo quiero hacer las cosas, y siento que podría hacerlas, pero luego pienso que me van a salir mal, como siempre y mejor ni lo intento”. Un silencio que carga el aire, se vuelve tangible, en lo que parece un movimiento en cámara lenta, nuestra mirada va de la estudiante al resto del salón, a sus compañeras, y vemos más de treinta cabezas asintiendo a ese comentario, “¿Todas se sienten así?” Vuelven a asentir, y reconocen que son conscientes de que esos pensamientos negativos no las llevan a ninguna parte, pero tampoco pueden evitarlos.

La literatura se puede convertir entonces en un dispositivo para llevar al aula y encaminar las respuestas a esas preguntas. Por ejemplo, en el ámbito literario, la tesis doctoral de María Moliner presenta unas categorías alrededor de la relación entre la literatura y la mujer y sobre los roles que esta última ha ocupado en este mundo tan amplio, como es el de los libros y la creación. Moliner habla de *la palabra de mujer* que hace referencia a esa literatura creada por las mujeres partiendo de sus experiencias y no desde los estereotipos producidos por la escritura masculina a través de la literatura sobre lo que implica ser mujer. *La palabra de mujer* es un estado al que se llega, es un espacio de creación marcado significativamente por el deseo de crear, un deseo que habita en todas las mujeres y que puede variar en tanto a la forma en la que se expresa; en la Institución Educativa CEFA la escritura es uno de los métodos más utilizados, muchas de las jóvenes no tienen aspiraciones de ser escritoras, solo tienen algo que decir, y en efecto lo hacen. Las estudiantes entienden que tienen la posibilidad de ser mujeres creadoras y lo más bello es que esta experiencia de creación está ligada al énfasis de la media técnica al que están adscritas. Así, resulta fácil identificar los productos de las chicas -diseño, informática,

comercio, alimentación- en sus creaciones y en su forma de pensar y expresarse, está latente una pregunta por el mundo y por sí mismas, por su lugar como mujeres.

Finalmente, en un transitar por el camino de las incertidumbres e interrogantes, desembocamos en una pregunta nodal: ¿Qué condiciones de posibilidad generan la problematización y la interpretación de las imágenes sobre ser mujer que subyacen en los ámbitos de la literatura, en el discurso neoliberal y en la violencia reciente que ha tenido lugar en Colombia, en el agenciamiento de procesos formativos que potencien en las estudiantes la construcción de una identidad narrativa y de una ética para el cuidado de sí y de los otros?

El regocijo de la búsqueda, trazando las rutas del punto de partida: propósitos

Cuando la cotidianidad estaba marcada por la sencillez de la vida junto a la naturaleza y la tierra se convertía en la huerta directa del hogar, faltando unas cuantas horas para la cena, las mujeres recurrían al bosque como la mejor plaza de mercado, surcaban entre los árboles, en busca de raíces, tubérculos, plantas que le dieran sazón y así propiciar un espacio de alegría, de reunión para la familia en torno al fuego, en torno a la cena. Su propósito era ese, estaba claro, y así impregnaban la tierra mientras sus manos abrían camino en busca de lo mejor para aquella cena. Una característica de las grandes aventuras es que siempre parten de un propósito, esto define la ruta que emprenderán, para Odiseo estaba claro: regresar a Ítaca. Esto posibilita que, bajo el riesgo de estar a la deriva, siempre retomaremos el curso según ese cometido fijado. Por eso he aquí los propósitos que guían nuestra apuesta formativa: nuestra intención es develar las imágenes sobre ser mujer que subyacen en los ámbitos de la literatura, en el discurso neoliberal y en el contexto de la historia reciente sobre la violencia en Colombia, en función de procesos de formación que aporten a la construcción de una identidad narrativa en las estudiantes y a la generación de prácticas para el cuidado de sí y de los otros.

Ahora bien, mientras las mujeres abrían senderos por el bosque ojo atento a los tubérculos, a las plantas y a las mejores raíces, no podían depurarlos todo en un solo momento, ya no tendría el mismo resultado. Al regresar a casa debían seguir con el proceso más depurado,

más específico, por eso mismo se repartían las labores, a manera de líneas que respondían a un bien común, como los siguientes propósitos, que permiten una mirada al árbol para comprender el bosque: problematizar las imágenes de mujer instituidas en los ámbitos de la literatura, en el discurso neoliberal y en la historia reciente de la violencia en Colombia; reconocer los imaginarios que las estudiantes tienen sobre el ser mujer y los procesos de institucionalización, oposición o admisión que subyacen en ellos; analizar las afectaciones que generan los procesos de formación fundamentados en la literatura y las artes, en la confrontación de las imágenes sobre la mujer, en el posicionamiento crítico y el despliegue del potencial creativo de las estudiantes y comprender el lugar de las narrativas en la construcción de la identidad y de una memoria personal e histórica sobre el ser mujer.

De la utopía no realizada en un entorno de utopías realizadas o justificación

En la primera parte del libro *La transparencia del mal* (1990) de Jean Baudrillard se experimenta una sensación de extremo desasosiego por la aparente realización del todo que, exitosamente, ha logrado la sociedad; “si fuera preciso caracterizar el estado actual de las cosas, diría que se trata del posterior a la orgía”, escribe el autor en la primera línea del libro. Todas las revoluciones posibles se han dado, todo ha sido liberado, todos los caminos han sido recorridos, y ahora sólo queda espacio para la simulación, para re-estrenar los libretos (Baudrillard, 1990). No obstante, una mujer que lea treinta años después de su publicación el texto del filósofo francés se encontrará notablemente desorientada, estará leyendo el diario de un doble que le ha hurtado su vida y ha dejado sólo las rutas hacia el padecimiento; se dará cuenta de que aquellos libretos que, aparentemente, han sido representados ya, la han olvidado, o mejor, que su rol ha sido el de guardar silencio en la ilusión de un espacio de intervención que nunca llega; y es que, ¿se puede realmente hablar de una utopía realizada referente a la liberación de la mujer?

En efecto se vive una simulación: la de la mujer que se inscribe en la admisión de la existencia de rutas que posibilitan la realización de todos sus deseos. Ella no ha sido parte de la orgía, porque social y culturalmente le es negada la posibilidad de disfrutar de su sexualidad, porque su cuerpo pareciera no pertenecerle, porque tras años de ser acallada, de aleccionamiento religioso, de esclavitud, ha llegado a tener alma de esclava (Montero,

1997) y las dinámicas de la contemporaneidad se han encargado de promover un pensamiento que lleva a algunas mujeres a aceptar sin más esta clase de identidades que, a fuerza de lo establecido, de lo históricamente realizado, de lo culturalmente exigido, legitiman desde el sí mismo un ignorar esas inquietudes que fracturan el engaño.

Así, parece ser que “la proliferación del todo ha tornado al sujeto indiferente” (Baudrillard, 1990, p. 12). El distanciamiento de todo lo que acarree una preocupación parece haber constituido un estilo de vida; si para Bauman la comida enlatada era la representación de lo líquido de la sociedad Norteamericana (2007) la radical indiferencia frente al mundo, al sí mismo y al otro parece ser el arquetipo comportamental del sujeto de la contemporaneidad. Se trata de una indiferencia latente que se despliega en todos los contextos. La experiencia literaria que no responda a un funcionalismo económico, esto es, la lectura supeditada a lo publicitario o al morbo contemporáneo de informarse sobre lo superfluo, es rechazada; toda experiencia que suponga ese esfuerzo de desplazarse a lo diferente o admitir la inquietud es una acción que pertenece a unos otros invisibles, extraños. El otro desaparece como diferencia y se instala una socialización que no admite lo distinto (Han, 2017). Parece ser que, además, en el contexto socio-político colombiano, se ha decidido vivir en la ilusión que han permitido los espacios periféricos en los que se ha desarrollado la guerra: la gente se niega a tomar como ciertos los horrores que narran quienes la han experimentado, las formas de normalización de la violencia han dejado un abismo entre el sí mismo y el reconocimiento del otro. Si se entiende la ética como la respuesta a la interpelación que supone el dolor del otro (Mélích, 2010), en nuestro país, el dolor, es apenas normal.

Por supuesto, la lectura que hace Baudrillard (1990), no debe tomarse como un absoluto. Hay espacios y circunstancias en donde la mujer construye resistencias frente a, paradójicamente, esas utopías realizadas; el trabajo de grado de Julieth Carolina Taborda Oquendo (2017) *Feminización de las pedagogías vs pedagogías feministas*, reseñado en este trabajo, es un ejemplo de ello. Es en aquellas resistencias o admisiones a dichos supuestos, en donde la búsqueda que supone este trabajo se hace legítima. En una entrevista que se le hace al escritor Alfredo Molano, en la que se le interroga por lo vivido y observado en sus viajes a las zonas de guerra, él menciona cómo, para hablar de ellas,

tendría que hacerse una caracterización por sitio y alejarse de los panoramas generales, consolidados en las estadísticas porque sería traicionar lo que está sucediendo¹³. Bien, ¿qué está sucediendo en las callejuelas, en los rincones de la sociedad que no puede verse con el lente de las generalidades, pues se corre el riesgo de ignorar a mujeres como la profesora Taborda (2017) que construyen resistencia, o a mujeres como María Lejárraga que tienen almas de esclava? ¿Cómo encontrarlas? Y dado el encuentro, ¿cómo confrontar la indiferencia propia de la contemporaneidad?

Sucede que esas mujeres que buscamos han estado siempre al frente nuestro, pulcras, castas, bien portadas, sentadas correctamente en sus puestos, con las piernas cruzadas escondiendo aquello tan culposo de sí mismas y de los demás; pero, las dinámicas de la escuela nos han impedido ver los silencios, han hecho que nuestra mirada se acostumbre a ver el borroso conjunto de un grupo que no tiene nada de particular. ¿Qué es lo que hemos estado preguntando y para qué lo hemos preguntado que pocas veces, en un pedazo de papel, se ha consignado una denuncia? Tal vez el desacierto está ahí, en que nos hemos dedicado a interrogar sobre cuestiones que no han tocado en absoluto *sus* problemas vitales (Wittgenstein, 1999). En este sentido, Molano (2001) nos ofrece, desde la sencillez propia de lo que buscamos, las bases para sentar nuestra perspectiva como algo necesario en las aulas de clase: “entendí que el camino para comprender no era estudiar a la gente, sino escucharla. Y me di obsesivamente a la tarea de recorrer el país, con cualquier pretexto, para romper la mirada académica y oficial sobre la historia”. (p. 14)

Resulta imposible estar en una institución de educación femenina y no preguntarse qué se entiende como educación femenina o educación para la mujer. Esto ha sido un tema que se ha discutido de una u otra forma desde que existen las instituciones educativas de corte académico y era un hecho desde un principio, que la mujer no podía acceder a esta. No se decía por qué, pero era obvio, para el estado, para la sociedad en general, que esta educación debía ser solo para los hombres, para los que se iban a enfrentar al mundo.

¹³ Entrevista a Alfredo Molano realizada por Rocío Londoño para la serie Tierras de Razón pública y Post-office Cowboys. Noviembre de 2011

Desde la antigüedad se puede hablar en términos educativos de un currículo, en donde sin excepción, el contenido de este para la mujer era limitado a las labores del hogar: esta es una de las formas de educación que la mujer ha recibido y se evidencia desde aquella época. Cómo gobernar el hogar, cómo ser diestra en esas artes femeninas, que clasifican y limitan el acceso al conocimiento. Se entendía entonces la educación femenina o para la mujer como unos conocimientos sobre lo doméstico que se transmitían de forma oral dentro del mismo hogar. Cuando finalmente la mujer tiene un tipo de acceso este es limitado: solo podrá ejercer como institutriz o maestra y para esto se educará.

En pleno siglo XXI este discurso ha ido variando (gracias a la lucha de mujeres y hombres que han defendido el derecho al acceso a la educación para la mujer). Ahora la mujer tiene acceso a la educación, pero este acceso está permeado por varios interrogantes que no pueden quedar de lado: ¿qué tipo de educación recibe la mujer? ¿Se debe hablar de una educación femenina? ¿Qué se le enseña a la mujer? O, ¿aunque tenga acceso a la educación se sigue esperando que cumpla con las funciones domésticas por el hecho de ser mujer?

En la reivindicación de la voz de las estudiantes nos inscribimos en una búsqueda que se preocupa por la confrontación de la indiferencia que justifica la ilusión de lo realizado. La inclusión de la mujer en la escuela parece no haber contribuido a la construcción, por parte de ella, de unas herramientas que le permitan inventar sentidos (Mèlich, 2003) sino que supuso su inscripción en un espacio donde socialmente se autorizaba su dominio en un embuste que pretendía ofrecerle independencia. Así, la posibilidad de narrar su experiencia, en una perspectiva pedagógica que se preocupa por generar condiciones en las que sea posible construir una identidad narrativa y una ética del cuidado de sí y de los otros, no ignora las inquietudes ni las denuncias, por el contrario, las potencia y las justifica.

La utopía realizada toma un tinte absolutista que coarta toda inquietud e incrementa la indiferencia. Lo realizado, lo terminado, el final del camino son formas nominativas que remiten todas a un concepto macro: verdad. Si nuestro hacer está intencionado a colaborar en la construcción de identidades narrativas, nos encontramos con un inconveniente: ¿qué queda por decir en el mundo de las verdades? ¿Para qué se embarcarían las estudiantes al encuentro con su experiencia si ya ha sido demarcada una sola, correcta e infalible forma de

vivir? ¿Hay espacio allí para la posibilidad? Habría, por lo tanto, que interpelar las verdades con las que la educación colombiana ha poblado las aulas, para que se dé, auténticamente, un germinar de lo posible o, que la irrupción de lo posible transgreda la inmovilidad de lo constituido.

Las verdades que se transmiten en algunas aulas de clase funcionan en una previsibilidad que ignora lo que le pasa a quien escucha. En su afán de preparación para... ¿el mundo? ¿El trabajo? ¿Las pruebas de estado? Dejan al estudiante a la deriva en los aspectos que se refieren al sentido. Si en la educación hay una preocupante escasez de preguntas por parte del estudiante, en la relación que se establece en el aula con el conocimiento, las respuestas que ofrece la escuela, están y responden, en muchos casos, a cuestiones desprovistas de toda vehemencia: una línea, una coma, una fecha. Lo que no quiere decir que la escuela deba preparar para la confrontación de la incertidumbre o de los problemas vitales, pero sí que debe dar espacio para que estos nutran su quehacer; además de que ésta, como espacio de socialización, sí le conferiría unas ventajas a los estudiantes en tanto que permite transitar la inquietud en compañía de la diferencia. Así, lejos de dejar a los estudiantes con la sensación de que las aparentes certezas que les fueron transmitidas esclarecen el trayecto por el que ha de trasegar su existencia, lo acontecido en el aula debería dejarlos perplejos, a causa de la incerteza que suscita preguntarse por lo trascendente, por el sentido, y ese preguntarse no es más que remitirse al sí mismo. El espacio de posibilidad que proponemos, es un espacio de encuentro.

La posibilidad de narrar la experiencia en el aula, en la construcción de la identidad, haría posible advertir el carácter incompleto, ambiguo y contingente de la existencia. ¿Será posible permanecer inmóvil ante el sentimiento que suscitan las inquietudes? En nuestras estudiantes hay ya una movilización que se distancia de la indiferencia orquestada por lo revelado; como hemos mencionado, hay ya denuncias, desplazamientos de lo constituido hacia otros modos de ser. La literatura, como encuentro con la alteridad, esto es, haciendo las veces de lectora, o como medio para comprender la urdimbre de acontecimientos, esto es, haciendo las veces de escritora, es vital tanto para la construcción de la identidad narrativa como para la ética del cuidado de sí y de los otros. Y es que su naturaleza

ambigua por excelencia, admite la imaginación y por tanto favorece la invención de sentidos. Dado que, como menciona Mèlich (2003) “el lenguaje literario es capaz de mostrar el mundo del devenir en su incesante transformación, mostrando ausencia de puntos de referencia estables” (p. 37).

Entre las estudiantes y la literatura se establece una relación basada en el juego de la complicidad, lo que posibilita que el área de Lengua castellana se instaure como una de las favoritas, y mejor aún, este juego cómplice permite que las estudiantes en el aula tejan a través de los libros, las lecturas, los procesos de escritura y la conversación, para nombrar aquello que ya estaba ahí, en ellas, pero no sabían cómo articular. A través de la conversación nace una respuesta empática, en la medida en que alguien expresa cómo se siente, cómo se ha sentido o qué suscita en ella lo leído, lo conversado, surge la empatía cuando entre ellas se reconocen como iguales en el sentimiento de pérdida, de nostalgia, de esperanza, de resistencia, en el sentimiento de la búsqueda implacable de un sentido, no obstante, transitorio.

Así, resulta imposible pensarnos como maestros en un aula de clase y no estar permeados por los apuntes ya mencionados, si en primer lugar, ya en nuestra construcción docente está la pregunta por el distanciamiento del sujeto, también se está agenciando la revolución del yo en tanto a su relación consigo mismo y con el mundo, y en segundo lugar, cabe preguntarse por la escuela desde una visión libre de cataratas que posibilite, además de ciertas enseñanzas sin muchas resonancias, instaurar las inquietudes del alma, de la existencia misma dentro de un currículo que le apueste a la integralidad del sujeto y que la mejor herramienta para esto sea la voz, no una que se proyecte en un tono y una dirección únicos, sino al ritmo de aquellos que habitan el aula en un vaivén de posibilidades que permitan que las preguntas que transitan en propuestas como estas tengan lugar en la escuela

II. CHRESIS O LA CONSTRUCCIÓN CONCEPTUAL

La construcción conceptual que se sigue a continuación sitúa los conceptos de tres autores: Joan Carles Mèlich en el texto *Ética de la compasión* (2010) , Paul Ricoeur en el texto *Caminos del reconocimiento* (2005) y Michel Foucault en *la Hermenéutica del sujeto* (1994). Este abordaje se da en atención a los tres ámbitos ya planteados que nos llevaron a tres puntuales imágenes de mujer. La mujer en la literatura como sujeto que se inscribe a diferentes categorías de intervención: musa, objeto, creadora; la mujer en el discurso neoliberal como cuerpo-objeto indiferente; la mujer en el ámbito de la historia reciente de la violencia en Colombia, como sujeto de dominación, mención que resulta necesaria, pero también como sujeto de resistencia. Se sitúan los conceptos de estos tres autores en los tres ámbitos a manera de *Chresis*, término presente en *la Hermenéutica del sujeto* (1994) y que hace parte de la práctica del cuidado de sí. De acuerdo con Platón (como se citó en Foucault, 1994) se trata de “una actitud del sujeto respecto de sus medios que no es simplemente instrumental” (p. 47). La dialéctica y el diálogo que se proponen a continuación y que apuntan principalmente a una situación de posibilidad en el aula, se inscriben de hecho, en una práctica del cuidado de sí desde nosotros en relación con lo teórico, distanciándonos de una mirada instrumental y situando las ideas de los autores, en tal vez, espacios no convencionales, pero que, a todas luces, cumplen con un requisito de esta práctica, que es la transformación, no para llegar a la verdad, sino, tal vez, a un lugar de enunciación, a un cerrojo, a una ventana, en donde nos servimos de (*Chrestai*) la palabra del otro transfigurada, para narrar de otro modo, una historia de resistencias.

Por lo tanto, el diálogo no se limita a un juego investigativo que se dedica a revelar los puntos de encuentro de los autores, antes bien, para lograr una mejor extrapolación, se los ubica en una dimensión temporal construida por nosotros y que en el cuerpo del texto se encontrará a manera de pequeñas historias, que se suceden con la dialéctica teórica principal, lo que causa una ramificación del tallo central de este capítulo. Estas ramificaciones, consideramos, expresan de una mejor forma esa actitud respecto de los medios que exige el cuidado de sí, aunque se hace necesaria la acogida de los apartes en conjunto, ya que la dimensión temporal debe su origen a la reflexión teórica. Queda por decir que este aparte es, tal vez, prueba de la realización de nuestras intenciones pues, como diría Mary Wollstonecraft, “en la vida sólo hay dos cosas en verdad irreversibles: la muerte y el conocimiento. Lo que se sabe no se puede dejar de saber” (Montero, 1995, p.

51).Luego del encuentro con la alteridad que supuso la lectura de los autores que se citan en este capítulo, sólo quedaba narrar, actividad irrenunciable de aquel que decide ser maestro.

Para efectos de una articulación de los conceptos que se van a desarrollar, se enunciará en algunos párrafos la perspectiva pedagógica en la que se inscribe la teoría; y es en otro texto de Mèlich, *La sabiduría de lo incierto. Sobre ética y educación desde un punto de vista literario* (2003), donde encontramos el horizonte propicio en el que se los puede relacionar. Así, vemos cómo el punto de vista literario que propone Mèlich sobre la educación entra en sintonía con las ideas de Ricoeur (2005) y de Foucault (1994) desde una comprensión de la praxis, de hecho, bastante simple: el autor (2003) considera ineludible la transformación en la educación. En un cuestionamiento que hace a las pedagogías de distinto signo, menciona como éstas se basan en una comprensión de la formación desde la «conformación», entendiendo por esta última la adaptación de algo a un original y cómo “el punto de vista literario, en cambio, no entiende básicamente la formación como «conformación» sino como «transformación» (Mèlich, 2003, p. 43). Esta apreciación es nodal para nosotros, pues nuestra propuesta se preocupa principalmente por la interpelación a esos procesos de *conformación*. Es debido a una legítima sospecha que se hace la interpretación de los ámbitos literario y neoliberal y de la violencia reciente, pues en estos se le ha exigido a la mujer adaptarse al original arquetipo de lo que se ha entendido como una mujer.

La transformación está presente en los conceptos que se trabajan en los tres autores. Como ya se esbozó, en la práctica del cuidado de sí, de la que habla Foucault (1994), está presente desde la *Chresis*. Respecto de lo que se toma del texto *Ética de la compasión* (Mèlich, 2010), la contingencia en tanto relación con la alteridad y acontecimiento que rompe el usual tránsito de los episodios de cada día supone ante todo que no se es el mismo luego de haberla experimentado, además de que la problematización que se hace a las gramáticas heredadas, primer concepto trabajado en el marco conceptual, es principalmente una crítica a los procesos de conformación; finalmente, Ricoeur (2005) hace explícita la consecuencia de la configuración de la narración desde una trama: *contarnos de otro modo*. De esta manera, la transformación planteada por Mèlich (2003, 2010), acoge el cuestionamiento a los discursos que se han construido sobre la mujer y que fundamentamos con los autores que se mencionan, como se leerá más adelante, puesto que esta práctica educativa ofrece

una apertura a una transformación transgresora que se opone a verdades absolutas (Mèlich, 2003).

La finitud de las verdades, a causa de la incesante transformación, o como la nombrará posteriormente en *Ética de la compasión* (Mèlich, 2010), su provisionalidad, nos hace a nosotros, seres igualmente finitos y por tanto relacionales (p. 15). Es así que en su perspectiva pedagógica la alteridad es tan significativa como la transformación; de hecho, esta última es muchas veces detonada por el encuentro con el otro. En la estructuración que hace Mélich en su propuesta, introduce el concepto de razón literaria, una razón que “está abierta a la sorpresa, al cambio, en una palabra, a la *alteridad*, al *acontecimiento del otro*” (Mèlich, 2003, p. 37). En este punto, el autor nos ofrece un espacio de enunciación en el que confluyen nuestras ideas principales, pues estas, si bien tienen un origen en la singularidad del sujeto, siempre llevan a un desplazamiento que conduce al encuentro con la alteridad. La contingencia, la identidad narrativa y principalmente la ética, son ideas que no perviven en un solipsismo. Esta es la razón por la que una educación desde el punto de vista literario “habla para alguien que no solamente tiene orejas sino también boca” (Mèlich, 2003, p. 37)

La maestra: del paisaje de la guerra al resplandor de las herencias

- *Estuve tentada de preguntarle al conductor por qué el nombre de Montes de María, pero la virgen existencia del todo me dio la respuesta: montañas y densos bosques heridos, hasta entonces, sólo por el azadón. Hasta entonces, porque los vírgenes montes habían sido violados sólo meses atrás y la sábana manchada del repudiable acto todavía oscilaba en el recuerdo de todos.*

En *Ética de la compasión* (2010), Mèlich plantea que “venir al mundo no es otra cosa que llegar a una gramática” (p. 16), es decir, somos herederos de una estructura en la que se sitúa nuestra percepción, para entender y vivir el mundo desde una paleta de matices que le pertenecen a otro. No hay nada qué hacer y es que comenzamos antes (Mèlich, 2010, p. 16). Esa gramática heredada configura, a nuestro pesar, una gran proporción de lo que somos. Como una presencia ajena que, al susurrar un lenguaje antiguo, anterior a nosotros,

a nuestros padres, a nuestros abuelos quizá, interviene en nuestro pensamiento y en nuestros actos. Vemos, invadidos de un terror, que la costumbre de ese habitar mudará a subconsciente tal vez, cómo “no somos dueños de nuestra propia casa” (Mèlich, 2010, p. 16))

- *Las casas aún quemadas, la insoportable ausencia que viste a lugares como estos y que despoja de existencia aún a los vivos, entonces no se sabe si el anciano sentado afuera de su casa realmente está ahí, o si se trata de la proyección del vacío, una impresión del tiempo que corre el riesgo constante de desvanecerse por acción del viento.*

La gramática colombiana, con que la lengua escribe las oraciones de la historia del país, reduce el fragor del sonido de la erre en guerra a lejana tormenta conocida. Heredamos la gramática de la vida desmitificada. Vemos al otro con ojos de cementerio de esquina, nos saludamos en un adiós de inminente separación a causa del mal y lo aceptamos sin más, como símil verdad de que en invierno el verde muere, la muerte es un vecino de cuya visita huimos cuando toca a nuestra puerta, y una morbosa situación de mirar por la ventana cuando toca la puerta de enfrente.

- *Desorientada, como si el tiempo y yo hubiésemos tomado caminos diferentes, vi cómo Miguel, la persona que me esperaba, me estaba sonriendo en la distancia y cómo la pequeña mano de una niña, que no había visto acercarse, me jalaba la camisa y me preguntaba si yo era la profe. ¿Qué hace una maestra en un lugar como estos? La anterior parece haber encontrado la respuesta: hacer las maletas.*

No obstante, la gramática heredada, no supone un encarcelamiento de renglones donde no se puede escribir de otras formas. De hecho, lo heredado, suscita en el escribir, palabras que se salen de los renglones. Y es que, de acuerdo con Mèlich (2010), “la vida se podría definir, si tal cosa fuese posible, como una especie de *tensión* entre la situación heredada y nuestro actual modo de administrarla, entre pasado, presente y futuro, entre *realidad* y *deseo*” (p. 17).

En el deseo Mèlich (2010) habla con Foucault (1994) y se empieza a gestar ese cuidado de sí y del otro. En el deseo se labra esa inquietud de no coincidir con lo heredado. Se

cuestiona lo incuestionado¹⁴ de una gramática sagrada que sitúa al sufrimiento del otro en un camino que por tantas veces transitado toma el llanto escuchado al otro lado, como una pieza apenas normal del paisaje. El distanciamiento de la gramática heredada que implica la admisión del deseo como inquietud, supone una primera confrontación con unas estructuras que, a lo largo de la vida, han hecho de la guerra *no* un acontecimiento sino un simple suceso. La lectura de la gramática heredada como moral, sitúa al acto en el nivel de la obligación, ¿tengo la obligación de ir, como maestra, a un pueblo que ha experimentado una masacre? Por otro lado, la incomodidad con sí mismo que implica desertar de lo heredado, no habla de obligaciones sino de una “respuesta adecuada al dolor del otro, así no sea suficientemente adecuada” (Mélích, 2010, p. 222).

- *A las pocas semanas de haber llegado a Chengue y cuando todavía pensaba que ser maestra era enseñar a leer, cuando jugaba al descarado juego de decirme mentiras, decidí, como es práctica usual del maestro colombiano cuando lo ataca el mosquito de la desidia, ponerlos a dibujar.*

Por otra parte, en la ética del cuidado de sí y de los otros, el sólo distanciamiento de lo instituido no es suficiente. No se trata de una cuestión de decisiones, sino de actitudes constantes, se trata, en palabras de Foucault (1994), de “convertirse en algo que nunca se ha sido, tal es, me parece, uno de los elementos y uno de los temas fundamentales de esta práctica de uno sobre sí mismo” (p. 54). En las rutas de la construcción de unas prácticas de la ética del cuidado de sí y de los otros, la transformación es ineludible; no como principio, ni como receta, sino porque en el encuentro con la contingencia de la vida, no es posible continuar la travesía por sus rutas siendo los mismos.

- *A través del dibujo, Mariana convocó lo absolutamente real del recuerdo para contrarrestar la ficción que vivía, la incomprensión que la aquejaba y la incertidumbre ante la transgresión de lo sagrado: la vida. Mientras miraba la volqueta con los cuerpos apilados que había dibujado, Mariana me preguntaba si así era que llegaban al cielo las personas. Podía sentir cómo se me caían las vocales, cada dibujo hacía más visible con sus trazos, los trazos de mi mentira.*

¹⁴ Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 1975, p. 23.

La contingencia sería ante todo una relación con la alteridad. También, su complejidad se debe a que los modos de afectación del sujeto -una afectación trascendente que supone una ruptura en la vida de la persona- son diversos, son circunstanciales y, ante todo, singulares. La contingencia es transformación porque es algo que *me* pasa, algo que padezco. Así, “la contingencia es experiencia porque es el resultado de una alteridad ajena, de un *afuera* que, al mismo tiempo, hace posible que descubra mi propia alteridad y provoca que salga de mí mismo” (Mélích, 2010, p. 26). La contingencia irrumpe en el normal transcurrir de los sucesos para instaurar un estado de acontecimiento que no permite ninguna previsibilidad. Le damos, brevemente, entrada a la conversación a Paul Ricoeur (2005) para adelantar así la cuestión de la identidad narrativa. Según el filósofo “es en la prueba de la confrontación con otro, ya se trate de un individuo o de una colectividad, donde la identidad narrativa revela su fragilidad” (2005, p. 137). El otro es indispensable en la ética, como en la identidad narrativa; en la primera, porque es su irrupción en nuestra vida la que de hecho genera un acontecimiento al que respondemos de forma ética, en la segunda, porque es el otro en tanto trama el que nos permite hacernos con una configuración que le da sentido a nuestras historias. Un sentido, no obstante, frágil, provisional.

Retomando, la contingencia, como experiencia altamente subjetiva, permite que el acontecimiento se vista de diversas maneras. Ni los lugares, ni las circunstancias, ni las palabras, ni las personas afectan a todos de la misma manera. Pudiese ser que la forma en la que el otro irrumpe como contingencia sea a través de un dibujo, incluso, de su silencio. Podemos ilustrar el carácter íntimo de la contingencia remitiéndonos al informe del *Centro Nacional de Memoria Histórica: Mujeres y Guerra, víctimas y resistentes en el caribe colombiano* (2011) en tanto, si bien la violación puede tomarse muy bien como una irrupción de la contingencia en la vida, y que esta genera una ruptura, una brecha radical, insoldable (Mélích, 2010), ésta pudiera no ser reconocida como tal.

Tanto en el país como en otras sociedades, académicos, gestores de políticas públicas, periodistas, jueces, comandantes de ejércitos y señores de la guerra, asumían cómodamente que la violación sexual era inevitable en los conflictos

armados porque los campos de batalla propiciaban siempre y en todo lugar ese tipo de abusos. (CNMH, 2011, p. 212)

Lo que llama la atención aquí es el carácter de lo inevitable atribuido al acontecimiento que, nuevamente, lo reduce a simple suceso. En el texto ya mencionado, *La sabiduría de lo incierto Sobre ética y educación desde un punto de vista literario* (2003), Mèlich, en una crítica a la razón instrumental que desarrolla en uno de los apartados, expone cómo esta no se conmueve ante el dolor porque *de singularibus non est scientia* (2003, p. 39). Desemboca en la denuncia de cómo la ciencia económica degenera el acontecimiento a desviación o fluctuación en una justificación estadística. En el aparte, Mèlich utiliza el primer capítulo de *El hombre sin atributos* de Robert Musil (1943), en donde ante un accidente automovilístico frente al que una señora que lo contempla se siente indispuesta, un hombre le explica cómo “según las estadísticas americanas se registran cada año en Estados Unidos 190.000 muertos y 450.000 heridos en accidentes de circulación” (Musil, como se citó en Mèlich, 2003, p. 41), lo que hace sentir aliviada a la señora. La justificación, nuestra comprensión estadística de la guerra en Colombia y lo que ha significado para la mujer en términos de la vulneración de su existencia, es que es inevitable. Tenemos, pues, aquí, la respuesta racional, ¿cómo responder de forma ética y qué implica esta respuesta en las prácticas de la ética del cuidado de sí y de los otros?

- *¿Qué hacer? ¿Qué hace una maestra? ¿Qué hago yo aquí? Después de abrirle la puerta a la demanda del dolor del otro mi existencia ha sido una prolongación de la noche que tanto me atormenta, un dibujo, me despierto, una palabra que se empapa con el sudor de una noche intranquila, una pregunta y la boca que queda siempre con ese dejo de seca incertidumbre. Pedrito fue el que le dio el nombre: los amigos del recuerdo, y vestidos de memorias pintamos todas las fachadas de las casas, las marcamos de la forma en la que el pasado había cicatrizado en todos nosotros.*

Finalmente llegamos a la ética del cuidado de sí y del otro como tal, una ética en tanto respuesta como forma de confrontación de la incertidumbre ocasionada por la contingencia radical que implica existir en una atención al sí mismo y al otro. Hemos planteado que no

coincidimos con la gramática heredada, la cual, en relación con el ámbito que aquí se trata, reduce el dolor del otro a mera cuestión inevitable, a suceso que se hace normal a fuerza de una recurrencia en prácticas violentas. Antanas Mockus, en una conferencia dictada en el 2015¹⁵ lo expresa de una manera muy clara: en el comportamiento inciden las reglas formales e informales, las primeras son las legales: las leyes, las segundas son la consciencia y el reconocimiento social. En Colombia legalmente se ha invitado a matar con el Decreto 1400 de 2006, que consistía en bonificaciones para *operaciones de importancia militar*,¹⁶ lo que dio pie a las ejecuciones sistemáticas extrajudiciales, o a manera de legitimación y normalización lingüística: *falsos positivos*. Desde la consciencia y por influencia de lo social y lo político, la diferencia que supone el otro, puede ser eliminada. Hemos, por tanto, de desertar: la condición humana es una condición desertora (Mèlich, 2010). Desertamos porque a causa de nuestros deseos infinitos cuestionamos lo instituido y al salir del lugar común de la gramática nos encontramos con la contingencia, un encuentro que nos altera, para construirnos otros, una alteridad que se edifica en una réplica a la llamada del dolor del otro.

Ahora, la respuesta ética, no detenta en ninguna instancia, una postura de verdad que le confiere al otro una fórmula para superar su dolor, ni a nosotros una brújula para seguir el camino posterior al abandono de lo heredado. Ante la incertidumbre capital que el acontecimiento supone nos encontramos con todo menos con un mapa. Nos vemos al pie del abismo, a la entrada del laberinto, ante el ocaso de una noche sin estrellas, ni luna. El acontecimiento irrumpe en la zona de las convicciones para dejarnos a la deriva en un mar que se pliega sobre nosotros, y nos interroga en el terreno baldío de los antimapas, que nos desconcierta, porque no poseemos respuestas a priori que nos indiquen cómo proceder.

➤ *La negativa de Luis fue tajante, como si con su 'no' me arrojara una soga lingüística al cuello, en un intento de lo más inútil de aferrarse a una esperanza desgastada y nunca del todo esperanza, siempre ruego, un tratar de detener la*

15 Antanas Mockus (1 de mayo de 2015) Universidad de Los Andes. Informe Anual del Banco Mundial sobre desarrollo: Mente, sociedad y conducta.

16 Que se deroga y se mantiene de manera secreta con una directiva ministerial permanente. No 29 del 2005. Remuneraciones de hasta 10 SMLV

tormenta desplomándose en el piso y haciendo un berrinche simbólico. Ahora, esa soga, de haber trascendido su naturaleza de abstracta presencia, existe intermitentemente y nos une en una mutua incertidumbre. El dilatado viaje había sido todo por un accidentado camino de tierra amarilla por el que a cada salto la agonía del amortiguador cantaba la distancia insalvable entre nosotros. Estuve tentada de preguntarle al conductor por qué el nombre...

Respondemos en una acogida que supone una narración de la experiencia donde el otro se hace trama. Es aquí donde la dialéctica que proponemos se completa. Hemos dado indicios de cómo es que se configura la ética del cuidado de sí y del otro para la construcción de una identidad narrativa; pero es en la narración que aquí se desarrolla en donde los tres autores confluyen, aunque como ya se dijo, en una lectura tal vez inusual desde la *chresis*. Se propone una narración que implica una alteridad como trama, una transformación como cuestionamiento, y la construcción de una identidad narrativa que implica un ocuparse de sí mismo.

La identidad narrativa se construye al considerar a la identidad personal en la dimensión temporal (Ricoeur, 2005). Es en el momento en el que se piensa el sujeto como agente instalado en el tiempo que se es consciente de que el mismo tiene una historia. Recordemos que de acuerdo con Mèlich (2010), la contingencia es una experiencia, de hecho, es *La Experiencia*. Una experiencia que necesita ser narrada, pues de acuerdo a Duch y Chillón (como se citó en Murillo, 2019) “necesitamos narrar a los demás y que los demás nos narren, trenzar y difundir historias además de recibirlas” (p. 36). Y es que, al salir de lo cotidiano, entendido como la gramática heredada, se entra en la experiencia del tiempo de la diferencia. El acto de narrar es un efecto y la causa es la condición desertora del ser humano, se narra lo extraordinario, la forma en la que el mundo se presenta como un hecho desconocido, y que lleva a la organización de la experiencia a modo de narración, para tratar de comprenderla, una comprensión, no obstante, provisional, porque “vivir es habitar un proyecto de imposible clausura” (Mèlich, 2010, p. 91).

Por otro lado, el solo acto de narrar lo acontecido no es suficiente, dado que hay elementos externos que se hacen necesarios. Podría hacerse la relación con los actos de habla: cuando se dice “qué calor está haciendo”, hay una solicitud implícita por un actuar de parte de otro:

que se abra una ventana, que se encienda un ventilador. Así, en la narración del viaje, no se trata sólo de un contar despojado de intenciones, de alguna forma se está buscando una interpelación (Murillo, 2019). Es esta la razón por la que se hace necesaria una trama.

La construcción de una trama atribuye una configuración inteligible a un conjunto heterogéneo compuesto de intenciones, de causas y casualidades; la unidad de sentido que resulta de ello descansa en un equilibrio dinámico entre la exigencia de concordancia y la admisión de discordancias (Ricoeur, 2005, p. 132)

La inscripción del otro como trama en nuestras narraciones supone una transformación en la forma como percibimos nuestra vida y la de los demás, un convertirse en algo que nunca se ha sido, como menciona Foucault (1994). La configuración de la narración desde una trama nos habilita unas maneras de aprender a contarnos de otras formas (Ricoeur, 2005). Hablamos entonces de una ética del cuidado de sí y del otro, porque acogemos a la alteridad en nuestras narraciones y porque nos hacemos cargo de nuestra experiencia al hacer una re-lectura de la vida desde esta nueva configuración en la que devenimos otros.

Como ya expusimos, un sujeto que se vale de la razón instrumental rebaja el acontecimiento a simple fluctuación; la respuesta ética de la acogida necesita entonces que se distancie de una gramática heredada mecanicista y que reivindique lo corpóreo y con esto su sentir, hablamos de un ser de lo sensible¹⁷. No hablamos con esto de un ser receptáculo de datos desde una potenciación de las percepciones, sino que, como dice Marín (2012), se trata de un *sujeto de lo sensible* que “incluye necesariamente una atención capaz de conocer e interpretar” (p. 245). Lo que remite claramente a un ocuparse de sí mismo dado que el cuidado de sí “supone una vigilancia sobre lo que acontece en el pensamiento” (Foucault, 1994, p. 35). Se configura así una respuesta al dolor del otro, una respuesta que es ética porque “la ética es precisamente eso, la respuesta a la demanda del otro en una situación de radical excepcionalidad” (Mèlich, 2010, p. 93). Una construcción de la identidad narrativa, porque acogemos al otro como trama. Una transformación desde el cuidado de sí y del otro, porque interpretamos nuestra vida desde la alteridad. Por eso la

¹⁷ Marín, E. (2012) Educación de lo sensible: tras las huellas del pensamiento de Foucault. Revista Colombiana de educación, N. 63

maestra narra, ese es su gesto rebelde, y narra su vida en conjunción con otro, un otro que causó una brecha en la sucesión de palabras de su gramática.

La mujer: la antorcha alrededor del deseo de trascender

Imagina que un día despiertas, un día, en pleno siglo XXI, te levantas, llegas a tu lugar de trabajo y a la media hora de estar allí, entran unos hombres armados, parecen militares, hablan con tu jefe, este contrariado llama a todo el personal y de pronto dice que todas las mujeres (tú y tus compañeras de trabajo) han sido despedidas, que hay una nueva ley que prohíbe que las mujeres tengan trabajo. Luego, unos días más adelante, vas a pagar en alguna tienda con tu tarjeta de crédito y esta no funciona, aun cuando sabes que tienes saldo, luego, llegas a tu casa y ves en la televisión que hay otra ley, una más nueva aún, que dice que las mujeres no pueden tener propiedad:

[...] Pero yo tenía más de dos mil dólares en el banco, me lamenté, como si mi cuenta fuera la única que importaba. Las mujeres ya no podemos tener nada de nuestra propiedad, me informó. Es una nueva ley. ¿Hoy encendiste el televisor? No, repuse. Lo anunciaron. En todo el país. (Atwood, 2001, p. 147)

Y así tu vida se va modificando basándose en un solo hecho: eres una mujer. Esta parece ser una condición que se ha problematizado desde hace mucho tiempo atrás. Nadie podría citar el momento exacto donde alguien decidió que la mujer debía quedarse en la casa y el hombre era el que salía a vivir la aventura del mundo mientras buscaba el alimento para el hogar, claro, viendo a la mujer más pequeña, más delgada, sintiendo unas ganas paternas de protegerla, era más seguro para ella quedarse en casa, no fuera que en la osadía de conocer el mundo fuera a dañarse, a partirse viéndola tan frágil. “Siempre heredamos aunque no lo sepamos, aunque no lo deseemos” (Mèlich, 2010, p.16). Al momento de nacer a la mujer se le entrega una herencia que no ha reclamado y que no quiere reclamar, porque esto solo significará el confinamiento y la exclusión del mundo real.

De este modo, la mujer ha estado a merced del hombre, donde este decide todo acerca de esta, sin darle la oportunidad de enunciar quién es, pero en la naturaleza femenina no está la

sumisión como primera opción, así que a través del tiempo hemos visto mujeres empoderadas que se quieren y reconocen la importancia de hacerse cargo de sí mismas. Para lograr esto primero identifican las diferencias para con los hombres, entendiendo su diferencia como un rasgo que posee unas potencialidades distintas, así se cae el discurso biológico de que la mujer y el hombre son distintos y en la diferencia reside la superioridad de uno. Nos podemos remitir hasta la conformación hormonal, sabemos que en las mujeres el nivel hormonal de estrógenos, la progesterona y la oxitócica son más altos que en los hombres, así como los niveles de testosterona son más altos en los hombres.

Para Darwin, en el ser humano los rasgos masculinos son los que generalmente se asocian con grados superiores de perfección, como el coraje, la energía, la razón y la imaginación, mientras que las mujeres son más intuitivas e imitativas. Además, «gastan mucha energía en la formación de óvulos» y tienen instinto maternal, por lo que están mejor confinadas a la esfera privada (Informe 21. 2017) No resulta sorprendente que un personaje como Darwin hiciera tales afirmaciones, ya que, como él, muchos otros, que en su momento fueron grandes pensadores, hicieron el mismo veredicto sobre las mujeres y por consiguiente, sobre lo que implica ser mujer.

Para la escritora francesa Simone de Beauvoir, el ser mujer tiene otras implicaciones, aclara en su libro *El segundo sexo* (2011), al decir que “la lucha de los sexos no está inmediatamente implicada en la anatomía del hombre y de la mujer” (p. 711) sino que es una lucha simbólica, ya que lo que la mujer anhela son los “privilegios de la virilidad” en tanto la relación del hombre y la mujer, pero más allá de eso, de las posibilidades que tiene el hombre en el mundo; así, Beauvoir desmerita la teoría psicoanalítica que plantea que la mujer le tiene envidia al miembro del hombre y desea castrarlo, es decir, no es al miembro a lo que le tiene envidia, ella siente la castración desde la ausencia del miembro pero, como ya se mencionó, lo que de verdad desea es el mundo al que le da acceso al hombre ese miembro.

Así, empieza el recorrido de la mujer al identificar esa “carencia” y lo que ello implica, entonces decide agenciar ella misma sus posibilidades dentro del mundo masculino,

rompiendo con estereotipos, caminando en contra de lo que quiere el otro, vistiéndose según su gusto, leyendo y, para escándalo de muchos, trabajando o escribiendo. “El deseo es un esfuerzo por trascender la gramática que hemos heredado” (Beauvoir, 2011, p. 18), ella no se siente cómoda en el lugar en que ha sido puesta y esto se traduce en una necesidad, en el deseo de trascender.

La mujer, según Beauvoir (2011), desde ninguna perspectiva se identifica como inferior al hombre, ella se reconoce como su igual, en tanto las posibilidades que se le deberían ofrecer a ambos. ¿Por qué él puede y yo no? ¿Por qué él tiene un carro y yo una cocinita? ¿Por qué debo aprender a bordar mientras él aprende a leer? Así se actualizan las tensiones entre el ser hombre y el ser mujer y se van aplicando a los nuevos discursos, ahora bien, en términos de la modernidad se ha avanzado mucho en el terreno de las posibilidades para los hombres y para las mujeres; en términos de educación superior no solo está la labor de institutriz privada, maestra rural, o modista, ahora las mujeres tiene la libertad (como corresponde) de decidir qué quieren estudiar, pero en el ámbito laboral todavía quedan esos ecos del pensamiento arcaico de la inferioridad de la mujer, por esto “[...] la mujer reclama la igualdad abstracta que le han garantizado, y el hombre la desigualdad concreta que constata” (Beauvoir, 2011, p. 713). ¿Cómo van a recibir el mismo sueldo si científicamente está comprobado que las diferencias entre hombre y mujer hacen más capaz al uno que el otro? Es decir, uno evidentemente rendirá más, tendrá mejores resultados a la hora de desarrollar el trabajo.

Esta lucha de la mujer desemboca en un proceso de auto formación, en el cual ella se hace responsable de sí misma y su vida la asume desde una postura ética, en tanto está atravesada por ese cuidado de sí que se traduce, entre otras maneras, en un compromiso intelectual, desde su pensamiento crítico se cuestiona, pero también a sus congéneres, a las diversas formas de habitar el mundo y, como consecuencia, también se asume desde una postura política; el hecho de que se cuestione, y también lo haga con el mundo, que irrumpa en la vida social tras tener el cartel de prohibido para ella, ya la hace un sujeto distinto, uno que evidencia el proceso por el cual a travesado desde su ser mujer.

La estudiante: el fuego detenido en el fervor del cuestionamiento

En el primer subtítulo se hizo un especial énfasis en exponer la radical singularidad de la experiencia de la contingencia. Al tiempo, las formas de acoger al otro como trama y las configuraciones que de allí se desprenden para organizar la narración son diversas, además de las formas de interpretar. También se presentó la ética no como obligación, ni como principios de bueno o malo, sino una respuesta que bien pudiese ser no lo suficientemente adecuada. De manera que no se trata de un modelo de intervención en el aula sino de un espacio de posibilidad. A manera de aplicación del espacio a lo neoliberal es que se desarrolla este subtítulo, de manera muy breve, pues ya los conceptos nodales se plantearon y, de nuevo, no se trata del empleo de una fórmula sino de una búsqueda inacabada de gestos, de resistencias.

- *Una intersección altamente concurrida, una fila de cincuenta personas frente a un bus, cincuenta personas tras la puerta de un bus que quieren salir; unas escaleras estrechas y cien personas que suben, un semáforo en rojo y el mundo detrás, un sermón y mil creyentes, un profesor que enseña a leer, y sin falta y con premura el mundo continúa su marcha.*

Si en el ámbito de la violencia la gramática heredada era la reducción de la violencia a suceso, en lo neoliberal, se trata de unas prácticas que ante todo buscan que la persona no cumpla con su condición de desertor y que incluso considere que no ha heredado ninguna gramática. Lo que a grandes rasgos podría ser cierto, pues se trata de un período de caída de los meta-relatos, donde toda gramática ha sido desechada; sin embargo, todavía se comienza antes (Mèlich, 2010). Es imposible no heredar, como tampoco es posible no partir hacia lo incierto. Puede afirmarse que la gramática que se hereda en el discurso neoliberal es la de movimiento. Toda acción debe realizarse sin ningún impedimento que obstruya la línea de producción. Aquí el deseo que nos convoca a la realización de que no coincidimos con nosotros mismos, cae en la falacia de la inexistencia de los límites y por ende no se cuestiona lo incuestionado. La paradoja aquí reside en la aparente caída de los discursos sagrados, es decir, heredamos el cuestionamiento y habría que cuestionar al cuestionamiento. Si en la comprensión convencional de lo heredado se antepone la tensión

con el deseo que implica un desplazarse, en este discurso, se es desertor cuando se hace un alto.

- *Los cordones se han desamarrado y un niño llora, su madre le limpia los mocos al nene, el nene no para de llorar y le dice que los cordones; y en efecto, los cordones, señora, uno no puede caminar con los cordones sueltos, las caídas, los moretones, sobre todo ese incómodo sentimiento de que se va a perder el zapato; se ha perdido el zapato.*

Como en el ámbito bélico, si se habla de un movimiento del todo, el otro como diferencia supone un contratiempo. Aquí, de hecho, la estadística recrudescer sus prácticas de reducción del acontecimiento a una completa omisión. La utopía realizada no admite aquello que transgreda la simulación de una existencia en la profilaxis donde el mal no existe. El posicionamiento ético se pierde en un ignorar forzado porque en lo neoliberal el otro no sufre. En la aparente innovación con que se producen los cuerpos como objeto, no existe el cuidado de sí, porque ahora sí se es un receptáculo de datos que no se piensan.

- *El nene ha dicho que no y ha parado de caminar, el mundo deja salir un gemido ante semejante agravio. Un auto decide frenar en la intersección, una persona decide no subir al bus y otra decide no bajar, alguien se queda inmóvil en las escaleras, alguien decide estorbar cuando el semáforo cambia, una mujer se pone de pie en la iglesia y le grita al sacerdote que es un mentiroso, y un niño le dice al profesor que mamá no se escribe con m.*

Pareciera que en este discurso, antes de partir hacia la alteridad, se debe hacer un alto para mirarse a sí mismo, una búsqueda del referente perdido en la multiplicidad de imágenes. De otro lado, es necesario pensar en los grados de inscripción y admisión del discurso en la realidad. Y es que esta aparente liberación del todo, no se vive en todos los contextos. Así, la gramática heredada puede ser un rol de mujer desde categorías de servidumbre y lo socialmente admitido como femenino.

- *Un profesor de un colegio del centro ha puesto a caminar a 38 estudiantes en un salón vacío, se juntan, porque el trasegar es más fácil entre dos, o tres; se juntan, pero no mucho, porque tocarse mucho es pecaminoso, caminan el juego infranqueable de estar solas entre muchas. Como el deseo se siente violentado si no puede caminar a sus anchas, la otra, a semejante distancia, a tal ritmo, no es más que un grandísimo infortunio. Ir en contravía, ser negación en estas circunstancias, es impensable, por eso ahora todas giran en la misma dirección.*

Un Candil y un tintero: escritura a medianoche o recapitulación del día

Se tienen entonces tres espacios articulados mediante un gesto que si bien se puede situar de forma general en los distintos ámbitos adquiere diferentes matices en cada uno de ellos. Este gesto se hace palabra, toma fuerza en una necesidad de narrar, y dadas las situaciones que atraviesa la mujer en su historia, esa forma de empalabramiento de la realidad supone una ruptura con el modelo social y cultural que se tiene de mujer. De modo que si se atiende al ámbito literario se asiste a una ruptura de un imaginario que no admitía el criterio de la misma; su representación en la sociedad se acogía a lo que dictaba el deseo del hombre sobre ella. Su narración rompe con la complacencia esperada de su silencio, su acto creador reconquista su voz.

En lo que se refiere al contexto de la historia reciente de la violencia en Colombia la palabra se manifiesta como una de las pocas formas de sobrellevar lo acontecido. Las dinámicas sociales -como en el ámbito anterior en donde la mujer creadora transgredía las categorías sociales haciéndose cargo de su propia narrativa- llevan aquí a que la rebeldía vaya al encuentro con una imposición del silencio que rebaja el carácter del acontecimiento y pretende hacerlo inexistente. “Nadie quería saber nada de lo que había pasado en el pueblo para no tener que dar cuenta a la ley de lo que había visto. Todo el mundo sabía y nadie quería saber” (Molano, 2001, p. 80). Pareciera que aquí las narrativas toman un tinte más subversivo y las consecuencias de su expresión son más fuertes. Pero en el acto de creación, el acceso al conocimiento por parte de la mujer en la historia implicó que, por tratarse de un saber diferente al del hombre, un saber de la experiencia, le fuera atribuido el

estereotipo y condena social de bruja. En este ámbito que tratamos ahora, esa forma de condena al acceso de un saber que no debería tenerse y que es sancionado si es expresado, se nominaliza desde el término de sapo.

Es precisamente por el carácter de absoluta opresión y pérdida de la voz que la narrativa que se gesta desde la experiencia violenta y que tiene la posibilidad de desembocar en la escucha de otro u otros, se caracteriza por un orden de emergencia que no se corresponde con la lógica usual del relato, sino que su orden es el de la urgencia. La narrativa, diríamos, brota más aquí que en los otros ámbitos como “una práctica de domino de la contingencia” (Mèlich, 2009, p. 137).

En cuanto a lo que tiene que ver con el ámbito neoliberal pareciera que le ha sido encomendado al olvido hacerse cargo de lo humano. Le ha arrebatado su reflejo en el espejo, y su mirar se engaña en la ausencia de un límite. Ese mirar-se que es reflexivo es relegado por una indiferencia total en la acción. El espejo ya no nos alarma, como diría Borges en su poema *Los espejos*, debido a que no somos mirados de vuelta, aspecto central del malestar que generan, pues la transparencia del cristal sólo admite lo configurado, lo sabido, ante todo, la pasividad de existir en una constante evasión al enigma.

La búsqueda, ese caminar inconforme, es lo que ha sido desplazado a la fosa del olvido, reemplazado con el infame orgullo que confiere la fluidez, el ser se afinsa en los atajos de la certeza. *Ser* implica una inscripción a estratos que se superponen en una lógica de tránsito sin dilaciones y allí el interrogante es la más grande molestia. La narración nace donde el caminar sufre tropiezos, por esta razón es que para permitir el aflorar del acontecimiento se debe poner en cuestión la indiferencia. En este ámbito, la narración toma unos tintes más cercanos al cuidado de sí expuesto por Foucault (1994). ¿Acaso no es una interesante relación dialógica cuando Bruner (2013) habla de la capacidad de la narración de extrañar a la persona de la tiranía de lo familiar y Foucault (1982) cuando invita a disipar las familiaridades admitidas?

Si bien las formas en las que se trabajaron los tres ámbitos, intencionados a la construcción de una identidad narrativa y de una ética del cuidado de sí y de los otros se desarrollan de forma cuidadosa en el siguiente capítulo, haremos una breve introducción de la apuesta que, al tiempo, recoge todo lo planteado hasta ahora.

En *Así habló Zaratustra*, Nietzsche (1998) habla de “un peligroso quizá” (p. 290). Los tres ámbitos funcionan como provocación inicial de esa posibilidad, detonan un cuestionamiento sobre el sí mismo, que deja a quien se piensa extraviado en el abismo. En una perspectiva pedagógica, literaria y ética que se distancia de lo totalitario, de las verdades absolutas y de, como ya lo mencionamos, la conformación, resulta bastante contradictorio formular una expectativa inamovible, premeditar la posibilidad no hace sino cercar sus caminos. Esto no supone la ausencia de una planeación o la defensa de una improvisación desmedida. Lo que deseamos esclarecer es que no se trata de la aplicación de un modelo referenciado en un ámbito a manera de métodos de intervención para la composición de una ética en la literatura. Se trata más bien de desacomodar lo familiar de las estudiantes mediante el encuentro con narrativas externas y permanecer en el tránsito de su contingencia como eco. La construcción de la identidad narrativa desatada por el encuentro con el ámbito literario o cualquiera de los otros, se da en tanto la relación que se teje con la narración de otra mujer, digamos una Mary Wolfstonecraft o una Camile Claudel interroga la propia experiencia y la convida a la invención de una narración propia que colabore en la asimilación de esta nueva forma de estar en el mundo desde la incerteza. Cómo la narrativa de alguien más se constituye en contingencia en la vida de las estudiantes o de qué manera se domina esta ruptura es algo que no se puede saber a priori, pero que se puede leer luego en la construcción narrativa que surja.

La posibilidad de existir de otro modo desde la ética del cuidado de sí y del otro, en tanto transformación de uno mismo en algo diferente de lo que se es, es detonada, en el espacio escolar, por un lenguaje que “permanece como eco, eco obstinado y repetido” (Skliar, 2014, p. 22). El lenguaje literario, poético, narrativo, un lenguaje que toma el cuerpo (Skliar, 2014, p. 2) incita a una reflexión al respecto de lo que acontece en el pensamiento. La literatura, vista desde la construcción de una identidad narrativa y del cuidado de sí y de los otros entra en una paradoja. pues ocasiona una fractura con la familiaridad de sí mismo y ofrece al tiempo un ámbito de acogida de la orfandad de gramática, del desamparo del exiliado.

Esta perspectiva de formación literaria tiene la habilidad de hacer perder el eje que generaba estabilidad en el territorio del individuo (Farina, 2007) y también la de hacer

soportable el tiempo humano (Mèlich, 2009). Literatura, identidad y ética se articulan en el extrañamiento que sufre la cotidianidad de la persona, el encuentro se da en la contingencia. Esto nos lleva a pensar que hay un gesto rebelde en la creación literaria misma, dado que su naturaleza ambigua atenta, en primera instancia, con el paradigma racionalista que desdeña la imposibilidad del hombre de existir sólida y coherentemente. Pero su rebeldía estriba principalmente en que incita a la duda. Altera la certeza en el lenguaje con que escribe cada uno su biografía en un decir subjuntivo. Acoge al otro en la permanencia de la alteridad como eco, semilla primera de su posterior movilidad, se configura en la intriga y hace metástasis en la colectividad develando el carácter interpretativo de las verdades. Su espíritu es, por tanto, subversivo (Bruner, 2013) como lo es, después de todo, la palabra de la mujer.

III. CERILLAS PARA AVIVAR EL FUEGO DEL ENIGMA O METODOLOGÍA

A la luz de un fuego centenario, ya opaco, mortecino, el maestro sólo ve sus manos. Un ritmo diferente al corazón, un rumor de relojes, el eco de la maquinaria gobierna su escritura: escribe en su pizarra datos incombustibles, guiños al olvido, afectadas efemérides que alguien, en las sombras, transcribe con nítida indiferencia; en la oscuridad se han olvidado. La inconsciente búsqueda de las manos traza su propia ruta en el límite que dicta la tiza, la palabra coincide con sí misma, sus caminos son circulares, su figura la anáfora, su voz el monólogo. La ya habitual noche de mediodía ha sofocado a la incertidumbre, la vaga sensación de la presencia de otro se ignora en su palabra como lugar de paso, los rescoldos apenas si lo iluminan, vaga en las sombras y su verdad es no permanecer. Su voz es el duplicado y esta noche los convoca a sentarse alrededor de la agonizante llama para ensayar el folletín. Una palabra sin gesto, unas manos sin tacto, un caminar sin encuentros. Sombría luz que se mantiene, porque no hay aquí inquietud. El fuego se olvida en el laberinto cuando nadie espera al otro lado, cuando el caminante se ha rendido al olvido y se extravía en la indiferencia. Haría falta una luna, un chispazo, que el mundo exhale de impaciencia y su aliento alcance a la llama y que así se dé el encuentro, que germine la sospecha en la admisión de lo posible, en la revelación juguetona de las sombras; que haya

así palabra, que la duda sobre lo momentáneamente revelado suscite una búsqueda, que se reavive el fuego porque se habita ahora una pregunta.

Así es que *Hestia*¹⁸, momentáneamente, le devuelve el aliento a la llama, sólo un instante donde la palabra erra en su camino usual a la nada y deriva en los oídos del otro; allí, en ese pequeño latido de luz, ambos son más que rutina sin propósito, más que presencia ignorada, hay un reconocimiento, en aquel vacilar de la luz, que los devuelve ahora a la oscuridad, algo permanece, una sospecha. El maestro ahora atiza las llamas, ambos soplan, las palabras se pierden en preguntas, se visten de incerteza, y se encuentran insuficientes. El fuego arde, y ambos se preguntan si hay algo además de esta soledad y este desasosiego, y dado que la noche no responde a la angustia del ser, ambos tejen historias. A la luz del fuego, en el habitar el enigma las manos no transcriben un soliloquio, se tienden como puentes. Ahora palpitan las inquietudes, las palabras que se escriben son una invitación a la diferencia, y ambos no pueden evitar sentirse otros al final de cada narración.

Pudiese ser que la aparente firmeza de los muros de las aulas o la ilusoria permanencia de las letras en los libros le dieran aquella impresión al maestro. La sensación de haber arribado al final, el deseo de arrojar anclas para siempre ante una certeza que anquilosa la duda. O tal vez, se trataba de una cuestión del ego, en donde su conocimiento había sido víctima de la falacia de lo absoluto. Consideraba tal vez que poseía la verdad. Las respuestas, aquellas que no son provisionales, apagan el fuego en un acto desesperado que rechaza los cuestionamientos que trae el tiempo, tratan de mutilar cualquier cambio que le ocurra a las certezas. La conversación que permite el fuego no camina hacia la inmutabilidad y aquella búsqueda que detona no tiene una aspiración al algo constituido o certero. Este tipo de conclusión, en apariencia total, marchita el deseo del caminante, su mirada se torna determinista y la apertura hacia la posibilidad, a la contradicción que supone la alteridad en el entretejido de palabras de la narración, se presenta como una tontería ante la perogrullada que es su verdad.

18 En la mitología griega, Hestia es la diosa de la cocina, la arquitectura, el hogar, o, más apropiadamente, del fuego que da calor y vida a los hogares.

Un maestro debería ser un obstinado espectador de atardeceres, nunca la ruta del sol es la misma, nunca la despedida del cielo se hace con las mismas inflexiones, los mismos tonos, el mismo sentimiento; así como la entrada al salón, incluso cuando está determinada por un tiempo monumental, sólo se inscribe en la absoluta particularidad del paso, su fuerza está indicada en la música de sus circunstancias y la estadía en el puesto nunca habla de los mismos silencios. De manera que, en un maestro, deberían, al menos, estar presentes tres aspectos: una inquietud, una intención en su hacer que lo arroja a una búsqueda que no persigue comprobaciones y un reconocimiento del estudiante como poseedor de conocimiento que en una relación intersubjetiva puede muy bien contribuir a alcanzar la comprensión de las inquietudes de ambos.

Lo anterior se articula con las preguntas e intenciones de nuestro trabajo de grado dado que nuestra estadía en el espacio educativo estuvo guiada por las posibilidades que se presentaban al interrogar lo constituido sobre las imágenes de mujer en los ámbitos que articulan nuestra apuesta: la literatura, el discurso neoliberal y la historia reciente de la violencia en Colombia. La danza del fuego generaba sospechas constantes, que nos invitaban a develar qué había detrás de las imágenes que se tienen de la mujer en aquellos ámbitos, un ejercicio que no se quedaba en un repertorio de hallazgos, sino que se preocupaba por la construcción de una identidad narrativa y una ética del cuidado de sí y de los otros. Todo lo que lo anterior encontró en la perspectiva de investigación cualitativa una constelación de ideas que en compañía del fuego nos colaboró en nuestro tránsito.

Una ruta de reivindicación y reconocimiento

La perspectiva de investigación cualitativa se inscribe en una disposición del maestro respecto de los otros, de sí mismo y de sus búsquedas que nos permitió afinar la mirada a medida que caminábamos las rutas de nuestras inquietudes. Así, uno de nuestros propósitos fue la reivindicación de la voz de las estudiantes, que se materializó en un constante énfasis por narrar la experiencia, lo que nos lleva a nuestro enfoque: el narrativo. El enfoque trabajado se inscribe pues desde la mirada que sobre el sujeto, su palabra y su mundo permite la investigación cualitativa.

Hemos mencionado que un maestro debería admitir en su hacer una inquietud que le permita reconocer las intencionalidades de su hacer y que movido por esa inquietud inicie una búsqueda. Ahora bien, ¿cómo se acerca a su objeto de conocimiento? ¿Desde la comprobación de postulados que no hacen sino reducir al otro a una generalidad que atenta contra su total diferencia? ¿Desde un voyerismo estereotipado que considera que el saber de las personas no es una legítima forma de comprender la realidad? Por nuestro lado, esta perspectiva de investigación entra en tensión con aquello que mencionábamos en la conceptualización, aquella formación como conformación (Mèlich, 2003) que se preocupa porque el estudiante coincida con un modelo. En nuestra investigación la mirada con la que inicia su viaje el maestro es de sospecha, sorpresa, de apertura y de reconocimiento de la absoluta legitimidad de la palabra de ese otro; el molde, el arquetipo, ha de romperse.

Tomamos la palabra de las estudiantes como una poética de la existencia. Se contrapone a una perspectiva cuantitativa porque no reduce su diferencia a regla universal. Nuestras estudiantes no se inscribían a una perspectiva objetiva del mundo. En su palabra, la cáscara del limón se asemejaba a la madre, sus formas de comprensión de la realidad se alejaban del recetario, del paradigma, transgredían las formas con la ambigüedad de sus creaciones literarias y se oponían a verdades universales desde su pluralidad. Una forma de conocer sensible y singular donde encontramos el más puro de los conocimientos; como menciona Galeano (2004), “la perspectiva metodológica cualitativa hace de lo cotidiano un espacio de comprensión de la realidad. Desde lo cotidiano y a través de lo cotidiano busca la comprensión de relaciones, visiones, rutinas, temporalidades, sentidos, significados” (p. 19). Es la impronta de lo cotidiano presente en sus gramáticas, y las tensiones que con ellas generan sus deseos desertores, es la soledad y el desasosiego y la ausencia de respuestas lo que nos permitió la entrada a un horizonte epistémico desde donde se construyen comprensiones de la realidad más cercanas a lo humano. Fue en el reconocimiento de ese trasfondo de sus palabras donde germinó la posibilidad de inventar sentidos, en un poema, una carta, un conjuro, tanto más valiosos porque hablan de un mundo vivo que se inscribe en el cuerpo, un saber que se siente.

De esta forma la perspectiva de investigación cualitativa nos permitió no sólo una fundamentación de la intención nuestra de reconocer el valor de la palabra de las estudiantes sino que en el proceso introdujo una situación intersubjetiva ética: no se trata del re-descubrimiento de la propia voz, sino de las acciones que se emprenden luego cuando se tiene acceso a este saber. No se trata de extinguir la posibilidad en el recuento de la experiencia, sino que se la reconfigura en un proceso donde se deviene otro. Si como ya mencionamos, la ética es respuesta ante el llamado del otro, nuestro posicionamiento no sólo se dio en la consciencia de las consecuencias y movilizaciones que implica remitirse a la experiencia, sino que nos gusta pensar que la pregunta por lo cotidiano, lo social, lo interno y lo subjetivo en tanto distanciamiento del espacio sombrío de la rutina y repetición de lo vacío es ya una respuesta ante la necesidad de comprensión, una comprensión que se sienta alrededor de un fuego vivo, una comprensión de la realidad que se da desde una razón narrativa.

Enfoque metodológico: la acción narrativa como forma de contarnos entre nosotros

*“La palabra: ese cuerpo hacia todo.
La palabra: esos ojos abiertos”
(Juarroz, 2016)*

Pensar en narrar nuestra propia historia, traspasando la frontera que supone la voz en off que habita en los linderos del cráneo, romper la cacofonía que nos impide develarnos ante otro, uno que suponemos tan lejano y desconocido como las tierras que soñamos con conocer. Intuimos en ese que nos observa los vestigios del reconocimiento, pero un lienzo atraviesa sutilmente la pupila y nos aleja de esa certeza.

Pero, basta que la fuerza se pose en la palabra, no importa que se quiebre la voz, que sea necesario hacer varias pausas, agachar la mirada o mover las manos compulsivamente: basta que ese otro cuente su experiencia, aquella que lo marca, lo define y que no lo abandona por este u otro motivo. En esa narración nos reconocemos, nos conectamos. Para ese otro -el narrador- cobra un sentido ligado a sus vivencias, es decir, lo adquiere desde la experiencia que ha atravesado; para el receptor, quien no es un oyente pasivo, cobra

también valor porque en el ejercicio de escucha latente su experiencia también queda en evidencia.

En el relato nos validamos, no solo ante nosotros mismos, esa sería una primera instancia, ante el otro también. Nos convertimos en texto para poder narrarnos, y este mismo permite el análisis, la interpretación y posibilita la acción frente a lo que se analiza. La perspectiva de entender el relato del otro y el propio como texto, no es algo reciente, en la investigación biográfica narrativa se entiende de esta manera, incluso este enfoque se nutre de la antropología, explícitamente del método de investigación etnográfico.

Si el relato es nuestra forma de contarnos y se entiende este como texto, la vida misma se convierte en un hecho narrativo:

Entendemos como narrativa la cualidad estructurada de la experiencia entendida y vista como un relato; por otro (como enfoque de investigación), las pautas y formas de construir sentido, a partir de acciones temporales personales, por medio de la descripción y análisis de los datos biográficos. Es una particular reconstrucción de la experiencia, por la que, mediante un proceso reflexivo, se da significado a lo sucedido o vivido. (Bolívar, 2002, p.5)

En este sentido, nos presentamos ante el mundo como un libro que está dispuesto a ser leído, pero que no se muestra ante cualquiera, este libro debe saber leerse, debe poder interpretarse mediado por la ética y el reconocimiento de la confianza que ese otro deposita en ese lector dispuesto para con su experiencia.

Quisimos entonces para nuestro trabajo de investigación en el aula, establecer procesos de carácter formativo donde la voz de las estudiantes cobró un valor esencial, partiendo de la idea de que todos somos texto y de que somos sujetos epistémicos. No es algo descabellado, al menos en la época actual se le apuesta a este tipo de investigación, contrario a hace varias décadas, pues de los 70's hacia atrás la investigación positivista se imponía como la forma hegemónica, reconocida y legítima para la producción de conocimiento. Se presentó un cambio radical cuando se entendió que "las narrativas son formas de construir realidad" (Bruner, 1988, p. 4). Por eso, a partir de la investigación narrativa establecimos procesos en el aula donde nuestro foco fue el testimonio de las

participantes, de las estudiantes. No quisimos que la voz de ellas se limitara a repetir el *a b c*, o las reglas ortográficas de manera robótica y alienada. Lo que hubo detrás del tono, la entonación, lo que dijeron, cómo lo dijeron, eso fue lo que tuvo importancia dentro del aula, dentro de la investigación narrativa que, con su componente hermenéutico valida al sujeto como texto y al análisis de su experiencia como material investigativo. La vida del sujeto no es un evento científico: es una acción narrativa.

La principal diferencia entre la investigación positivista y la biográfico narrativa, es que esta última no trata de dotar de explicaciones los acontecimientos en la vida del sujeto, sino que su propósito es darles sentido y tratar de comprender las experiencias vividas a través de la narración, del relato. Esto se hace evidente y, como ya se ha mencionado, pone al participante en un lugar distinto, su voz es su herramienta para contar sus vivencias. Así, cuando el sujeto se narra, se escucha y se posibilita un espacio (mediado por los investigadores) de reflexión y análisis, se reconfigura la experiencia de unas formas que develan el sentido de aquello que se narró.

Ya que la investigación biográfico narrativa está en el marco de lo cualitativo resulta propicio hacer algunos apuntes frente a lo que esto supone. Se tiene que esta perspectiva investigativa trabaja con las cualidades del sujeto, de ahí su nombre. Le apunta a entender las realidades, los modos de vida de las personas y no a explicarlas, a colaborar en la invención de sentidos que hagan habitable la memoria a través de la narración.

Por eso, para nuestro trabajo de investigación, lo valioso de las estudiantes no fueron sus calificaciones o los resultados en las pruebas departamentales o estatales, nuestro interés siempre se centró en aquello que constituyó su experiencia de vida dentro y fuera de la institución, en sus hogares, en la forma como sus testimonios se vinculaban con el ser mujer, con esas imágenes, esas representaciones que se intuían en su discurso.

Por mucho tiempo, en el campo de la investigación en educación, ciertos regímenes de verdad acerca de cómo se debe investigar han menospreciado los métodos que le dan voz en el aula a los sujetos, dejando sus experiencias de lado, así como las herramientas que no están ligadas a las estadísticas, encuestas y listas que puedan cuantificarse, aquello que apunta a darle valor a las cualidades de los sujetos se satanizó, o no era suficiente para ser llamado ciencia, lo que causó que muchos procesos en la escuela y en las formas de

investigar se entorpecieran y no pudiera apreciarse su valor y lo mucho que aporta dentro de la investigación.

Por eso, resulta pertinente que los maestros nos involucremos en el aula con una mirada permeada por las cualidades que caracterizan el contexto en el que se encuentran; más allá de cumplir con estándares establecidos desde la producción nos direccionemos a cumplir con estándares ligados a un compromiso con lo social, por el avance y por la empatía que nace del acercamiento, de la escucha para con ese que no es lejano, para con ese con el que tenemos tantas cosas en común. La escuela es eso: saber que cada uno de sus integrantes es valioso por las experiencias que ha vivido.

De ahí que este trabajo se inscriba en el enfoque narrativo, reconociéndolo como una forma válida, una manera valiosa de investigar en la enseñanza, en la educación. La reivindicación y la desnaturalización son conceptos afines a nuestro trabajo investigativo, esto coincide con el propósito de reconocer esta perspectiva metodológica y su contribución a las formas de investigación.

Pensar en narrar los primeros recuerdos que nos habitan, es como asistir al llamado de la memoria a través de los velos del sueño, la sensación de asir algo lejano deja en evidencia los esfuerzos por nombrar aquello que se constituye dentro de lo más remoto de nuestro caminar por esta tierra, es entonces cuando se presenta el lenguaje como la mejor herramienta para alcanzar aquello que se sospecha en la punta de la lengua, no es otra forma que la de la narrativa por la cual nos sabemos poseedores de aquellas memorias que se balancean entre el plano de la conciencia y el mundo onírico. Si convenimos con la mirada de Wilhelm Schapp (1992) que plantea de manera muy convincente que nada escapa a las historias o con la pregunta de Delory (2015) en cuanto a si “se puede aprehender, comprender o conocer la vida afuera del relato” (p. 2), entonces cualquier apuesta que se interrogue por las formas de conocimiento humano tiene, necesariamente, que conferirle un lugar de legitimidad a la narrativa dentro de sus búsquedas investigativas. Aún más, si se está de acuerdo con la idea de Bruner (2013) de que “la forma narrativa modela nuestros conceptos de realidad” (p. 11) o que ésta favorece a la comprensión del grado de convencionalidad de la misma, la investigación tendría por lo tanto que encontrar

un lugar de asimilación en donde se haga posible la comprensión de que para conocer el mundo del hombre, se hace necesaria la escucha de la narración que el mismo hace de su realidad. La realidad humana, tal parece, es una realidad es narrativa.

Al retomar la idea de Wittgenstein (1999) sobre su crítica a la razón instrumental desde la base de las cuestiones vitales, aquellas que ignora la ciencia y a las que no da respuesta, además de encontrar un vacío epistemológico, nos situamos en un lugar de enunciación de la experiencia del hombre con el mundo: lo vital, sus pasiones, sus intrigas fundamentales residen en su experiencia íntima con este. Su forma de pensar la existencia no se da en el vacío, su diálogo con la realidad es sensible, las formas de encuentro son orgánicas, corporales. Lo vital se manifiesta en lo cotidiano, y es la incertidumbre que esta le genera la que constituye sus formas de relacionarse con el exterior.

La apuesta positivista desplaza lo fortuito en su búsqueda por un punto arquimédico, a su vez la búsqueda del hombre del cuerpo, pasional y ambiguo, entra en tensión con las verdades pues estas ignoran su radical singularidad; sucede que el hombre se enfrenta constantemente a imprevistos que el tiempo monumental y el metarelato pasan por alto, lo que ocasiona que detrás del mundo de la apariencia, el general y hegemónico, en el que el tiempo transcurre sin dilación, hay una realidad narrativa que se articula a un tiempo nocturno de veredas y pinares, un tiempo que se recuesta en el fragor de las hojas como presagio de algo que llega y que se queda para siempre en la expectativa nunca resuelta.

A diferencia de un enfoque cuantitativo donde la respuesta está formulada a priori y el trayecto se resume en encontrar un modelo que confirme el supuesto, el enfoque narrativo pone especial atención en ese estado alterado en que la familiaridad del mundo, mundo entendido como construcción social, se pone en entredicho. Es en el desafío que supone la contradicción del encuentro con la irregularidad de lo usual, lo común, donde germina ese saber que supera lo singular y se constituye en “historias de sociedad” (Delory, 2015, p. 9). Es en la medida en que se comparte la narrativa propia que se crea “una comunidad de interpretación” (Bruner, 2013, p. 45), un horizonte narrativo que contiene un tipo de saber

más cercano, que vibra y genera una alteración en quien lee, otro tipo de respiración, habla de nuestros asuntos vitales, pero precisamente, porque hay allí una ausencia.

De modo que las formas de construir sentido que resuenan en el hombre están enmarcadas, como ya vimos, en el relato; son vitales en tanto se articulan con su experiencia sensible del mundo y se detonan en el tránsito de un tiempo que se ve afectado constantemente por imprevistos, dado que, como menciona Bruner (2015) “Algo ha de estar alterado, de otro modo ‘no hay nada que contar’(p. 34).

Cuando nuestras estudiantes compartían una opinión, una historia, una pregunta y luego insinuaban una gratitud por el espacio, cuando surgía el llanto a causa de lo ocurrido en el aula, cuando su palabra estaba intrínsecamente ligada a su íntima forma de vivir su realidad, cuando se asentaba en el aula ese silencio particular de la subjetividad afectada o cuando se llenaba de la vehemencia de voces que se superponen unas a otras, se formaba en nosotros una consciencia: en primer lugar, de lo necesario del espacio y, en segundo, de la responsabilidad ética que teníamos. A través de lo que pasaba en el aula se hacía evidente la presencia de una marcada singularidad en cada una de ellas que dialogaba en todas con su ser mujer. Se presentaba de forma clara una necesidad por narrar.

La responsabilidad en nuestro actuar se asentaba en un hacer ético, es decir, que ante la clara necesidad de inscribirse en una búsqueda de sentido que encausaba su experiencia en el relato, la narración dejaba de ser un enfoque investigativo, era a su vez superado y se constituía en nuestra respuesta, nuestra forma de “encarar la demanda del otro en un espacio íntimo” (Mèlich, 2010, p. 96).

De manera que si la narrativa es entendida desde este enfoque de investigación como una forma de construir sentido mediante la reflexión que le atribuye una significación a lo vivido, habría que distanciarse de la familiaridad de las verdades, pues el sentido que se busca se ve comprometido por la aparente normalidad de los arquetipos que se aplican al ser desde los discursos de verdad. El enfoque, como necesidad y responsabilidad ética, aporta a la elaboración del relato en tanto inculca la extrañeza en la realidad de otro; en la medida en que “transforma el indicativo en subjuntivo” (Bruner, 2013, p. 27).

Participantes y contexto: la escuela, las estudiantes y los maestros en formación o la triada que narra el día a día

La escuela está conformada por una cantidad de elementos que traspasan a los estudiantes y a los maestros, generalmente al pensar en ella se nos escapan aquellos que no están tan a la vista, pero esto no les resta importancia. Para que ella funcione se necesita un entramado que trabaje en equipo, uno de sus miembros falla y la estructura se desmorona, no es la misma.

Pensamos en la escuela como ese espacio que habitamos por un mínimo de once años, donde nuestra vida se parte en dos. El ser humano empieza a articular los recuerdos en la medida que su vida se rige por una rutina y la primera rutina en la que nos instauramos es la escuela. De ahí que tengamos kilómetros y kilómetros de anécdotas de este lugar.

Al preguntar, qué es lo que más se recuerda de la escuela los sujetos hacen referencia a los profesores, unos porque eran muy buenos, otros porque no lo eran tanto, incluso está aquel que, alguna vez, tal vez pudo estrujarnos, regañarnos muy fuerte o ese que siempre nos tuvo fe. También están quienes la recuerdan por esos amigos que los acompañaban sin falta en los trabajos en grupo y en los descansos, aquellos que fueron compañeros de risas, trabajos y travesuras y, por supuesto, están aquellos a quienes no les apetece recordar su paso por este lugar. Este es sin duda un fenómeno particular porque, aunque muestren esa resistencia ante el recuerdo de lo que supone su estadía en ella, no se puede negar la marca que ha dejado. Porque eso hace la escuela, nos marca, nos define y, sobre todo, brilla en la memoria.

Ahora bien, quien decide ser maestro elige regresar a la escuela, esta vez de una forma distinta, más empapado del mundo por fuera de ella; esta mirada con la que se regresa está cargada de expectativa, esa de descubrir el espacio en el que habitamos siendo otros.

El Centro Formativo de Antioquia CEFA nos brindó la posibilidad de regresar a la escuela, esta es habitada por estudiantes mujeres entre los 11 y 18 años de edad, que se ubican entre los estratos socioeconómicos 1, 2 y 3 de varias partes de la ciudad. Entre los grados sexto y undécimo sus voces colorean los corredores y los salones al ritmo de la expectativa que

supone estudiar en dicha institución, aquí los grupos se dividen según la media técnica que escojan.

El amanecer que nos sorprendía cada ocho días dentro del edificio era una vieja luz amarillenta que daba la sensación de darnos la bienvenida a modo de confidencia, como si los pasillos guardaran los más variados secretos. Un piano solitario en la biblioteca ambientaba con un nocturno el regreso de las habitantes cada día, mujeres cuyos grupos en aquellas íntimas mañanas tomaban siempre la forma de círculo, disposición natural en que la palabra parece fluir más a gusto. Los salones a tan tempranas horas, con sus espejos, sólo reflejan la vanidad del silencio. Sin embargo, al abrirse los salones, la inmóvil noche renunciaba por fin a su espacio, todo se transformaba. Imposible atender a la singularidad de las estudiantes con un calificativo generalizador. Habitaban ese espacio diversas disposiciones, ideas, sentimientos. No obstante, era recurrente sentirse sorprendido por un carácter transgresor presente en gran cantidad de las estudiantes. Sorprendente porque el espacio confabulaba con el estereotipo para darle un toque de convento al colegio, de esta manera, las cabelleras largas y cuidadas, y lo apropiado del comportamiento entraba en una maravillosa tensión cuando sus ideas, sus convicciones y disidencias se paseaban por el salón. Asistir a una clase en el CEFA fue un encuentro con aroma a café, una conversación siempre inacabada, una constante disposición a pensarse, exponerse y sentirse. Daba la impresión de que las sesiones eran un espacio esperado, un lienzo que acogía unos trazos que dejaban allí la impronta del caminante, mujeres que accedían, como quisiera Juana de Ibarbourou, a las sombras y el silencio de una noche que les había sido prohibida; deambulaban por la soledad del mundo, una oscuridad distinta que no habla de peligros o negativas, donde se camina por la mitad de la calle y las esquinas y las plazas, los bosques y los callejones, son los lugares donde se afinca el ser, lugares que tientan luego a encuentros furtivos, y que son condenados por otros, claro, porque develan a la mujer lo legítimo de su deseo, invitan a la fuga.



Ilustración 2. Institución Educativa CEFA (2019)



Ilustración 3. Institución Educativa CEFA (2019)

Una fuga de formas o los caminos del bosque a propósito de los desarrollos metodológicos

Los desarrollos metodológicos se configuraron en cuatro fases, las cuales, en nuestro proceso de investigación, posibilitaron una mejor organización en nuestro transitar por este camino. En cada una de las fases hubo lugar para diversas voces, permitiendo así orientar nuestro sendero. La fase de contextualización, ese primer momento, permitió explorar, conocer y establecer vínculo en el Centro Formativo de Antioquia CEFA, donde fue nuestro proceso de práctica. De igual modo, supuso un proceso de revisión bibliográfica a partir del cual se situaron algunos antecedentes investigativos, comprensiones teóricas y rutas para la construcción del problema de investigación. En atención a ello le dimos lugar al momento de configurar y desarrollar una propuesta pedagógica basada en los talleres que desarrollamos, esto en conjunto con un círculo de conversación donde el anfitrión fue la palabra, además de contar con el recurso narrativo y reflexivo de las memorias pedagógicas. Luego, aterrizamos en un proceso cartográfico y de interpretación que le dio lugar al nacimiento de unas líneas de sentido donde se vincularon las estudiantes directamente.

Para finalizar, consideramos indispensable la fase de socialización de la propuesta; las rutas establecidas fueron partícipes de varias puestas en común llevadas a cabo en distintos escenarios, tales como salidas pedagógicas a: la Institución Educativa Palmichal, en San Carlos, Antioquia, en donde desarrollamos el taller *El arte como camino a la inquietud de sí* (25 de octubre de 2018); Institución Educativa San Francisco con el taller: *Tránsitos de la palabra*, que se realizó también en su sede rural, Escuela El Pajuil (6 de abril de 2019); Institución Educativa María Auxiliadora con los Talleres: *Entre niños y niñas: rompiendo las barreras del género* y *Tras los rescoldos de Hestia* (25 de abril 2019). También hubo lugar para eventos de orden académico como el V Encuentro Regional de Investigación, Educación y Lenguaje con la ponencia *De rebeldías y gestos: pronunciamientos sobre el ser mujer desde los entretejidos de la formación literaria*. (Realizado del 20 al 21 de agosto de 2019, Universidad de Antioquia, sede Amalfi). Y finalmente en la Institución Educativa Escuela Normal Superior Señor de los Milagros en el marco del encuentro *Pronunciamientos entre maestros y maestras: una experiencia de coloquio*, donde

presentamos los desarrollos de nuestra propuesta de investigación (San Pedro de los Milagros, 17 de octubre de 2019).



Ilustración 4. Institución Educativa Palmichal, en San Carlos (2018)



Ilustración 5. En San Carlos Antioquia

Unido a lo anterior, un espacio de importancia sustantiva lo constituyó la socialización en el lugar que nos acogió en nuestras prácticas, el Centro Formativo de Antioquia CEFA, así como el proceso de realimentación recibido allí a propósito de la experiencia vivida. De igual modo, la puesta en común del Trabajo de grado ante la comunidad académica de la Facultad de Educación en las distintas jornadas de socialización, como en la Socialización de Prácticas Pedagógicas II que se realizó el 6 de Junio de 2019 y la presentación de una antología literaria *El nombre de una mujer me delata* que recogía el corpus de poemas trabajados hasta ese momento en la práctica, el 23 de mayo del 2019 en la Biblioteca Pública Piloto.

A continuación presentamos de manera detallada las estrategias metodológicas llevadas a cabo en este caminar donde la inquietud, la formación y la vida se abrieron a sus diversos senderos, formas y texturas.

El hacer disponible el peligroso quizá. Fue este el momento de aguda reflexión de nuestra parte en donde la apuesta realmente tomaba toda su forma. Se hacía imposible la construcción de un marco general en donde se dictaminaran las formas de ignición de la

contingencia. Un poema, un espacio de creación, una discusión, no tendrían el mismo efecto en todas las estudiantes, por lo tanto, la planeación de las clases admitía una cierta consciencia de fracaso inminente. De cualquier forma, pensamos talleres a partir del ámbito literario, para el de la violencia reciente en Colombia y otros más para el ámbito del discurso neoliberal. Además de los talleres se hacía presente el deseo de dialogar con aquellas personas que han hecho de su narrativa una constante preocupación por el ser mujer, se construyó así un círculo de conversación con profesoras expertas en el tema. Finalmente, consideramos esencial la reflexión del maestro respecto a lo que pasa en el aula; esta reflexión se constituye en sí misma en un ejercicio narrativo y es que realmente se hacía imposible callar, luego del trayecto inquietante que significaba el hacer en el aula, hablamos así, de las memorias pedagógicas.

Si narramos como una práctica de la libertad de la imaginación, si se trata de una invención que ensucia las manos en una arqueología del yo, se está hablando de un espacio de construcción como lo es el taller. Cuando manifestamos el deseo de una relación con el saber desde la *chresis*, esto supone un distanciamiento con lo instrumental y se abre a la transformación, de modo que, si el conocimiento no responde ya a deseos de verificación y conformación, se entra a un lugar de diálogo donde la palabra confabula con la metamorfosis, se habla entonces de un círculo de conversación. Al inscribirse en unas formas de búsqueda de comprensión de la realidad desde un tiempo de la ambigüedad en donde devenimos otros, es apenas coherente hacer de la narrativa nuestra propia forma de confrontar la imprevisibilidad del aula, nos referimos así a las memorias pedagógicas.

Las cerillas: el taller como estrategia metodológica para encender la llama

Las manos están sucias, como las del hombre del poema de Alfonsina Storni¹⁹ a su regreso, aquel que la pretende blanca. Un pretender que implica movilidad, transformación, un contacto con *la tierra mojada*, un *renovar tejidos*, un *tornar de las carnes* (Storni, 1918). Habría que pensar que, si la estadía en la montaña hizo algún bien al hombre, esta pretensión retornaría, tal vez, a manera de querer, un querer como el del poema de Dulce María Loynaz, un *quíereme entera o no me quieras*. Pero las manos están sucias porque el

¹⁹ Alfonsina Storni (1918) El dulce daño. *Tú me quieres blanca*.

pretender, el hacer con propósito, como la fuga de la mujer, requiere la disposición de devenir otro, de hecho, la mujer se fuga porque en su caminar se recrea, el encuentro con la ciudad en la noche, con los lugares en los que su ser se encuentra imbricado, genera una re-escritura de sí misma. Están sucias de tinta, aquella con la que se ha escrito cartas a sí misma.

La salida del taller se viste de improntas. Un frotar la pintura con el pulgar para salir al mundo de la profilaxis y la blancura. Pero, ¿y si la marca es una del pensamiento? Una que no se borra con agua, con sacudir la cabeza, ¿y si la estadía en el taller es una pesquisa que va tras las huellas de un asidero, de una forma de decir-se?

Es de acuerdo con estas consideraciones que nuestro hacer en el aula vio en el taller la estrategia más apropiada para colaborar en las búsquedas y en la construcción de una identidad narrativa y una ética del cuidado de sí y de los otros. La perspectiva de taller que se trabajó a lo largo del semestre correspondió a una mirada que entendió el hacer en el aula como una hermenéutica de la vida, como una historia que se re-escibe constantemente y que apunta al descubrimiento de sentidos. Respondió a objetivos y preguntas claras que le aportaron a nuestras búsquedas unos puntos de referencia que permitieron un tránsito que bosquejó el camino en una lógica de lo posible. Es decir, en esa búsqueda por las imágenes de mujer presentes en los ámbitos dispuestos no se caminó de la mano de una brújula de lo constituido, de lo sabido o de la comprobación, sino que se dio una apertura a la emergencia de lo fortuito, que es después de todo el encuentro con la alteridad, un dejarse sorprender por su radical diferencia. Así, si bien los temas y los propósitos de la investigación fungieron como puntos de referencia y lo teórico nos confirió una señalización en el camino, estos no constituyeron un estatuto de verdad en el que se ignora aquello que se sale de lo delineado.

El taller, dado las circunstancias en que se desarrolla, -el marco de un trabajo de grado-, se distancia de las formas disimuladas de la evaluación de contenidos y surge como una praxis de la investigación. En un hacer intencionado por lo que nos convoca, el saber se manifiesta como descubrimiento. La escritura, el narrarse, la palabra se sale del esquema de los lugares comunes, de lo que se quiere escuchar, lo que es necesario decir para lograr una calificación, y entra en un espacio de la interpelación.

Pensamos que el saber del maestro se configura de una forma sensible, orgánica y humana, cuando se presenta a manera de historia, y es que el saber erudito del que usualmente hace gala el maestro no puede evitar sentirse deshabitado. Hay un punto en que las palabras dejan de hablarle al ser humano y se vierten en un soliloquio sobre sí mismas. Así es que nuestro saber, que realmente era la consciencia de una duda, se presentó en el aula como la historia de una búsqueda. Consideramos que allí reside una cuestión de alto valor. El artista en su taller, colabora con su imaginación a través de referentes. Es preciso reconocer en el proceso de creación el paso por la mimesis, como desencadenante de un robusto deseo de querer ser. Pensamos, haciendo una relación con nuestra experiencia, que ese encuentro con la palabra en el aula que da cuenta de una total coherencia, de una relación honesta del maestro con su decir que reúne alrededor suyo palabras vibrantes, genera en el estudiante una empatía que se transforma en el deseo de hacerse con una relación tal. En ese querer ser se da la valiosa realización de *poder ser* en la diferencia que nos es propia, que se nutre de ese recuerdo de otro que en sus palabras desbordaba pasión.

De manera que al referirse al taller no es posible ignorar las relaciones maestro-estudiante. Es de hecho la palabra que se tiende a manera de tejido la que permite el desarrollo y alcance de beneficios horizontales. Es en la medida en que se logran unas relaciones no dicotómicas entre ambos, como diría Ezequiel Ander-Egg (1991), que el hacer en el aula se direcciona a manera de búsqueda, que las subjetividades de los que allí residen se llenan de una significación considerable incluso en el nivel del encuentro. Tanto cuerpo como palabra resultan doblemente dicentes en una lógica que se despliega en el reconocimiento de lo anterior a la apariencia y de la intención de las palabras. Implica así un quiebre con los recurrentes argumentos que llaman a anteponer un baldío entre maestro y estudiantes; en nuestras comprensiones de taller las relaciones se asemejan más a la cofradía, a un hacer sobre todo ético donde la atención al otro no se da desde el cumplimiento de la obligación sino desde la auténtica respuesta a unas palabras que se trenzan con las profundas búsquedas de quien escucha, donde la permanencia en el espacio responde más a una necesidad.

Así es que si lo que se narra en el salón no es la repetición de lo que dice el libro de texto sino una enunciación de la marca que ha dejado el acontecimiento, esto supone un replanteamiento sobre la forma en que se entiende la planeación en el aula. Antes hablábamos de pretensiones, esta palabra funciona muy bien para abarcar lo que supone una planeación trivial: delimitación de los momentos de la clase por tiempos inamovibles que mutilan el acontecer valioso de lo detonado a causa de una comprensión del éxito de una clase como cumplimiento cabal de lo previsto; transmisión de conceptos generalizadores que atentan contra el decir cotidiano y que destilan la diferencia de la palabra en los modos de adaptación a categorías totalizantes; y el más problemático, pretender que se puede lograr una predicción de las respuestas de los estudiantes, tanto más preocupante si la respuesta puede ser fácilmente diferenciada en opciones múltiples de a, b o c. La comprensión nuestra sobre el taller considera que la única respuesta esperada ante un encuentro con opciones múltiples que se pregunta por rupturas, padecimientos y acontecimientos es que la respuesta no se encuentra en las dispuestas. De modo que una sesión de clase que se pregunte por un encuentro con la contingencia, por una narrar el acontecimiento, debe tener una apertura hacia la improvisación.

Lo anterior no supone una llegada en blanco al salón, si la problematización que hacemos de la usual planeación se nombra desde la pretensión, nuestra propuesta responde más a la ambición, dada la complejidad de su realización. El usual hacer en el aula se queda en el recuento de sucesos mientras que la narración del acontecimiento implica una expresión de las pasiones. Se trata de poner a disposición de los otros el sentir profundo. Lo complejo se da en dos posibilidades: lo que el maestro lleva en su palabra, en su narrar que se expresa como detonante, como interpelación y que busca una ruptura con el tiempo monumental que encuentre en la narración un asidero, una ruta hacia la comprensión y la invención de sentidos, y ante todo una colaboración en el develar aquello que permanece en la inconsciencia. Decir, *hombres necios que acusáis sin razón*²⁰ y esperar (una espera más cercana al anhelo que a la comprobación) que esto genere una movilización en el pensamiento. O, la otra posibilidad, que ya la estudiante esté experimentando aquel vacío existencial, que ya sea consciente del mismo y que la clase funcione como un espacio de expresión. Todo aquello implica una altísima complejidad, pues como expone Mèlich

²⁰ Sor Juana Inés de la Cruz. *Hombres necios que acusáis*.

(2009), significa que si bien hay una detallada planeación en la disposición de la palabra para lograr que sea una ruptura o la narración de esta, la respuesta que damos no puede darse *a priori*, no queda más remedio que inventar, lo que quiere decir que la praxis pedagógica es “un hacer soportables los acontecimientos más importantes que todo ser humano realiza a lo largo de su vida” (Mèlich, 2009, p. 144).

Tenemos entonces unas relaciones pedagógicas que desde el taller tienen lugar en el aula, que guardan unas implicaciones en las búsquedas, en las motivaciones, en la adecuación del saber y en la expresión de la palabra. Es allí desde donde todo se desprende. La disposición del maestro frente al otro facilita una relación distintiva con el conocimiento. Desde allí el estudiante decide si se inscribe en una búsqueda o no lo hace, es desde el encuentro de ambos con el saber que se posibilita que el estudiante se piense, se exprese, encuentre una acogida en el espacio del aula y lo que allí se construye o, por el contrario, se demanda de este el silenciamiento de su ser y la repetición de lo insustancial.

Ya hemos hecho mención del saber del maestro y lo que consideramos debería ser la forma como se presenta en el aula. Nos gustaría detenernos finalmente en el saber del estudiante, del cual ya se ha hablado en extenso también, desde la perspectiva de investigación cualitativa y la reivindicación de un saber de la vida; desde el enfoque de investigación biográfico narrativa, que en contraposición con la razón instrumental, se presenta como una forma de dominación de la contingencia que sí se hace cargo de los problemas vitales. Así es que la narración desde nuestra mirada del taller, acontece a manera de *poiesis*. Si como menciona Mèlich (2009) “el sentido es ya imposible de recuperar si dios ha muerto” (p. 137) sólo queda entonces la creación.

La admisión de la condición de orfandad frente al mundo es ante todo un terreno inhóspito. La renuncia a los macro-relatos no es un evento sencillo, estos suponen unos espacios de aplacamiento del sufrimiento que conlleva, precisamente, el experimentar el mundo desde su total absurdo, esa existencia simultánea de un ser consciente que reclama una lógica y un mundo sustancialmente irracional. Es por ello que la contemplación del mundo en su total impasibilidad genera en las estudiantes una reticencia, un no entregar la hoja, un bajar la

cabeza, un silencio legítimo porque “lo auténticamente decisivo es [...] lo que se oculta en los intersticios del lenguaje” (Mèlich, 2009, p. 149).

No obstante, esto no supone una pasividad que cause un renunciamiento a sí mismo, un arrojarse al desconsuelo, sino una búsqueda más vehemente. Por eso el fin último del taller es la creación. Si hay desprendimiento, renuncia, deserción de la gramática heredada es porque se ha llegado a un punto donde sólo la invención, el descubrimiento, son posibles. Por eso las manos se manchan, la creación es un hacer arqueológico. La obra del artista es una constante repetición de una búsqueda, las esculturas de una vida son una sola escultura que se rehace en busca de un pronunciamiento simbólico que le confiera al creador, en una suerte de desdoblamiento, un poco de comprensión, el pianista es espectador de su propio concierto; la escritora asiste, en la lectura de su obra, a la biografía de una extranjera que, sin embargo, sabe más de su vida que ella misma. Creamos, y en el acto, nos hacemos a nosotros mismos.

Una cerilla para instigar la duda. Interrogar así la falacia del estereotipo, consentir en la apertura del devenir, entregarse a la sospecha. Porque la literatura habla de otro modo, un lenguaje ambiguo que nace del abismo de la incertidumbre. Una cerilla para remover la tierra del cuerpo, encontrar sus caminos, alarmarse ante el reflejo de un discurso neoliberal y transitar en contravía. Una cerilla para iluminar la ruta hacia la memoria pero, sobre todo, para encontrarse con el otro. Tres cerillas, porque la noche es larga, el candil viejo y el papel le teme a quien escribe en las horas del llanto del pinar. Antes de que la luz se desvanezca, desplegamos en el papel los talleres realizados.

Taller	Momentos	Corpus
Grimorios: un saber prohibido	1. Apertura: lectura del ensayo ‘ <i>El mito mujer infiel</i> ’ de Rosa Montero.	<i>El mito masculino de la mujer infiel</i> , Rosa Montero. <i>El tratamiento</i> , Helena Araújo

	<ol style="list-style-type: none"> 2. Hechizos, conjuros, recetas para el grimorio. 3. Cierre: Lectura de fragmento del cuento <i>El tratamiento</i> de Helena Araújo
<p>Palabra de mujer</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1. Apertura: lectura del poema de Sor Juana Inés de la Cruz <i>Hombres necios</i>, Sor Juana Inés de la Cruz ‘<i>Hombres necios</i>’ 2. Nombrar el sentimiento pendiente. 3. Cierre: enunciación del sentimiento escrito
<p>Palabra de mujer II</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1. Lectura del libro ‘<i>A veces</i>’ de Claudia Rueda. 2. Lectura de las micro biografías de Mary Wollstonecraft, Alma Mahler, María Lejárraga y Camille Claudell 3. Cierre
<p>Palabra de mujer III</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1. Apertura: lecturas de fragmentos de las micro biografías. <i>Libro Historias de mujeres</i>, Rosa Montero 2. Escritura de la carta

<p>Habitar otros cuerpos</p>	<p>a una de las cuatro mujeres.</p> <p>3. Socialización del ejercicio de escritura.</p> <p>Ejercicio de improvisación, con situaciones basadas en la vida de las cuatro mujeres del libro de Rosa Montero. <i>Libro Historias de mujeres,</i> Rosa Montero</p>
<p>Rutas del cuerpo</p>	<p>1. Apertura: lectura del poema <i>¡Mujer!</i> de Juana de Ibarbourou, <i>Basta ya,</i> Centro Nacional de Memoria Histórica.</p> <p>2. Ejercicio de cartografía del propio cuerpo desde conceptos clave.</p> <p>3. Lectura del informe: testimonio del caso de las mujeres rapadas, rincón del mar, 2004.</p>
<p>Trazos irregulares: arte y cuerpo como cuidado de sí</p>	<p>1. Apertura: ejercicio de discusión frente a la resolución de situaciones de dominio. Pinturas: Remedios Varo, Débora Arango, Frida Khalo <i>Greta la loca,</i> Geert de Kockere.</p> <p>2. Aula como museo:</p>

Trazos Irregulares: arte y cuerpo como cuidado de sí II

obras de arte que le han apostado a la representación del cuerpo de la mujer.

3. Lectura *Greta la loca* *El insecto*, Pablo Neruda.

1. Apertura: lectura y discusión del poema '*El insecto*' de Pablo Neruda.

2. Creación del cuerpo de una mujer desde la re-significación de elementos que contribuyen usualmente a su sujeción.

3. Discusión alrededor de las creaciones de las estudiantes.

Cuerpo y territorio: re-significaciones y descubrimientos dentro de lo conquistado

1. Apertura: lectura fragmento del libro: *Carta al hombre que asesinó a mi hijo*, Freddy Yezzed *Cartas a las mujeres de este país* de Freddy Yezzed.

2. Presentación y Selección fotográfica de las discusión alrededor de los referentes del ámbito de la historia madres de Soacha en la exposición *Madres terra*

Cuerpo y territorio: re-significaciones y descubrimientos dentro de lo conquistado II

de la violencia reciente en Colombia. *Las mujeres que rompieron el silencio en los montes de María*, El espectador.

3. Construcción de narrativas desde diferentes medios de expresión donde se presenta el hecho violento desde la singularidad de cada quien.

Desierto, Andrea Cote.

1. Apertura: lectura y discusión del poema *La formación del territorio. Saber del abandono y creación de un mundo*, de Andrea Cote. Cynthia Farina

2. Narrativas cartográficas: escribir en la silueta del cuerpo una respuesta al dolor del otro. *La sabiduría de lo incierto. Sobre ética y educación desde un punto de vista literario*, Joan-Carles Mèlich

3. Socialización y discusión alrededor de las cartografías narrativas.

Dentro de los talleres realizados hay unos que destacan más que otros. En estos se dieron espacios de quiebre, de expresión auténtica del sentir, de valiosos actos en los que esos abismos que miran al cielo -que son tan privados-, se exponían, como aconteció en el taller

Grimorios: saberes prohibidos. Y es que para escribir en el grimorio era necesario situarse en el lugar de la duda, permitir el brote de las preguntas, incurrir en la ilegalidad del acto de admitir una inquietud sobre sí misma que implicaba un fuego, como hace tantos años, pero se trataba aquí del fuego del fénix, del que se salía siendo otro, un fuego renovador, un fuego de la vida.

Los grimorios y el ejercicio alrededor de ellos se nombran como saberes prohibidos haciendo alusión a su historia y al precio que pagaron tantas mujeres por tejer con sus manos los conocimientos a los que hegemónicamente se les negó el acceso solo por su condición de mujer. El saber prohibido se convierte en una insignia de resistencia, donde se reconoce el eco de esas que tildaron de brujas, de hechiceras, adivinas, magas; y así mismo, cómo sus libros de recopilación, donde escribían sobre astrología, sobre hierbas aromáticas, medicinales, sobre curar enfermedades, fueron tachados como artilugios del demonio, elaborados con piel de cordero y en el peor de los casos con piel de inocentes bebés recién nacidos. Entonces llegamos al aula, donde las voces, la palabra de las mujeres que la habitan, se apropiaban de su discurso y el saber prohibido se volvía insignia y se convertía en un canto que permeaba las paredes; este saber ya no era sinónimo de nigromante, de novia del diablo, ahora era la reivindicación de la voz de tantas que perecieron en el fuego y nos cedieron su legado, el de no renunciar.

También nos asistió el taller *Palabra de mujer* que le apuntó a explorar a la mujer como creadora, ya que por medio de la escritura se da un proceso de reivindicación, pues se escribe desde una condición natural y empoderada de su ser mujer y no desde los estereotipos e imaginarios que poseen los hombres acerca de ella en la literatura o incluso en su cotidianidad.

Memorias pedagógicas

La cotidianidad pensada desde la escuela es un transcurrir lleno de aciertos y desaciertos que van más allá del contenido de los libros de texto. En la interacción con el otro a través

de los roles que se ocupan en la escuela, se marcan unas dinámicas que hacen de este lugar un abanico de posibilidades de vivir para el ser maestro.

La memoria es uno de los dispositivos de este para evocar aquello en lo que es preciso detenerse, por eso pensar en la memoria es articular una ilusión que no puede sostenerse a manos juntas, es también un dedicarse a escudriñar lo que se ha vivido, es permitir que la analepsis se filtre entre los labios y se abra camino por los senderos que recorreremos una y otra vez, pero, a riesgo de que en cada regresión los caminos se bifurquen.

Por eso, para evitar perdernos entre las bifurcaciones del recuerdo, la memoria dentro del espacio del aula resulta un ejercicio ineludible, posibilita la rememoración de la risa, del silencio, de la fuerza de la voz.

El transcurrir en el aula se convierte en un ejercicio narrativo, las voces, las letras y los momentos donde las estudiantes, sin darse cuenta, se transforman en la palabra viva, su apropiación es tal que en el aula ya no hay Marianas, Camilas o Catalinas, todos somos alrededor de la palabra misma y esto se convierte en un ejercicio de posibilidad para que el maestro transforme su quehacer en una experiencia de reflexión, es decir, la memoria pedagógica le apunta a trascender más allá del mero registro gráfico del desarrollo de la cotidianidad dentro del aula; como buen maestro -en este caso de Lengua castellana- consiste en permear, como todo un ejercicio literario dicha narración. He ahí entonces lo valioso de la memoria pedagógica: las palabras adquieren el sabor del sentido que las articula, cobran fuerza a través de los dedos al ritmo del candor de la tiza en el tablero, del sonido del timbre, las risas en los descansos, las palabras de esas voces que conservan la esencia de la escuela en el día a día.

La escritura de las memorias que hace el maestro deviene en un ejercicio narrativo, pues allí la experiencia en el aula transita los caminos de la conciencia para hacerse conocimiento. Es de hecho en la escritura que el maestro se re-escibe, es en la reflexión de su actuar que se agencia una transformación de su ser. Esto tiene su razón de ser en que su palabra se instala en las corrientes del viaje. El maestro que consigna sus memorias se inscribe a una búsqueda y es en el recuento de su experiencia que va brotando, de aquellos lugares en los que acontecen rupturas, una forma de saber narrativo. Como en el regreso del

viaje, se relatan las huellas de incomprensión presentes en el ser que dejó el encuentro con la diferencia y, en la relación que se da con este enigma, la escritura cobra un valor epistémico.

Círculos de conversación: pretextos para el encuentro en la circunferencia que supone la circulación de la palabra

Pensar en conversar supone, si se es un conversador nervioso, idear un camino con escalones, donde a medida que se escala o se desentiende de la palabra, la conversación podrá fluir; por otro lado, si es alguien que se sabe buen conversador, no necesitará más que confiar en su palabra.

La conversación es pensada como un arte, no es para cualquiera y debe cultivarse, no basta con tener el don de la palabra, es necesario, como buen artesano, dedicarse a conocer, experimentar y pulir dicho arte, por eso mismo resulta necesario el ejercicio continuo de conversar, no visto como algo mecánico sino de la misma forma en la que el río transcurre, no se fuerza su curso, se permite el fluir.

De este modo, si enunciamos la figura geométrica como el círculo en la conversación, se entiende como un espacio que permite el encuentro entre individuos que renuncian al ego de las respuestas, que desplazan la solidez de los conceptos absolutos, y que se reúnen en la honesta duda. Tejen el espacio en un *hablamos* que dispone a la palabra como compañía en la soledad de las preguntas. Se trata de un encuentro que renuncia a las pretensiones academicistas de la comprobación y reconocimiento de un saber en el otro y entra en un horizonte de construcción, de transformación que implica la apertura a la palabra del otro.

La conversación aquí se trata de hacer disponible ese espacio de atenta incerteza cuando se entra en la búsqueda de sentidos, en donde las sentencias pasan a ser un quizá que permite la entrada de la interrogación, incluso en esas ideas que resultan tan seguras. Es allí donde se logra esa relación en donde no se trata ya de alguien que pregunta y otro que responde, sino de un tiempo que convoca a una palabra viva, porque camina con otro.

Para hacer posible este espacio solo basta una sola certeza: saber que las partes que se reúnen están dispuestas a permitir el flujo de la palabra, lo demás irá llegando, tal como la intención que nos centra en la periferia de la circunferencia y es la misma imagen del

círculo la que permite un ir y venir entre lo que se conversa, y con quien se hace. Es importante resaltar que aquello que convoca el encuentro debe estar en sintonía con las intenciones que suponen las palabras, por eso mismo pensar en la invitación es pensar a quién se le está haciendo.

No dejamos entrar a extraños a nuestra casa como aquel que resulta un desconocido y pretende invadirla sin invitación previa, por eso las voces que responden a nuestra invitación no son ajenas, extranjeras, habitamos el mismo sendero, ya propósito de ellos coincidimos en el círculo que es el que nos reúne.

Por ello proponemos estas invitadas a nuestro hogar, ese que las enuncia en la bienvenida y no solo en ello, sino también en la construcción de sentido a través de la palabra, y no solo de la palabra, también de temas que para las cuatro invitadas han sido motivo de intriga, cuestionamiento y reflexión.

Fueron cuatro mujeres las que habitaron nuestro hogar al ritmo, las entonaciones y los melismas de su voz. Las enunciamos aquí según los tonos que revestían la palabra de cada una de ellas. Teresa Castro, maestra con un tono naranjado en su hablar, este color que como el atardecer está permeado por las experiencias que retumba en el camino ya recorrido; esta mujer que ha trasegado, por años, en apuestas de maestra comprometida con las luchas políticas de las mujeres. Como maestra de la Licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra ha bebido de las tradiciones de los pueblos originarios y ha cultivado una palabra que se impulsa desde la hondura del corazón.

Laura Giraldo, la mujer del tono rojo, de profesión Licenciada en Humanidades, Lengua Castellana. “La hermana menor de cabello largo”, feminista, aprendiz de lesbofeminista, interesada en temas de género, miembro del Movimiento Político de Mujeres Estamos Listas, miembro activa de CorpoZuleta, siendo allí coordinadora de proyectos relacionados con la formación de lectoras, lectores y ciudadanía crítica, defensora del lenguaje incluyente, lectora, amante del mundo gatuno, de la poesía, la música, la calle y los bares.

Camila Giraldo, el tono amarillo se vislumbra a través de las sílabas que caminan en conjunto con su formación como Licenciada en Lengua y Literatura y su pasión y

compromiso como promotora de lectura y gestora de espacios de formación crítica y literaria; es una de los pilares de la corporación Corpozuleta.

Johana Rivillas habla según las oscilaciones del color morado, su palabra se extiende al ritmo que marcan las hojas de los libros de literatura infantil, tema que es una de las pasiones de su vida. Habita entre aulas de diversas instituciones educativas del departamento, narra con placer evidente cómo es su día a día entre la risa de los niños y las niñas, los cuentos infantiles y la preocupación por las narrativas alrededor de la mujer, de lo que implica el género y la construcción de una identidad dentro de la escuela.

En este espacio de confluencia de distintas tonalidades no pretendimos ceñirnos a un guion y cumplirlo a cabalidad, contábamos con una selección de preguntas que nos sirvieron como pretexto para el encuentro; la intención entonces fue enunciar de manera breve las líneas fundamentales de nuestro trabajo de grado, qué fue aquello que nos convocó a invitarlas a nuestro hogar, y así tejer lo que intuimos. En aquella horizontalidad del decir lo planeado fue dando un paso atrás para dar entrada a la palabra sensible que reclamaba el espacio desde lo imprevisto. La pregunta directa, nunca presente del todo en el espacio, se dilató en una conversación que se hermanaba con cada una de las narraciones compartidas. Y allí, en ese tiempo paciente que surge del disfrute de la palabra, más allá de una respuesta, se gestó una inquietud: esa bella promesa del diálogo que germina en la palabra incompleta, en el anhelo de una continuidad.

Consideraciones éticas

Es costumbre, casi que en cualquier parte del mundo, no traicionar la confianza de aquellos que la depositan en nosotros. Ella se cuida como si nos perteneciera, por algo, es un dicho popular que es más fácil perderla que ganarla, porque basta un traspié, incluso sin intención, para que la confianza se convierta en trizas. Cuando un sujeto decide confiar en otro, hay un acuerdo tácito, no hay necesidad de reforzarlo con palabras, pero también resulta preciso honrar dicho acuerdo, ser claros y honestos con los participantes, incluso establecer límites. Con este acuerdo entre las manos llegamos a la institución educativa Centro formativo de Antioquia. CEFA. Estamos permeados por el enfoque cualitativo, en donde es fundamental la relación que se traza entre el investigador y los participantes, no se

establecen roles unidireccionales o de poder de uno frente al otro. Aquí el investigador se involucra con estos sin dejar de lado sus compromisos, responsabilidades, o la ética que permea el proceso.

Por eso, nosotros dentro del aula nunca conquistamos la palabra como propiedad del maestro, quienes también se apropiaron de ella fueron las estudiantes, aquellas que se enuncian a lo largo y ancho de este trabajo con nombres ficticios, a propósito de lo que implica la confianza y la ética en la investigación y en los investigadores. Así, nuestra voz, permeada por la mediación posibilitó espacios de conversación donde ellas exponían sus opiniones, donde narraban esas experiencias desde la carne propia o esos testimonios como testigos de primera mano; de cualquier forma, las palabras estaban en ellas esperando ese momento para nacer, para contar, para forjarse el camino de salida, como en un atrapasueños; nosotros junto a ellas, las íbamos atrapando, para que anidaran en la cuna de la reflexión, el análisis y así, al ser escuchadas por sus compañeras, por nosotros, al conectar su boca y sus oídos en una sola sintonía, evidenciaran ese proceso de interpretarse, desde su experiencia y desde la opinión de esas oyentes/ lectoras que habitaron el aula.

No se puede dejar de lado, entonces, al finalizar la investigación, la importancia de hacer unas devoluciones a las comunidades, como reconocimiento y, sobre todo, agradecimiento a quienes participaron de esta. Se entiende incluso como un principio ético básico este momento, que los participantes reconozcan que el proceso no fue algo aparte o indiferente a ellos mismos, que no dejan de ser las voces principales. Además, este momento también está atravesado por la intención de que las construcciones alrededor del proceso tengan un efecto positivo en dicha comunidad. Que trascienda y se pueda seguir llevando a la práctica, es decir, que la comunidad se apropie de la investigación, de tal manera que quede con las resonancias del proceso como un ejercicio ético compartido, que a la vez permita fortalecer e inspirar el quehacer de aquellos maestros que transitarán por el mismo sendero.

IV. EL BOSQUE SE HACE TESTIGO: MUDAR DE PIEL Y ATIZAR EL FUEGO DE LA PALABRA

Nuestro trabajo de investigación ha estado constantemente atravesado por el juego, que se enmarca en una preocupación constante por la coherencia, pero que es principalmente recordatorio de un lenguaje vivo. Así, en el marco teórico configuramos una estructura y contenido desde el concepto de *Chresis*, apuesta que se preocupaba por otro tipo de relación con la palabra del otro, una que permite que la escritura sea afectada, transformada, se le confiere otro tipo de resonancia en el distanciamiento de la compilación de ecos muertos. O en lo que tiene que ver con el enfoque de investigación, tanto la escritura como el hacer en el aula, se movilizaban desde un pasear más juguetón que disponía una apertura a la sorpresa, al dejarse decir, a decir de otro modo.

En sintonía con aquella disposición de la palabra y como forma de coherencia con lo planteado a lo largo del trabajo en lo que tiene que ver con la alteridad, al escribir este último capítulo ese apremiante llamado ético, esa necesidad de juego, esa vibración de la palabra que no se deja domar en academicismos, reclama un tipo particular de escritura. Y es que si desde los propósitos, la justificación, lo teórico y lo metodológico se habla de una restitución al valor de la palabra en la educación, fundamentado desde la construcción de una identidad narrativa y la ética del cuidado de sí y de los otros, sería un despropósito ignorar las derivas de la investigación en lo referente a su naturaleza. Si la palabra de las estudiantes tomó la forma del relato tanto porque fueron incitadas por nosotros, como porque la realidad humana parece configurarse naturalmente desde la narración, la acción más sensible a emprender es compartir su palabra, construir unas comprensiones, contando una historia.

De manera que lo que a continuación se presenta es una narración a la que se inscriben en su tiempo, sus lugares y sus personajes, las vidas de nuestras estudiantes desde su localidad y singularidad. En aquel diálogo emergen diferentes líneas de sentido que dan cuenta de gestos rebeldes, imaginarios, tensiones, deseos, pensamientos y actos creadores. En atención a su cotidianidad inmediata, esto es, sus familias, se hacen evidentes unas gramáticas heredadas que entran en tensión con sus deseos; estas constituyen una línea de sentido en la que se da un particular sincretismo de los tres ámbitos planteados en el trabajo: literatura, violencia y neoliberalismo. Por otro lado, cuando relatan el tránsito que ha sufrido su cuerpo, encontramos territorios fragmentados o frondosos y rebosantes de

vida. Finalmente, como disidencias, la mujer entra al bosque, teje, siembra, cosecha, crea y se re-crea en el regreso, su palabra es pedernal, su cuerpo raíz profunda que se une a la memoria de otras en respuesta a su llamado, fisura que resquebraja el pavimento de lo determinado, que desmorona monumentos para sembrar el decir de las que fueron siempre ausencia.

Habit-ansias: de gramáticas heredadas y disidencias

*Mi cuerpo es esta casa vacía
A la que también yo entro
Pero que no me habita.*
(Cote, 2018)



Ilustración 6. Frida Kahlo (1944) La Columna Rota

La casa como templo, la asepsia excesiva como testimonio de pureza, corporal y de pensamiento. La cocina como el altar donde se ofrece de manera afectada y diaria un agradecimiento constante y allí, entre querubines y bálsamos etéreos, ella. No resulta difícil imaginarla, cómo toma las cebollas, los tomates, los pimientos y desecha aquellos que por cuestiones ajenas a nosotros deciden crecer otra cabeza, un bracito, ponerse otras ropas. Los

toma, los mira y con evidente desagrado los lanza a la basura, no sin antes reclamarle a su sobrina, ahora mentalmente, su pésimo criterio y mal gusto en la escogencia de las legumbres. Hay en ella, la abuela, una naturaleza metálica, brillante, filosa. Una forma muy estrecha de relacionarse con el mundo, haciéndolo pasar, siempre, por el orificio del convencionalismo y lo correcto. Su voz es contundente como el sonido tremendo de gigantescas puertas que se cierran en un atrio. Su caminar es cuidadosamente limitado y su vestir pulcro. Una mujer, sin duda, de principios, de valores, una dama que conserva su virtud. Toda acción es previamente cotejada con un catecismo, una regla, una gramática, que a fuerza de los años se ha tornado natural; alguna vez, hace mucho tiempo, hubo en ella un deseo que se podía nombrar como propio, hoy ya no hay periferia, toda ella es centro, normalidad, paradigma, categoría. Su nieta, por su parte, mira ahora con terror a su abuela que revisa prenda por prenda la ropa en su armario -acción justificada en que la inmoralidad corroe a las juventudes-, pues le preocupa que encuentre las pastillas... de planificar.

Pureza y cuerpo parecieran no poder convivir en una misma oración en la sintaxis de su abuela. En algunas ocasiones la nieta ha sentido su cuerpo como un inconveniente. Se siente presa de sí misma, hay una convivencia paradójica en su interior, un enajenamiento en donde entran en conflicto lo corpóreo y lo mental, como si su pensamiento no se gestara desde ella misma. Hay un extraño que dictamina su pensamiento y silencia la resonancia de su cuerpo. Como aquella vez, cuando “al empezar a planificar la abuela dijo que eso no lo hacía una niña culta y responsable” (Carla, estudiante grado once).

Resulta bastante extraño para la nieta que sea su abuela quien causa un sentimiento de vacío en ella misma, quien la hace sentir deshabitada, aquello es origen de un constante desasosiego, pues a diferencia de su abuela hay en ella unas ansias por la fuga. No comprende cómo es que su abuela hizo de su vida un elogio a la renuncia de sí misma y además, cómo es que ella, una mujer, infunde aquella infamia sobre ella. ¿Culta, responsable? Pero, ¿acaso no es precisamente eso lo que hacía al comprar las pastillas?

En la película *Jericó, el infinito vuelo de los días* (2016), de la directora Catalina Mesa, se asiste a la narrativa de vida de algunas mujeres de la tercera edad. Entre ellas, se encuentra Chila, una mujer de alrededor de 60 años; está ya sola, sin hijos ni esposo y el deseo que

pidió a Dios es morir en Jericó; su vida experimentó algunos acontecimientos que se encuentran aún abiertos a una confrontación, pues su forma de encararlos instauró unas distancias con sus orígenes, incluso con su existencia. Su vida, en cierto punto, se configuró única y anquilosada desde el dogma judeo-cristiano. Su hogar se encuentra ornamentado totalmente por camándulas, cientos de ellas clavadas en las paredes. A lo largo de la película parece ser de las mujeres más felices, esperanzadas, y su forma de caminar y su palabra terminan por tornarse bastante convincentes; sólo hasta el final de la película, cuando la toma se centra en su rostro, inexpresivo e inhibido por el alcohol, es que la simulación flaquea y se contempla a través de su inconsciencia la farsa de una existencia, algo que dura sólo segundos, pero que interroga la totalidad del metraje.

En ocasiones, la persona es imbuida por un agente externo, sufre una metástasis gramatical y se extingue en casos, reglas, modos, convenciones. Se deserta a sí mismo, el deseo se hace deseo en tanto más ajeno es. Esta sería la situación de Chila, no obstante, hay desaciertos, erratas de la gramática en donde la persona brevemente es habitada por un quizá, una inconformidad que pone en jaque toda sintaxis, queda entonces aprender a escribir de otro modo, o repasar la regla y continuar.

Pero en la abuela parece no haber farsa, hay un disfrute en la renuncia, en el desconocimiento de sí misma. A veces, cuando su nieta la ve en las noches aplicada en el rosario le da la impresión de que observa un acto de equilibrista, un paso en falso, pero nunca lo hay. Si olvidase un misterio, si se acostase incluso sin haber hecho la oración, si dejase a la noche escurrirse por la ventana para cantarle a su cuerpo su secreta poesía. Si tal vez... y entonces le parece que su abuela se salta una de las cuentas de la camándula, de pronto la ve caer toda ella largamente hacia sí misma y se va perdiendo en la hondonada de su cuerpo, se adentra cada vez con más velocidad en sus golfos, a su nieta le entra como un terror puntiagudo porque está segura de que el cuerpo de su abuela es un territorio completamente desconocido, inexplorado, nunca transitado y se la imagina sola, en una calle de una ciudad enorme y despoblada, algo dentro de ella como que es estrujado y la desborda la tristeza. Y su tristeza continúa incluso luego de que su abuela la saca de su desmesurada imaginación diciéndole que cierre las piernas, que “parece un macho, que le deje eso a los hombres” (Valentina, estudiante grado once).

Generalmente todo mandato de su abuela, que está revestido por una obligación fundada en el hecho de que es mujer, detona una oposición inmediata e incluso inconsciente que se ve obligada a aplacar y que en algunas ocasiones resulta tan evidente que le es imposible esconder su descontento. Su abuela nunca ignora aquellos asomos de rebeldía, los mismos originan juicios aún más vehementes contra ella., como aquella vez que no quería cocinar, y es que le parecía que la mayoría de las veces las comidas de su abuela tenían un gusto agrio, como si los ingredientes hubiesen sido forzados en el plato, pero la sospecha principal que había fabricado a lo largo de los años es que su abuela nunca había cocinado para sí misma. Y esto era, precisamente, lo que le molestaba del cocinar, que se fraguaba en un servilismo a otros; para ella era muy clara la diferencia y las consecuencias de cocinar desde un deber unidireccional y un deseo de cuidado del otro. Para su abuela, las cosas también estaban muy claras: “aprenda pa’ que se case” (Ángela, estudiante grado once).

Su disidencia se hacía cada vez más fuerte y sus dolores también, pues era un padecimiento constante experimentar silenciamientos y prohibiciones de parte de las mismas mujeres con las que interactuaba día a día y que eran víctimas de una gramática naturalizada. Un proceso que minimizada el peso de acontecimientos que para ella no era posible tomar más que como prácticas que transgredían la legitimidad de su cuerpo y de su pensamiento. Como aquella vez con ese hombre y el hecho de que no fuera eso lo que causara más dolor, sino la reacción de su madre: “mamá, ¿por qué Solamente te has quedado ahí como si nada? Lo has visto, él lo ha hecho y sólo tomaste dicho acto en broma y te has burlado en mi propia cara” (Antonia, estudiante grado once).

Su mamá es diferente a su abuela, pero sólo en apariencia. Le parece, por ejemplo, que ambas son ajenas a sus cuerpos y que si bien existen algunas diferencias en las formas en las que se relacionan con el mismo, perviven en su abuela y en su madre un tipo de gramáticas que las hacen extranjeras de sí mismas. Se gestan también unas formas de contradicción diferentes en cada una de ellas. En su abuela hay una gramática constituida que la descorporiza totalmente y que a la nieta le resulta extraña por tratarse de una acogida, defensa y legitimación de una ideología opresora por parte de la víctima, mientras que en su madre coexiste la admisión de la gramática de su abuela, pero pareciera haber una preocupación solapada por las cuestiones de la apariencia y la imagen.

Recuerda cuando en el colegio, en una de las clases de español, algunas de sus compañeras compartieron con las demás historias sobre sus madres que a ella en un principio le resultaron alarmantes, pero que en la intimidad de su cuarto recordaba con admiración. Esas historias reafirmaban en ella el sentimiento de traición con la que enmarcaba el comportamiento de su madre hacia ella. Sus recuerdos remitieron también a las historias de otras mujeres que hacían relato de sus madres o de sus abuelas, se escuchaba allí la voz de alguien que contaba cómo a su abuela *“la casaron de doce años con mi papito que tenía 40 y pues ella tuvo 12 hijos y ya después del doceavo ella dijo <<no, ya no vamos a dormir juntos, vamos a separar las piezas, nunca más a volver a dormir juntos, usted duerme en esta pieza yo duermo en esa pieza>> y ya se acaba el sexo para ella pero también se acaba para él. Entonces son gestos dentro de esa dureza, dentro de esa cotidianidad”* (Johana Rivillas, círculo de conversación, 2019).

O aquella otra historia donde la rebeldía partía de la madre: *“Fuimos hijas de una mamá que también empezó a hacer unos pequeños actos de rebeldía como por ejemplo no hacernos almuerzo, ella un día dijo no, ustedes están muy grandes ya háganse su propia coca, yo ya les cociné toda la vida, toda la infancia, ya. Esto de ya no querer volver a dormir con mi papá. Ya reconocer que ahí no había un vínculo amoroso, erótico, afectivo, sino que simplemente habían construido una familia, habían tenido unas hijas y ahí también marcar una diferencia y una distancia muy grande con él”* (Laura Giraldo, círculo de conversación, 2019). La nieta pensaba que su madre, por su parte, piensa que es una desproporción que un hombre entre a la cocina con una intención diferente a la de comer. No obstante, hay una diferencia superficial. Sucede, por ejemplo, que su madre reaccione de la misma manera que su abuela a su preocupación por la sexualidad y que le diga entonces que *“sólo va a servir para que se la coman”* (Paola, estudiante grado once), pero que al tiempo surja una tensión por la forma en la que constantemente se opone a las demandas sociales dirigidas a su cuerpo y su transgresión a las categorías de lo que ha de ser una mujer, por lo que no es extraño que en ocasiones le diga que si *“¿no le da pena ser tan brusca?”* (Verónica, estudiante grado once) o que haya un juicio dirigido específicamente a su cuerpo, porque el mismo, a ojos de su madre, no responde al prototipo de belleza: *“vos tenés brazos de hombre”* (Geraldine, estudiante grado once).

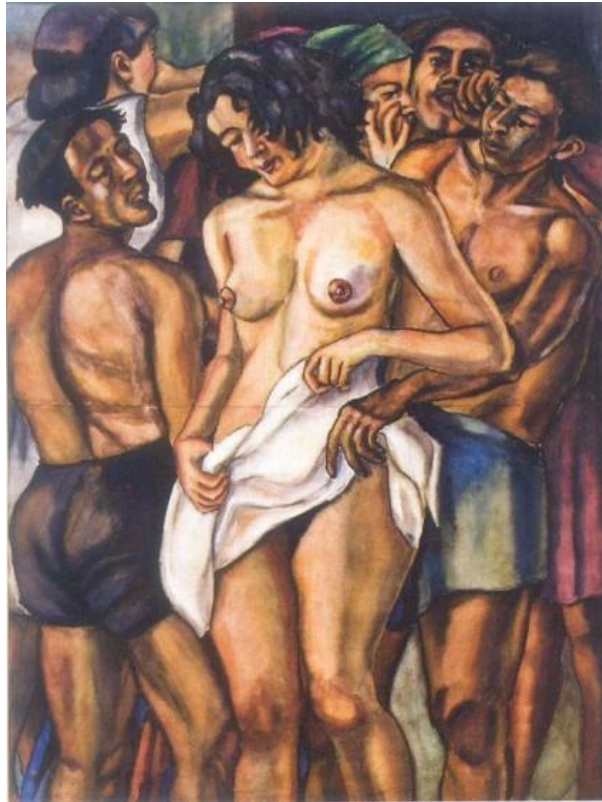


Ilustración 7. Débora Arango (1940) Frine o trata de blancas

Así, sin poder ignorar el dolor que causan las palabras de su madre, su habitar se distancia de la herrumbre del silencio de sí, de la existencia de la estatua que ingenuamente no se deja desmoronar y que, eventualmente derrumbada, se desvanece en la imposibilidad de reconstrucción. Su habitar muda a *habitansia*: Su rebeldía se reafirma en el salir, en la reconquista de las ansias por desertar la gramática. No obstante, observa que existen en el mundo falacias de libertad. Como cuando en el colegio, a veces, sus compañeras hacen una defensa de la prostitución como acto rebelde que restituye la propiedad y el disfrute del propio cuerpo²¹. Otras veces, este accionar es matizado desde el *scort*, como la mujer a la que se le paga por lo que sabe, además de su compañía.

Aquellas falacias de libertad se articulan con el concepto de utopías realizadas de Jean Baudrillard (1991). Se trata así de una mirada que considera que el estado actual de las cosas es el del posterior a la orgía, que las revoluciones que se habían iniciado han ya

²¹ Memoria Pedagógica (9 de Abril 2019) *Farsa*.

concluido, todo se ha alcanzado. En el caso de la mujer pareciera que sus ataduras han sido rotas y habita toda la libertad de acción y de pensamiento, lo que podría ser una de las razones por las que algunas mujeres encuentran en unos espacios claramente opresores unas aparentes formas de libertad. Tal vez sea a causa de esto también que algunas estudiantes consideran aquel tipo *scort* en que a la mujer se le paga por su conocimiento como una reconquista del saber, del cuerpo, como una forma de progreso en las formas de reconocimiento del ser mujer.

Si se considera esta ocupación de forma superficial pudiese ser que, en efecto, se tuviera la impresión de un cambio en la cultura y en las categorías que se atribuyen a cada género y las formas de presentación, demanda y reconocimiento de estas. En apariencia, lo que reclama el acto de socialización en el que se dan estas prácticas es una destreza en el manejo de un tema. Ahora, si se problematiza esta imagen y la nieta ha dedicado su tiempo a hacerlo, se toma como una capacidad que merece reconocimiento, como inusual habilidad presente en la mujer y que, por tanto, supone una infantilización de la misma: tiene acceso a algo que no le es propio. Por otra parte, su saber no es validado como tal, ni reconocido por lo que pueda aportar en una conversación, sino que se exhibe a manera de atavío. Al tiempo, ¿cuál es ese saber que se espera en ella? ¿Realmente accede y participa del conocimiento en un entorno que se muestra ante todo masculino? Finalmente, ella ve que esta aparente liberación a manera de reconocimiento del saber y distanciamiento de los estereotipados atributos del cuerpo, no es más que una forma más solapada de exhibir a la mujer como trofeo.

“Querida Camile Claudel, lamento mucho la forma en la que te opacaron, la forma en la que hasta tu propia familia te trató y lo que te hizo pasar. Tú merecías más”²². (Melissa, estudiante grado once)

Otra de las reflexiones que ocupan su tiempo, es indagar acerca del porqué de las reacciones de su madre y su abuela. ¿Por qué esa oposición a sus transgresiones siendo ellas mismas mujeres? Son víctimas de una naturalización total o parcial de una gramática, pero, ¿qué causa ello en el pensamiento?

²² Ejercicio de escritura realizado en el marco de la serie de talleres *Palabra de mujer*.

En el libro *Ensayos sobre la literatura Colombiana I* de Rafael Gutiérrez Girardot (2011), el autor, refiriéndose a la perspectiva de literatura que se tenía en los inicios del siglo XX, menciona cómo:

“o no se conocían o se los rechazaba (a los procesos de radical transformación) de acuerdo con un principio que no ha perdido validez entre los conservadores de las Españas: Lo que no es fácil de entender (por falta de conocimientos) se ignora, y lo que se ignora se condena, porque es antinacional” (Gutiérrez, 2011, p. 114).

Esto puede aplicarse a diferentes ámbitos en lo que se refiere a intentos de transformación infructuosos a causa de relaciones de poder que ven en estos una amenaza. Por otro lado, cuando se lo aplica al rechazo que sufre la mujer al distanciarse del arquetipo que se exige que cumpla, la sentencia sufre una interesante transformación. Podría ser que esa falta de conocimientos de la que habla Gutiérrez (2011) pase a entenderse aquí como una marcada dificultad, de parte de aquel en quien genera desconcierto la transgresión, sea hombre o mujer, para entregarse a una inquietud de sí. La introspección dirigida al sustento emocional de la acción parece mostrarse como algo de gran dificultad para el ser racional inmerso en la gramática. Razón que desafortunadamente se queda corta y le da la espalda al sentido de nuestro hacer en el mundo, un sentido contradictorio, ambiguo, adverbial, incluso, tal vez, ausente.

Así es que el rechazo que genera en el individuo la transgresión de la mujer a las categorías que le son asignadas es, al tiempo, un rechazo a la incompreensión que suscita en él mismo la disidencia de la mujer. De algún modo niega en sí mismo, a manera de condena a la mujer, ese extrañamiento que le produce el encuentro con la radical diferencia. De manera muy inconsciente el problema no reside en la mujer que no se acoge al modelo, sino en la dificultad del sujeto al asumir reflexivamente la forma en la que aquello lo hace sentir.

Y en efecto, pareciera que las categorías que le son asignadas a la mujer son comportamientos que están encaminados a la conservación de un estado de absoluta certeza sobre sí mismo. En el cuento *El tratamiento*²³ de Helena Araujo, se trata de un recobrar la constante sonrisa, de un desprendimiento de los caprichos, de una inseguridad latente evidenciada en la escritura y de una inscripción a un dogma que ampare una renuncia a sí

²³ En *La esposa fugada y otros cuentos viajeros*, Helena Araujo

misma. Todas acciones que silencian su palabra, como si se tratara de un habla que expone farsas, aquellas en las que se albergan los supuestos sobre sí mismo que el individuo se niega a poner en cuestión.

“Siempre hemos sido grandiosas e inteligentes aunque hayamos sido opacadas por el egoísmo”²⁴ (María, estudiante grado once)

La nieta, de este modo, devela la imagen de la mujer culpable de sus desgracias, pero no porque realmente lo sea, ello es un embuste. A fuerza de una instrucción al interior de la familia, de unas formas de proceder legitimadas desde lo social y lo cultural, ha aprendido que su deseo, que su palabra, es un capricho. La relación que se establece entre hombre y mujer e incluso entre solo mujeres, aquellas que han admitido la gramática como única forma de vida, instaura unas trabas que no son más que hipocresía. Así lo evidencia el poema de Sor Juana Inés de la Cruz: *Dan vuestras amantes penas / a sus libertades alas, / y después de hacerlas malas / las queréis hallar muy buenas*. Dado que una auténtica relación con la alteridad es siempre el encuentro con una interpelación, y tomando como punto base la dificultad del individuo presa de la gramática para admitir las preguntas sobre sí mismo, pareciera que este crea una existencia ficticia para la mujer rebelde que ella, a veces, acoge como realidad legítima y que funge al tiempo como disipador de la incomodidad que ocasiona el interrogarse. Así, las fugas que necesariamente le sucederán al ensueño pasan a ser causa y responsabilidad de la mujer. La tristeza, los agravios, los malos tratos e incluso la infidelidad del hombre son vistos por ella como acontecimientos que, de acuerdo al ensueño en el que su ser se encuentra instaurada, ocurren cuando da rienda suelta a sus caprichos.

La pulcritud de la leche se regodea en su blanquecina existencia, su pureza sin más. Quién cuestionara su nívea tez, su tierna palabra. Quién, acaso la mosca, se atreviese a malograr su virtud. Qué vida la suya, impecable y, sin embargo, tan colmada de malestares. Día tras día un caminar en puntillas, el gracioso pasear de las damas por un mundo fangoso e impuro. La necesaria protección de su recato, el manoteo incesante, la existencia guarecida, el hogar de su urna. Qué pesarosa resulta su juventud, no obstante, ofrecida al mundo precozmente porque la pureza, diligente, fallece en este mundo impío apenas finaliza su

²⁴ Ejercicio de escritura que hace parte de la sección de talleres *Palabra de Mujer*

infancia. No conociera la leche la suciedad de la tierra - ¡nos libren los cielos! - o lograrse el sol convencerla de los tonos, pues resulta ya lioso cuando su blancura es malograda por el amarillo. No conceda la honra que admita capricho y que así entonces pierda el hombre, tan conocida, tan cuidada, tan estimada posesión.

Mientras hierve la leche en la cocina, la nieta examina su arrogancia. Por una parte, su pensamiento se desvive en la confrontación, hay un revoloteo constante de mariposa que le impide tomar las cosas tal y como llegan, la irregularidad del vuelo, sus caídas y ascensos ponen el todo en duda. Sus palabras le salen encorvadas, las saca directamente del armario sin dar tiempo a ornamentos, sin arreglarles el gesto. Su imagen desecha los convencionalismos y la afectada cortesía de su tierra. Como alguna Remedios “su destino de hembra perturbadora era un desastre cotidiano” (Márquez, 1967, p. 284) Y ahí, en el desastre cotidiano, pensó, era donde residía el malestar que causaba, y es que el capricho no habita a la mujer, sino que el mismo brota de la negación que sufre un deseo, de alguien externo, de explayarse en la sucesión sin dilación de lo cotidiano. Caprichoso es quien desdeña de los tonos de la leche por el gusto exclusivo de su pulcritud y no la leche cuando algunos días amanece con ganas de estar amarga.

“Querida Camile, ¿quién iba a pensar que en medio de tu “locura” hoy fueses inspiración para la reflexión? Gracias porque al escuchar tu historia reflexiono sobre el mundo que me rodea”²⁵ (Isabel, estudiante grado once).

De modo, piensa, que la rebeldía no es capricho, el último no es más que el nombre que le pone aquel que sufre un cierto estreñimiento al encuentro con una mujer que desacomoda las formas de lo consolidado. El gesto rebelde es un ponerse a sí misma y a la sociedad en tela de juicio, una forma de la consciencia que florece en la disidencia fundamentada, un desertar el relato determinista, un renunciar al arquetipo al que ha de conformarse la mujer, el de solo tener oídos, y emprender la travesía hacia la conquista de la propia voz.

¿Dónde están entonces las escaleras hacia sí misma? ¿En qué recoveco de la ensoñación extranjera se quedó prendida su voz? ¿En qué cuarto se encuentra el espejo que mira de vuelta y nos alarma? ¿Qué ilumina el fogonazo interior que arde en sus adentros? La nieta

²⁵ Ejercicio de escritura que hace para de la sección de talleres *Palabra de Mujer*.

escribe en el papel de su pensamiento con un lenguaje pesado, rocoso casi pero no inamovible, debajo de las rocas está escrito su nombre, hay un ocultamiento, una imposibilidad, pero no por debilidad ni cortesía, hay un solapamiento, pero no del cobarde, sino porque la roca resulta más molesta cuando se la encuentra de improviso entre las líneas de la pulcra gramática. Escribe un verso de inestable arquitectura porque como su cuerpo, se habita mejor en el derrumbamiento. Pero ya la leche se ha derramado, ya se acercan los pasos de su abuela y el colegio la espera con sus límpidos pisos y su ceremonial aire.

En una de las aulas se escucha clandestinamente un rezo sublevado y con razón, porque ya ha estado presente en boca de otros la indómita palabra de Sor Juana Inés de la Cruz. Entre las jóvenes que atienden la clase está la nieta, escucha el poema desde la descuidada disposición del viajero que ha salido a la marcha sin equipaje, va por las palabras al paso de quien ha acogido el riesgo de no volver. *Qué hermosa es Eva / qué hermosa la serpiente que le rodea.*²⁶ Escucha la música que toca Eva en su ocarina, respira sus mundos, crea con ella los laberintos, abre su cuerpo al caudal del río y ya en el verso final guarda, como Eva, *otra manzana para épocas de lluvia*. Siente cómo, aún en su atención al poema, estas últimas palabras llegan a su cuerpo de forma diferente, hay una permanencia más dilatada, una sonoridad que se mantiene en un eco y se va plegando en sus paredes, reboza sus cuartos, reaviva el hogar de su interior. La palabra se asienta en un pasadizo donde sólo ella tiene la llave [...] *Abre su mano y nos entrega / una flor o un guijarro, algo secreto, / pero tan intenso que el corazón palpita / demasiado veloz. Y despertamos*²⁷.

Despierta a una inquietud, a una desazón o malestar. Hay un ímpetu de salida, una presencia que sólo a través de la palabra se deja entrever. Sus espejos se encuentran rotos, ella misma está fragmentada. Hay una irrupción en sus quehaceres, de pronto la asalta el deseo de echarle un puñado de tierra a la leche, de reclamarle a la noche los caminos vedados. La asaltan *breves pausas, casi nada. Un alzar el rostro, un vibrar de pestañas. Una especie de alerta. Respuesta del cuerpo a algún llamado que a duras penas oía. La*

²⁶ Winston Morales. *A Eva en el desierto*

²⁷ Eugenio Montejo, *La poesía*

*aguja quedaba detenida en el aire, la cuchara suspensa sobre la olla, las manos hundidas en la tina*²⁸.

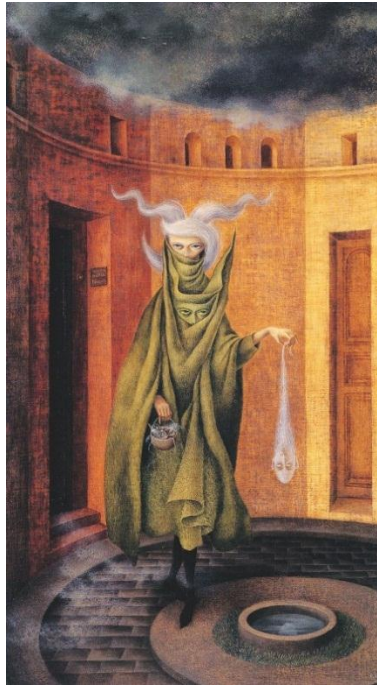


Ilustración 8. Remedios Varo (1960) Mujer Saliendo del psicoanalista

Creadora de sí misma: el propósito como pretexto del gesto rebelde

“La muchacha eligió una hebra clara. Y fue pasándola lentamente entre los hilos, como un delicado trazo de luz que la mañana repitió en la línea del horizonte.”

(Colasanti, 2004)

Se hace y se rehace como la mejor tejedora, desde sí nace el hilo que, puntada tras puntada, conforma sus formas, agujas en mano se dedica al ejercicio de construirse, de formarse, cambia de color, cambia los tonos, cambia las formas, pero su ritmo no varía; con la misma intensidad que enrolla el hilo, con esa misma sostiene las agujas, con esa misma define los

²⁸ Marina Colasanti, *Sin alas, no obstante*.

contornos, moldea la figura, tantas que es ninguna, tantas que en su multiplicidad las enuncia a todas.

Como quien no quiere la cosa, selecciona entre las experiencias del ayer y los deseos del mañana, varios tonos, piensa y también recuerda, sin rencores, sin odios, pero con las manos bañadas en los aromas de la memoria. Así se teje, así se enuncia, así ella misma es creadora de sus caminos, de su decir. Selecciona qué color le dará tono a su voz, las puntadas que marcarán la fuerza en su mirada, también en qué lugares el hilo será más delgado y aquellos en los que el grosor no puede bajar en pulgadas.

Absorta en el ejercicio de tejerse, recuerda la época en donde su trenzar solía ser endeble, urdía en ella, con el miedo a lo desconocido, palabras ajenas a su vocabulario, tampoco solía regresar al tejido, muy de cuando en cuando, una puntada tal vez, dejaba en evidencia aquello que la habitaba y se negaba a reconocer, no intuía desde las formas cristalinas ese crepitar en su interior, esa llama alumbrando en ella como mejor candil.

Pero no es la única dedicada a la labor, otros ecos acompañan el vaivén de sus agujas, ecos que incomodan, ecos que interrumpen su tejer, “qué puntadas tan gruesas”, “qué hilo tan mal trecho”, “esa no es la posición”. No es suficiente modificar sus formas, los ecos la nombran y la despojan de sus más preciados trazos; entonces, aquello que ya se intuía en el centro del pecho como mejor territorio, de pronto arde, arde y todo lo consume, aumenta el ritmo, la fuerza, el hilo no parece tener fin, y así algo se rompe, ya los ecos se reproducen en otro tiempo, uno que no le pertenece.

Tantos meses eludiendo la trampa:

Tantos meses.

La rodeas por los bordes,

Por encima de ella.

Más aún

Logras alejarte varios pasos

Y hasta por unos segundos felices

Separarla de tu vista, entrever

Ráfagas

De verde prado.

Y de súbito el deseo demente
De llegar a la trampa, hundirte entre sus paredes.
Golpear, golpear
Caer
Y caer
Llegar al fondo. (Carranza, 1976)

Porque en las pausas del hilar, todas han sentido el llamado de la trampa, ese deseo que aprisiona e invade el pensamiento con la idea de la caída, porque se intuye que en el fondo está el comienzo. La palabra misma ha sido el vehículo creador por excelencia, desde que el verbo se hizo carne, todo fue posible a través de ella, por eso a aquella mujer que teje se le vigila con la parsimoniosa seguridad de que las palabras le están vedadas, aquel vigilante se convence de que la boca no extraña el vaivén de la palabra desde las cuerdas vocales hasta la punta de la lengua.

Palabra y boca son una en el tiempo presente, en el ritmo que marcan las agujas se teje un *no sé qué*, este la invade, se apropia de ella, le permite preguntarse por el más allá, aquel que le señalan las posibilidades que se ciernen sobre sus manos. “En los estragos de mi alma hay como un nudo que me tiene intranquila” (Samanta, estudiante grado once). Se habita entonces un campo de batalla, siente el llamado desde el *afuera*, y desde su adentro retumba el eco. Pausa las manos como quien retiene su deseo; caen, atraídas por la fuerza de la tierra, las agujas, clavan en sus pasos el llamado, el reconocimiento, otra, acaso es otra la que se abre camino entre los colores y los hilos, se deshace el bordado tejido desde las huellas de tantas, sus voces se pierden entre los pliegues, no es momento de lamentaciones, otra es entonces la que recoge las agujas sin develar el temblor de sus manos, aquel que es el testimonio del cambio que se agencia en el tiempo presente. Al retomar la labor, en su ejercicio de creación se evidencian otros gestos, unos que trazan la rebeldía como territorio de conquista, porque es preciso ser rebelde para no decaer.

Porque sin rebeldía no se puede crear, es preciso revestirse de ese don rebelde, se convierte a fin de cuentas en el motor, en la chispa, en el pretexto. Ahora bien, esa mujer rebelde creadora, precisa de unas condiciones de posibilidad para rehacerse, no es en vano que

mientras teje ella esté envuelta en una paradoja, siente algo externo, surge desde ella, es la invitación, la tierra la reclama en su sabiduría. La mujer parece ser sinónimo de creación, su estar en la tierra está ligado con esta labor, desde lo cotidiano mismo sus quehaceres alimentan esta condición desde su naturaleza.

Te mueves en un mar perplejo. Tus ojos desechan antiguas claridades en las que un árbol era árbol, y la ardiente sal, un motivo para ir por el mundo.

Como los restos de un barco, te dejas abrazar por el oleaje.

Tienes piedad de ti, y de aquello que dejaste en la orilla.

Abiertas medusas te rodean. Es verdad que todo tiende sus redes hacia ti en este instante. Quieres volver porque tienes miedo, pero ya es imposible. El secreto debe ser devorado completamente. Vuelves, sin embargo dentro de ti, reconoces como cierto el rojo impulso que te lanzó al mar. (Estrada, 2018)

Si bien ya la orilla no es hogar, tampoco se repudia, se entiende que el miedo acompaña, pero no hace necesario el regreso, al contrario, este es el mejor condimento, el ingrediente preciso, ya la huida está en marcha y el pretexto es volver al tejido, con otros paisajes en la retina, con otros tonos en la voz. Se entrevén en el camino las huellas de otras que han trazado la misma ruta, otras que han izado la bandera del gesto rebelde.

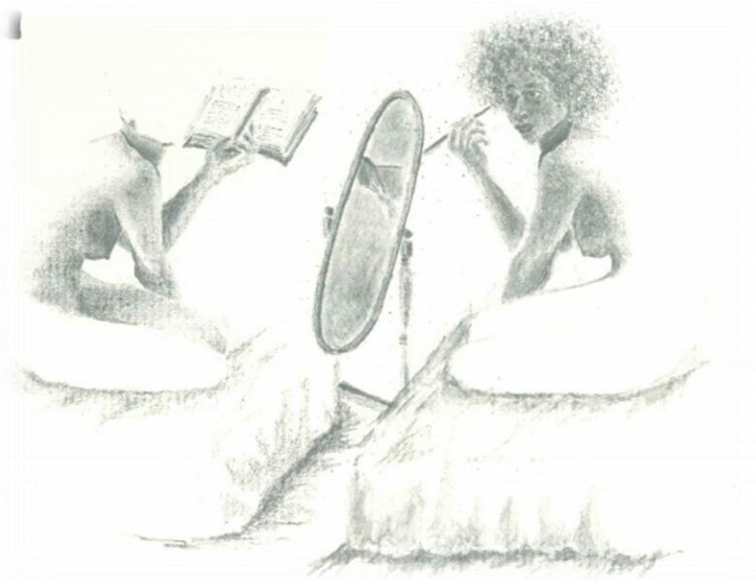


Ilustración 9. Alejandro Hernández (2019) Reflejos de la palabra

Pórtico: levantar la vista y dirigirse hacia el sur

Sobre el río moribundo

La juncia de la orilla

Se derrama

En torrentes marrones el polen pierde su vigor

El llantén deja entrever en sus raíces el final

De un camino empinado

Es por eso que los peces

Se niegan a alimentarse de aire

Los pájaros se zambullen

Y les crecen amentos

Como sauces implosionan

Antes de que el agua descalza

Nombre las piedras.

(León, 2012)

Acuna en sus brazos la idea de la fuga, resuenan cada vez más fuertes, más potentes, como la risa de Zeus, revestida en la huella que expulsa el relámpago, sus pasos; uno a uno, permiten el desprendimiento, no hay remordimiento alguno, el mundo abre sus fauces, como animal hambriento, como el mismo que la habita y la invita, los árboles reconocen en su aroma el regreso de la hija hacia la tierra.

Canta el pinar su llegada con el barbullo de sus hojas, las lamentaciones de sus troncos recostados advierten sobre el abismal sendero que se vierte en el bosque. El musgo invita al tránsito de sus insectos y el viento incita a la pérdida. Entrar al bosque es entrar a sí misma. El paso impasible que avanza hacia lo profundo lleva marcada en su suela la brújula que apunta hacia el sur del caminante. Quien deambula sus senderos da respuesta a un llamado que se originó en su propia sombra.

Así, las puertas del bosque se abren a través de conjuros, palabras ardientes nacen, se filtran a través de la boca, la misma que enuncia el cambio de tiempo. Ya nada es igual, ahora es otra la que hunde en la firmeza de la tierra sus pasos. La tierra, la lluvia, los árboles

reconocen las siluetas de quien surca entre los caminos, follaje y piel son una, canto y noche, luz, hogar.

Camina en la permanencia de aquella cuya búsqueda es ardua, pues va tras el eco de una sospecha. Como en el entramado que constituye el horizonte del bosque: no hay claridad de un final, pero el dibujo ambiguo de su palabra le tiende la mano al vacío que genera la incerteza. Se detiene entre los árboles y aprende a habitar el día desde otras meditaciones, se interesa por la lógica de sus tiempos, palpa sus raíces, se lee en sus surcos y es estudiante de las hojas en sus caídas, en la posibilidad de sus formas y sus colores; de su sencilla existencia comprende que los encuentros son otros, que no es por lógica que se entiende ese otro tiempo, que se hace necesaria una invidencia para ser testigo del mundo y que es en la escucha donde estriba el sentido, si lo hay. Detenida, con la diáfana mirada de ojos apagados escucha en el abismo de la tierra el palpitar de un tambor, el ritmo retumba en su interior, se mece en el recordatorio de una danza primigenia alrededor del fuego, es toda raíz, es toda tierra, es toda fuego, es tiempo suspendido, es ahora toda memoria.

Desde la punta hasta el talón, bailan los dedos de sus pies, aferrándose a la tierra, raíces que se desprenden, aprenden, sienten el latir de la madre entre el lodo, el pantano. Brilla entonces su cabello, bañado en el rocío fértil del lugar en el que ahora habita. Se entiende nómada entre el follaje, entre las ramas, se siente engullida en los senderos, estos se bifurcan a la expectativa, no son sus pisadas las primeras en alumbrar este territorio, otras han habitado desde la búsqueda el bosque.

El conjuro entonces se convierte en juego, en el juego de la vida, así que ella sueña a través del follaje su voz y las voces de aquellas que han sentido el llamado, crea y recrea en la misma sintonía que explora el bosque. Su caminar no hay quien lo consuma, conjura, al amparo de la noche la palabra sanadora, el gesto valiente, iza la bandera en el territorio de quien se sabe fugada, mientras reconoce en su hogar la posibilidad de un encuentro.

Está escrita en el bosque la historia de una infamia. Los árboles recuerdan el sonido seco de las horcas, los gritos atascados en el sendero de culpas forzadas. La niebla instala sobre el mundo, en el poniente y el crepúsculo, el recordatorio de una ignominia y la luz de la luna descubre en los helechos, las hiervas y las plantas, la ceniza de sus palabras, el crimen cometido contra sus historias; la arboleda se marchita en el recuento feliz del diálogo con la

mujer, de cómo el papel le confirió un caudal de expresión; rememora el encuentro afectuoso en donde naturaleza y mujer establecieron un tipo diferente de relación a la acostumbrada, aquella donde todo era poder de destrucción.

Hubo hace tiempo un lugar para la siembra. La mujer caminaba los senderos del bosque mientras musitaba una invitación. Pedía para el caminante la indulgencia del bosque, le encomendaba los tubérculos, los frutos, atender los padecimientos de quien recorría sus sinuosidades. Invocaba al rumor del bosque como su interlocutor, en sus horas más serenas encontraba en la sabana y sus ecos el recuento de un remoto relato. De aquella palabra inundó su memoria con un saber olvidado: recobró al cuerpo como muelle del mundo y su pensamiento se vio invadido por un germinar liviano, similar al diente de león, y así, cuando el viento azuzaba sus velas, sus ideas partían a otras tierras, al tiempo que la noche le revelaba en los trazos de las estrellas la ruta hacia lo posible.

Aprendió a cultivar la palabra. En tiempos de lluvia sembró a *libertad*²⁹ para que la crecida inundara la tierra y el alimento incitara al éxodo del pensamiento. Las mujeres se perdían así en la contemplación del horizonte y había en las noches un canto que inquietaba el sueño y dejaba entornadas las puertas. En la madrugada sembró el *quizá*³⁰ y entre el camino relevado y aquel que permanecía cubierto por el velo de la noche, la mujer reconquistó su poder de elección. Y cuando llegaba el tiempo de la cosecha, las manos se hundían en la tierra para escribir la memoria de una cofradía establecida entre mujer y naturaleza. Hubo un cambio con la escritura en el ser de la mujer: el mundo dejó de verse en presente absoluto y el pasado dejó de ser el vestigio del silencio; se conquistó la palabra, se acogió al otro en la promesa del futuro que supone ser leído y la mujer se hizo otra en el acto creador. La escritura fue un pronunciamiento y este fue silenciado; el fuego de la honesta intriga fue extinguido por las llamas del miedo. En el suelo que pisa está aún el recuerdo de un canto que pereció cuando hubo en los bosques una mujer.

²⁹ El deseo de libertad abarcó la mayoría de las construcciones que hicieron parte de los talleres *Grimorios: un saber prohibido* y *Palabra de mujer*. En pócimas como *Cadenas rotas*, *Para la libertad*, *Hechizo para volar* y *Resurrección*, por mencionar sólo algunas.

³⁰ El *quizá* se presenta constantemente en la producción tanto escrita como gráfica en los talleres de los tres ámbitos. Toma diferentes significaciones: como posibilidad de elección, como restitución de dominio sobre el propio cuerpo y principalmente como interrogación de lo constituido.

Hubo también otro tiempo, más reciente, cuando el bosque se encontraba enmudecido a causa de una fuerza destructora que tocó a la puerta de los más inocentes. Los cultivos hicieron de la sangre derramada el abono para fijar un silencio que se fue enraizando en las mentes de los vivos para mudar a un olvido. Cargar con la muerte fue, eventualmente, un bagaje tan pesado que los sueños no podían elevarse más allá del techo y las noches eran siempre una evocación al dolor. Las hojas fueron horadadas por las balas, las cosechas pisoteadas por las botas y el rumor del bosque fue exiliado por el hombre por ser testigo de su maldad. A la mujer le arrebataron la vida a pedazos, su tejer destejía día a día, del entramado de su memoria, los hilos de la felicidad; sus agujas fueron dando forma a un sudario que hacía de ella la historiadora de la guerra y de su cuerpo el sumo trofeo en la conquista.

La dejaron sola con su dolor y vedaron la enunciación de la memoria que se aferraba al lento caminar de su palabra. “Hubo quien vio todo, pero en ese tiempo ya no se podía decir nada” (Molano, 2001, p. 137). El silencio se plegó al pensamiento y sólo resonaba por las calles el fragor de la violencia. Cayó sobre los pueblos la peste del insomnio (García, 2014) y se olvidó el nombre de las cosas. Quedó sólo el musitar de la muerte que le fue dando nombre otra vez a los conceptos hasta que, lo que tiempo atrás era *asesinato* fue nombrado como *limpieza*, el ser humano se volvió cosa vana y la vida una molestia. En un inadvertido destello el fuego prometeico se extinguió.

Yo sí salí sabiendo que nunca iba a volver. Esa última vez miré, miré bien las paredes, toqué con estas manos el piso, consentí mis matas. Pasé por todos los cuartos y me senté en todas las camas... Todo quería metérmelo en la cabeza, como queriendo cargármelo de alguna forma. Me paré frente al espejo y me miré un buen rato. -¡Adiós, Osiris! -me despedí a mí misma, y de una vez dejé encerrada allá la esperanza. (Molano, 2001, p. 157)

Dentro de los despojos de la casa, la esperanza, y en el camino que lleva a su puerta, encallada, la memoria. Detrás de este nuevo lenguaje con que se nombró la guerra habían inflexiones que quebraban aquel embuste: quedarse a medio camino de la palabra *bien* y vacilar en la pronunciación de un nombre; detrás del olvido un tiempo que se represaba en la garganta y con los días las fisuras, y con los meses las palabras empezaban a salir húmedas y en el revés de las cosas más cotidianas como el *buenos días* un *hace tiempo*.

Las mujeres deambularon los baldíos de sus penas y las circunstancias se encargaron de cruzar sus caminos; el hombre, como es ocasión, colaboró en la constitución de la resistencia que habría de remeter contra él. Se redujo el hacer de la mujer a la descarada tarea de alimentar a los asesinos de sus hijos e hijas y esposos. En la insospechada tarea manual, donde se pretendía recluir aún más el ser de la mujer, el fuego, brotó una vez más.

Nació, entre fogatas, ollas y hervores, la narración. El tiempo represado encontró en las otras el canal para curar la memoria. El recuerdo individual del acontecimiento le dio la mano a la memoria colectiva y reclamó su estatuto de hecho. En el narrar, hebra por hebra, la mujer fue urdiendo un nuevo habitar. Poco a poco se construyó junto a las otras una madeja diferente. A cada nuevo hervor eran otras las que cocinaban. La soledad de cada una se fue apagando en la apertura a la palabra de las otras y, de ese modo, se ocuparon de cada una en la escucha y el recuento de su memoria.

Y así, en aquel tiempo, preocupantemente cercano, dada la insonoridad del bosque, las grutas, las fosas y los abismos escucharon claramente las historias de las mujeres y decidieron escindir sus tierras y ofrecer de este modo un puente hacia la memoria de los ausentes. El calor del fogón y los calderos calentaron la tierra y los pies de las mujeres se fueron hundiendo en el recuerdo mientras sus palabras germinaban e iban creciendo como árboles que permanecen, testigos. Bajo tierra, las raíces se entrecruzan, dialogan, comparten su dolor.



Ilustración 10. Carlos Saavedra (2014) Madres Terra

Por ello es que la mujer reconoce en la tierra gestos que la invocan, la hechizan, la hacen prisionera de otras formas, su cuerpo late en una sola sintonía:

Es la mujer la que regresa a la tierra
Se bifurca entre la imagen presente del recuerdo
Y aquella que construye a imagen y semejanza del grito en lo más profundo de su
angustia
En medio del follaje, en medio de la tierra
Su voz surge en tiempo presente
Arma, desarma, desnuda los pliegues de las semillas
Caen, a ojos indiscretos
Y se instauran en los pilares de la tierra,
Precisan de la noche lluviosa
Del canto del cuervo
Y mientras ocurre
Duerme
Mientras el bosque se hace testigo. (Palacios, 2019)

Despierta y presa del letargo que produce sueño no alcanza a entender qué acunan sus brazos, intuye la fuerza de la palabra en aquel objeto, emana una sensación propia de los

elementos de la tierra, pasea las huellas de sus dedos y su textura le produce un cosquilleo eléctrico que la conduce a la risa, lo observa detalladamente con la intención de captar el todo rasgo de su forma, de arriba abajo su nariz lo olfatea tratando de identificar algún olor que le resulte familiar. Dueña de todos sus sentidos y con el bosque como abrigo se entrega al eco que encuentra en el cuerpo del objeto.

Abre la primera página

Felix fémina, alcanza a leer en voz alta, mientras al pronunciar cada sílaba su corazón late desbocado; es el idioma de los hombres lo que contiene aquel objeto Mujer Feliz, se sorprende aún más al identificar lo que las palabras significan. El bosque late a su alrededor, en una sintonía cómplice que la invita a ahondar más sobre aquel objeto, siente como avala su curiosidad y promete compañía reconfortante. Continúa:

Felix fémina

Para lograr la felicidad, debes mezclar los siguientes ingredientes:

1 taza de canela

2 tazas de valeriana

Compra tu chocolate preferido

Escoge tu mejor sonrisa.

Toma una dosis cada mañana y vivirás en un mundo mágico. (Carolina, estudiante grado once)

Alguna vez, siendo niña, recuerda como martilleo seco, la voz de su abuela, mientras camina con ella, sus pasos cortos apenas y pueden seguirle el ritmo a esa mujer grande y pesada; mientras camina va contándole, con el disgusto que le produce, una historia sobre los libros antiguos de las mujeres; mira niña, aquellos libros tenían el poder de la palabra en sus páginas, el poder del fuego, la caricia del sol y el testimonio de la ciencia. Eran muy antiguos y muchos fueron escritos por mujeres osadas -así se llamaban ellas- y escupe sobre la tierra como si referirse a “ellas” le generara malestar, también tenían como bandera dizque el gesto rebelde, así, salieron a nombrar el mundo y a compartir sus hallazgos. Observaban los cielos, y escribieron sobre astrología, el bosque derramó su savia mágica sobre ellas y así pudieron nombrar las plantas medicinales, la forma de prepararlas para

aliviar los dolores, sazonar los caldos y aromatizar las instancias. El saber del mundo componía el cuerpo de estos libros. Pero no a todos les llama la atención que una mujer comparta estos temas, y menos que lo realice a través de la escritura de los hombres, porque eso no les corresponde, a ninguna. Así que historias sobre estos libros pasaron de boca en boca con el objetivo de asustar a niñas y niños como tú. Que estaban hechos de piel de tiernos bebés recién nacidos o dulces corderitos que robaban vilmente de sus madres, ¡Vaya a saber uno si no era cierto! Que eran el registro del testimonio del diablo, por eso las llamaron brujas, hechiceras. Y aquella mujer que era encontrada con uno de estos libros ardía en la más grande hoguera, con la intención de salvar su alma. Y no creo, dice la abuela, que después de hacer tanto alboroto, por unos simples libros, su alma se haya salvado; su verdadero pecado fue abandonar su hogar y por eso sí que merecían arder. La pequeña niña no pudo olvidar nunca el impacto de aquella historia; así su abuela despotricara de esas mujeres, a ella, a la niña, le parecían mujeres de otro tiempo, mujeres valientes.

Grimorios, recuerda de pronto, intuye que son bastante viejos, sus páginas son de un color café oscuro, pero poseen aún mucho brillo, algunas de sus hojas están quemadas, o manchadas o solo hay fragmentos. Emocionada, pasa la siguiente página:

Cum ateum diaboli

Si quieres combatir aquel demonio llamado sociedad machista, debes hacer lo siguiente:-

Escribe en un papel lo que el machismo no nos permite hacer

-Dos ramitas de laurel y manzanilla también

-Un clavo de canela

-una pizca de valor

Todo se revuelve bien en un gran caldero y se prende fuego, dejando que la mezcla se consuma, después toma las cenizas y espárcelas bien en un matero, al igual de fuerte que sea tu planta al crecer, así también será tu valor y fortaleza para combatir

(Sara, estudiante de grado once)

La lectura de las pócimas es en sí misma hechizo. Retumban sus palabras en la profundidad de las cavernas, la quietud del estanque se ve perturbada y el cielo mismo tiene dificultades

para retener sus ecos. El bosque se regocija al escuchar de nuevo la bella transgresión del lenguaje del hombre hecha poesía, la antigua palabra de la madre que hizo del canto de las plantas una historia, que tornó la danza de la raíces, de los frutos, de la savia alrededor del fuego, en un saber. Ocasiona un crecimiento en su interior, *felix fémina* y una pared se resquebraja, porque su felicidad no es apariencia, porque la felicidad es algo más cercano al padecer, un dolor que es buscado, una posibilidad que germina en la rotura de la falacia. *Cum ateum diaboli* y su resonancia cae en el territorio del cuerpo como tempestad; la inundación debilita las bases de las certezas, los rascacielos caen, los puentes se quiebran. Los caudales que recorren ahora el cuerpo abrazan la tierra, desbordan sus represas, dan de beber a su sequía, un aliento de vida.

Avada Kedavra

Lo dirás con el corazón y la mente, que tus labios y lengua se conecten y salga de la voz una fuerte tormenta. Para dar fin a los arquetipos, adoctrinamientos, patrones de vida de princesas, reglas que asfixian y torturan, cadenas que encierran y ciegan los ojos, órdenes y órdenes que limitan y no dejan desarrollar tu legítima rareza.

(Valeria, estudiante grado once)

Tejer era todo lo que quería hacer y en su urdir floreció un cuerpo



Ilustración 11. Alejandro Hernández (2019) Caída en fuga

El cuerpo como árbol, como semilla, como lluvia, el cuerpo como territorio de las mayores conquistas. Abanderan sus cordilleras, cercan sus geografías, mutan sus pendientes, mutilan su sonoridad. El mismo cuerpo es enterrado en un lecho de tierra, investida con hojas, árboles, raíces, fértil, bañada con el cobijo de la luz del sol y la danza del agua lluvia, surge hecha tierra, hecha bosque, hecha vida, porque el cuerpo “ha sido tatuado de discriminaciones y hay que volver a reconfigurar esa huella que está en la piel, en el corazón y en todas partes” (profesora Teresa Castro, círculo de conversación)

No es nada de mi cuerpo³¹, dices, sin embargo, enuncias mi lugar secreto como el mejor puerto, no es mi palabra la que conserva tu barca, tampoco es mi piel, y mucho menos mis pensamientos; señalas el sitio donde estuvo mi boca y lo conectas con mi sexo, ese al que te niegas a pertenecer, pero siempre encallas como pirata furtivo.

Bebes de mi obligo, succionas cada intento de fuga, exterminas de mi vocabulario la libertad desde afuera, la libertad por fuera de tu gobierno. Se convierte en piedra suave mi espalda, a tu tacto, escribes desde la pelvis, recorriendo la firmeza de mis piernas, los

³¹ Este ejercicio de escritura se inspira en el poema de Jaime Sabines *No es nada de tu cuerpo* (1977)

territorios en lo que he sido convocada por tu mano, por tu boca que reconstruye mi imagen desde tu capricho, desde la ceguera del mundo que no alcanza a revelarse al contacto con tu pupila.

Ambos podríamos confesar el pecado de la ignorancia, pero reconoces en mi iris el desvío de la luz, halo de melancolía que reviste el parpadeo que ostentas como si te perteneciera. No puedo dormir, el mismo sueño deja como testimonio de su visita las ojeras que revisten sobre mis pómulos, ¿Cómo concebir el sueño diluido a través de este cuerpo hecho fragmento?

Es entre el mismo cobijo del cuerpo, a través del fuego, que implosionan a imagen del fragmento: fuego, mirada, destellos, pelvis, erupción, piernas, lava, senos, incandescencia, palabra, todo aquello lo recibe la tierra. En un ritual casi mágico, casi místico, reposan las cenizas en el mismo lugar, donde yace aquella mujer enterrada, fértil abono para su palabra, fértil abono para su decir. Ya no es ella a través de la imagen de la carne, ahora es ella y la tierra, el bosque, el fuego.

En el grimorio que la acompaña, está registrada la imagen de la mujer como espíritu del bosque, ella levanta su mirada como guardiana de la tierra, producto de la fertilidad de la vida misma, sus pies se enuncian como el ramaje que la vincula a lo más profundo, troncos fuertes, sus piernas, caféas, rugosas, cargadas de vitalidad sostienen entre su pelvis la flor, sinónimo de delicadeza, sutilidad, renovación. Se abre camino su vientre con la imagen del universo en una espiral que conecta con su seno izquierdo, del cual brota el testimonio creador, savia dulce, sabia de vida se desliza por su costado hasta caer en la tierra, permitiendo el germinar de todo lo que se pose sobre ese territorio. Ondeas tu cabello al ritmo que marca el compás del viento y tu rostro permanece sereno, presa del regocijo de saberse hija de la tierra, hermana de todas, reconoce, en el nuevo nacimiento la naturaleza de la madre en su ser hecho semilla.



Ilustración 12. Fragmentada (Yuri 2019 estudiante grado once)

La cara oculta de la luna, con su gesto ensombrecido conmociona los baldíos de la tierra, los prados se bañan de rocío, los frutos se hacen tiernos, los sembradíos se remueven. Es tiempo de cosecha:

“Recoge la leña, sórora, prepara rápido el fuego que hoy es domingo día del señor y en la misa está todo el pueblo. Ha llegado el día en que los males purguemos; no será Jesús el redentor, será Eva, en ella Perséfone, Hipatia y la valiente Juana”
(Carolina, estudiante grado once).

Se entierran las manos en el fango para extraer la palabra prohibida, de naturaleza pétrea, oscura e inflamable. Se sacuden los cabellos y caen las manzanas por las que ha sido condenada; deambula por las praderas, las ciénagas y los ríos y se hace con la libertad. Dado lo dilatado de su vagar le sale al encuentro el amanecer y en el continuo eco de los caminos, los mostrados y los ocultos, se le revuelven las ideas y los pasos; hay un vacilar

en su tránsito, hay algo debajo de su respiración, en el abismo de su cuerpo hay un trepidar, algo erra en su hondonada y pide salida. Y de pronto se manifiesta finalmente su turbación de forma más clara. Mira el grimorio, mira lo recogido: hay un hervor que reclama a la palabra y entonces regresa y encuentra que, de repente, la sala de estar ha quedado invadida por un enorme caldero, conquista desde el centro mismo, toda la instancia, nunca ha visto un caldero de tales proporciones. Basta con que pronuncie la palabra fuego y el crepitar de la madera suena dulce, cercano, así, las sombras danzan por las paredes, ella, la mujer, aún atónita recorre con su mirada todo el lugar y pretende reconocerlo, sabe dónde se encuentra, tantas horas habitó entre esas paredes que conoce los mínimos detalles que la componen. Ella sabe qué hacer, así que, muy despacio abre el grimorio y escribe:

Una pisca de curiosidad

2 miligramos de inconformidad (regular con 3 ramitas de cidrón)

4 flores de caléndula para matizar el impacto del aire del nuevo mundo en la piel

2 onzas de lágrimas previamente derramadas

Acompañar de la sensación de ansias frente a lo que se presenta más allá de la puerta de la sala de estar. (Regular con 3 ramitas de menta, para evitar el mareo)

1 ramita de lavanda machacada para contrarrestar el agotamiento nervioso por abandonar el hogar.

Guardar en el bolsillo izquierdo, justo a la altura del corazón una ramita fresca y gruesa de ruda.

De ser posible obtener una fotografía de quien fue esa voz castradora, un cabello u alegatos de la media mañana también tendrán el mismo efecto

6 ramas Chenopodium ambrosioides, más Dos Allium sativum, esto se tritura junto en un mortero de piedra y se bañan en jugo de limón, (Sino entiendes los nombres, solo tritura paico y ajo en las cantidades ya especificadas)

8 estrellas de anís (es solo para mitigar el sabor)

Es necesaria una buena cosecha de frases u oraciones sencillas sobre lo que no deben hacer las mujeres (ingrediente fundamental)

3 hojas grandes de llantén, para recordar lo amargo de aquellas frases

1 penca de sábila (ideal para la inmunidad y la salud el corazón)

Ella se acerca despacio, disponiendo alrededor del caldero cada ingrediente señalado en el grimorio. Algunos los tenía preparados con antelación, antes de su salida al mundo. De

otros el bosque fue proveedor, casi como oráculo que profesaba el encuentro ante la poción. Con la calma de quien disfruta lo que hace siente cómo surge de sí, de la tierra, del fuego, una melodía dulce, suave, cantarina que la hace bailar; danza y ríe como quien no entiende las preocupaciones del mundo, sin embargo, para eso también es la poción. Es para desarmar, descomponer, reanimar, resignificar, es para la huida, y también es para el regreso.

Se abre la noche para recibir los vapores del caldero, su olor impregna los muebles, la mesa, las cortinas, el cabello y la palabra de la mujer que cosecha, su lengua se vuelve río, inunda cada rincón, ya no hay lugar para el miedo, es el tiempo de la reconciliación. Ahora, en la lengua de la tierra, ella danza al ritmo que tararea el fuego en su más esplendoroso crepitar.

Ahora la vida crece desde el medio de la sala, al amparo del caldero, se reconoce de nuevo en la instancia y de pronto el cansancio del viaje la invade. Se sienta y retoma su labor, las agujas estaban en el mismo lugar, en el del recuerdo; ahora puede nombrarse como la mejor tejedora de sí misma. Su presencia de mujer hermosa y antigua se desliza a través del hilo, cae con el fluir de la risa ligera, se baña en la savia creadora e inunda la tierra de la palabra, donde nace fuerte, fértil, palabra de vida.

I

Mis mejores atributos
se convirtieron en el pretexto
para construir la bienvenida

de estar paso la sala
a epicentro
aquel mismo revestido entre ires y venires
como la metáfora del regreso

no hay certeza, salvo el dormitar a través del llamado de la madre
la misma que enciende en sus manos como cerillas nuestro nombre

II

Mi nombre se enciende
mi cuerpo
el pedernal
pronuncia el candil sin intervalos, sin titubeos
sin aludir a la caída de los grandes imperios
entiendo la llama que me rodea
cómo su forma invade y me convierte en una

lumbre y mujer instauradas en el mismo lenguaje
fulgor y palabra banderas de un solo hemisferio

tejo en la maduración del territorio
mis geografías por fuera del alcance de la conquista

dueña y señora no soy
sumisa y cabizbaja no recorro los pasillos de hogar

mis pasos ahora son el eco mismo
y no la prolongación de deseos inconclusos

armo y re armo mis formas, mis continentes
desde la sala de estar
hasta la misma raíz de la madre
tierra fértil que en mí
desprende la sabia sanadora

Nunca estuvo tan claro
como hasta este momento
nunca pude intuir
las razones del secreto de mi nombre

ahora, esas palabras no mortifican
la ligereza del bocado
mi lengua entonces
despliega puentes entre tu bosque y mi casa

bienvenida soy
en este territorio
de cordilleras que se extiende
y te llama
únete a mi canto
únete a mi llama
vive en el fulgor de este
que es mi llamado. (Palacios, 2019)

Epílogo

*Tal vez no vuelva a la pradera. Lo que me enseñaron sus hombres vale para cualquier
lugar y para cualquier circunstancia.*

(Borges, *El etnógrafo*)

Sería una necesidad transitar los senderos del bosque, escuchar sus ecos, abandonarse al desconcierto de sus cielos, manchar con sus tierras el pensamiento y luego entregarse al olvido cuando el caminar, necesariamente, vire a terrenos más tristes, más duros, menos tranquilos: la ciudad. Habría que cultivar sobre el asfalto el fuego del enigma y escuchar por vía de la luna el canto del pinar lejano. Sería una ingenuidad anquilosar los gestos encontrados al camino de las vejaciones a la mujer, cuando los discursos de dominio que le apuestan a la pérdida de lo humano transpiran a todos los ámbitos, a todas las ideas, a todos los caminos.

Las rebeldías del desertar, del pronunciamiento, de la creación, por gestarse en la singularidad de relatos diversos, en la particularidad de contextos que no admiten generalización, dan cuenta a su vez de la presencia de circunstancias en las que es posible extrapolar interpelaciones. Contar la propia historia, si bien resulta significativo cuando se gesta desde la situación de la mujer, es una rebeldía que todo individuo puede acoger como forma de confrontar las formas en las que ha sido acallado. El hombre mismo ha sido víctima de su propio machismo y la interrogación que posibilita la reflexión alrededor de la propia experiencia, puede constituirse en un agente generador de cambio.

Después de todo, la humanidad en su totalidad es víctima de las circunstancias. Cada mirada aporta luces en la comprensión y transformación del comportamiento del ser humano. Entre los renglones de la literatura se encuentran también las historias de diversas exclusiones: sexual, de raza, ideológicas. La historia de la violencia por su parte está contada –cuando se cuenta - en su mayoría por una voz adulta ¿Qué tonos toma cuando son los niños los que hablan? Cuando *Los niños piensan la paz*, a propósito del libro de Javier Naranjo (2015). El discurso neoliberal tampoco se limita a la cosificación del cuerpo de la mujer, la proliferación de la imagen afecta a las culturas, a las sociedades y a todo discurso.

Cuando se configura una apuesta literaria desde la identidad narrativa y la ética del cuidado de sí y de los otros hay una irrupción paradójica en el aula. El prejuicio de lo inasible que recae sobre la palabra es salvado por la contemplación de sí mismo desde la ficcionalización de la propia vida. La razón de esto reside en la restitución del valor de lo cotidiano que permite la configuración de una formación literaria articulada a las narrativas de vida. De esta forma el encuentro que se agencia entre literatura y estudiante se distancia

de la obligación y se inscribe a unas prácticas de urgencia, pues se ponen en juego los intereses y las necesidades.

Lo anterior demanda, de parte de maestras y maestros, una inquietud de sí, un compromiso ético y político que se articulan en su quehacer. La atención sobre su pensamiento, esa presencia constante frente a sí mismos, deviene en un interrogar permanente de sus ideas, lo cual queda evidenciado en la medida en que la experiencia en el aula se torne en una experiencia narrativa ella misma. Es decir, exige una transformación desde la reflexión de lo acontecido. La propuesta de formación desde la atención en lo cotidiano hace del acto del maestro una cuestión de tacto: frente a la diferencia, porque decide problematizar la naturaleza hegemónica de las aulas y genera una apertura a las múltiples voces; frente al dolor, porque la transformación del aula como espacio de posibilidad permite la construcción, a través de la narración, de asilos lingüísticos con los que hacer frente a la angustia que detona el volver la mirada hacia el recuerdo. Finalmente, ante aquel deseo de justicia que se gesta frente “al horror del sufrimiento de los seres humanos” (Horkheimer, 1986, p. 64), desencadena una reconfiguración de la organización social, pues acomete contra formas legislativas que promueven formas de naturalización del dolor, lo envilecen en algo inevitable, algo necesario incluso desde lógicas economicistas. Si en la actualidad los gobiernos son administradores del poderío de los bancos, la literatura presente en las aulas colaborará en descubrir el *valor* de lo nimio, de aquello tan opaco y cotidiano que *hace volver la cabeza a los mismos ángeles*³².

La escuela como territorio de consolidación de la palabra crítica y la mirada aguda en el emerger del maestro

Vestimos nuestra palabra antes que nuestro cuerpo, imaginamos rostros, voces, espacios, la expectativa palpita al ritmo que marca nuestro corazón desbocado ante la emoción hacia lo desconocido, amarramos nuestros zapatos, preparamos nuestro mejor lapicero, pensamos en uno o dos poemas que nos conmueven hasta lo más profundo, así mismo, damos un par de respiraciones y entramos al aula. No es nuestra primera visita a un espacio revestido de

³² Elkin Restrepo, *Composición*. (2008). En: *La visita que no pasó del jardín*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, pp.9-10.

horas de clase, tableros y tareas. Ya hemos habitado con un paso tal vez dubitativo, un paso que en su más pura intención ha querido prepararnos justo para el momento que se avecina.

La emoción ahora es otra, no ha perdido fuerza, por el contrario, ahora se intuye distinta, más calma, sabiendo aprovechar los momentos dentro y fuera del aula. Todavía sonreímos cuando nos llaman “profes”; es curioso porque la brecha generacional que apenas y alcanza a separarnos de las estudiantes, tan delgada es que podrían confundirnos fácilmente y sentarnos en una silla con lápiz y cuaderno en mano; esta brecha reforzó el vínculo a través del reconocimiento. Las jóvenes que habitaron el aula en la misma sintonía, no alcanzan a entrever quiénes somos ahora, seguimos siendo los mismos que habitaron el aula, pero con unas nuevas expresiones en nuestro caminar; nuestro paso marcha, con nuestras ideas, posturas, colores y emociones consolidados.

Defendemos la escuela, la misma que hemos construido en el transcurrir del tiempo desde nuestra voz, un decir resuelto que se afianzó; ahora el discurso es crítico, nuestra mirada es aguda y entendemos que el aula es un territorio de posibilidad, también entendemos que nos pertenece, en la medida en que habitamos en ella, permitimos que nos transforme, que nuestros ojos, los oídos y la mente, tengan la certeza de saberse distintos. Así nos describimos al ritmo de la vida dentro de la escuela; nuestra apuesta ética, pedagógica y política como maestras y maestros está en pro de la palabra de quien habita el aula, de darle sentido, de posibilitar un ambiente en donde las relaciones se trazan sin direcciones restringidas, antes bien, que en el coro que surge entre las prisas de la contemporaneidad, permitan la pausa como tiempo de reconocimiento, como tiempo que se precisa urgente porque escasea.

Más acá del miedo- la frescura,

El brillo de la vida alrededor.

Invitación o tentación repentina

Abierta en lo hondo.

Urgencia definitiva de entender como un triunfo

La inmediatez de cuerpo,

Los sentidos

Cuando lo irremediable continúa

Y cualesquiera de los rostros cayendo

Allá al fondo

-también es nuestro. (Estrada, 2013)

Es nuestro el fondo que permite el surgir, también nos pertenece aquel tiempo presente en el que nos asumimos desde la absoluta forma que nos da vida: como maestros y maestras en un fluir continuo hacia la formación.

La ceniza como recuerdo de que hubo fuego

El bosque abre sus fauces, extiende el ramaje, la tierra se remueve, si bifurcan los caminos, quedan en evidencia senderos por los que es posible transitar, solo esperan los pasos decididos, aquellos que se animen, aún con el miedo palpitando en el pecho, a entrar sus manos en aquella tierra, a buscar aquello que tal vez pareciese preciso no buscar, pero late en el corazón de lo profundo esperando su momento.

Podría decirse que llevar a cabo una investigación en la que el tema central fue la mujer, en una institución educativa de mujeres, pudo ser un buen golpe de suerte. Ahora bien, sin desmeritar la importancia de estos dos hechos, este tema no es solo una cuestión de género, tiene tanto alcance que está relacionado con lo humano y permeado por la intención de reivindicar la voz de la mujer, no solo de aquellas que fueron inspiración en el desarrollo de la investigación, también de aquellas que nos recibieron entre tableros, sillas, cuadernos, risas y cuestionamientos; su palabra atenta siempre con la intención de avivar la llama, porque si algo estuvo siempre encendido, como insignia olímpica, fue la llama que habita en aquellas estudiantes.

Ellas fueron la confirmación de que esa llama habita en todos y en todas, y es por ello que aquí, en estas líneas, no todo está dicho, es precioso reconocerse en el combustible que la alimenta, es preciso también extender el llamado hacia la creación, al silencio.

No se detiene el incendio porque nuestras voces se presenten en lo que se intuye el final del sendero, no se detiene porque habitamos un país que suplica a gritos que irrumpamos en esos senderos que el bosque marca como invitación, ya estuvimos ahí Wollstonecraft, Leajárraga, Claudel y Malher, también estuvimos con la tierra, el follaje, el musgo y la

humedad, así como con Sofía, Gabriela, María y todas las voces que hoy se enraízan en nuestro cuerpo.

No queda ninguna verdad absoluta, queda el testimonio que se expande como el bosque mismo, hacia el candil, preparando la llama para los próximos pasos.

Resulta ser amplio el terreno cosechado a propósito de la mujer y la literatura, sin embargo, la renovación de las voces de acuerdo con la época y los paradigmas que caracterizan a esta, hacen que este tema siga vigente y que resulten tan valiosas nuevas investigaciones alrededor de esta relación. Afortunadamente, uno de los aspectos que caracteriza esta época es esa regresión hacia la imagen de la mujer y los espacios que ha ocupado o ha sido obligada a habitar, esto le da lugar a la reivindicación de tantas que por no seguir las doctrinas frente a su ser fueron borradas por el registro histórico o peor, quedaron en él como las mejores villanas.

En el país estamos transitando con pasos pequeños aún, pero firmes alrededor de los tiempos de paz, y para llegar a ellos es preciso reconocer los tiempos que la guerra nos arrebató. Darle lugar a la voz de la mujer desde los actos de resistencia sobre el eco que producen las municiones al ser disparadas, es otro sendero que queda como posibilidad de transitar; resulta necesario un territorio en el que abunden como semillas los testimonios de tantas que fueron testigos, protagonistas y valientes.

Ahora bien, las dinámicas del neoliberalismo nos arrancan del placer contemplativo de nuestro ser y del cuerpo que habitamos; resulta necesaria la reflexión alrededor de la construcción frente a lo que implica y es el cuerpo de la mujer, ese que se convierte en territorio de conquistas, batallas y conflictos, pero también está enmarcado en una relación directa con la tierra, con la vida.

Es preciso ahondar en cómo se pueden lograr articulaciones entre una propuesta como la nuestra y lo institucional, desde sus currículos, sus planes de área. ¿Qué presencia tiene la ética en los lineamientos curriculares del área de lengua castellana? ¿Cómo pervive la memoria en la escuela? ¿A manera de Historia oficial, memoria individual o memoria colectiva? ¿Cuáles son los alcances de una apuesta pedagógica institucional que se preocupe por la articulación de la cotidianidad del estudiante con la creación de saberes? En

lo que se refiere al discurso que atraviesa a la escuela desde una razón instrumental, ¿cómo se configura la escuela misma en una gramática? ¿Qué discusiones se pueden dar alrededor de su búsqueda de absolutos para posibilitar la emergencia de un nuevo tipo de palabra insegura, inacabada y viva? En cuestión de sinsabores, ¿cómo hablar de contingencias, diferencias radicales, atención a la palabra del otro en un ambiente escolar sobrepoblado, donde inevitablemente permanecerán los silencios, donde el maestro mismo es víctima de un tiempo monumental que coarta el tránsito demorado de la palabra que transforma?

No obstante, quedan preguntas, como promesas de un fuego que arderá de nuevo, porque “si bien los hombres han de morir, no han nacido para eso sino para comenzar” (Arendt, 1993, p. 265).

Cayendo del cielo

Pasa la magia, mas los grandes poderes
son como eran. En las noches de agosto ignoras
si lo que cae es una estrella o es otra cosa.
Si es precisamente lo que ha de caer, lo ignoras.
Y no sabes si jugar a los deseos es apropiado.
¿Adivinar? ¿En el caos interplanetario?
¿Cómo si tuviéramos el siglo no-veinte hoy?
Que el relámpago te jure: soy chispa, chispa soy,
de la cola del cometa una chispa verdadera,
nada más que chispa que lentamente expira
no soy yo quien cae en los periódicos de la mañana,
es la otra, la de al lado, la del motor averiado.

(Wisława Szymborska, 1972)

Referencias bibliográficas

- Ander-Egg, E. (1991). *El taller: una alternativa de renovación pedagógica*. Buenos Aires: Editorial Magisterio del Río de la Plata.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós
- Atwood, M (2017). *El cuento de la criada*. Barcelona: Salamadra
- Bauman, Z. (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa
- Beauvoir, s. d. (2011). *El segundo sexo*. Buenos Aires. Debolsillo.
- Botía, A. B. (2002). "¿De nobis ipsis silemus?": Epistemología de la investigación biográfico narrativa en educación. *Revista electrónica de investigación educativa*, 26.
- Bruner, J. (2013). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- CNMH. (2011). *Mujeres y guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano*. Bogotá: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
- Delory, C. (2015). *La condición biográfica: ensayos sobre el relato de sí en la modernidad avanzada*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Esquivel, L. (1989). *Como agua para chocolate*. Ciudad de México. Alfaguara.
- Estrada, L. (2018). *Katábasis*. Medellín. Tragaluz
- Farina, C. (2007). La formación del territorio. Saber del abandono y creación de un mundo. *Funámbulos Editores*. p.115 - 128
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: Ediciones de la piqueta.
- Galeano, M. E. (2004). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín: Fondo editorial universidad EAFIT
- Gutiérrez, R. (2011). *Ensayos sobre literatura Colombiana. I*. Medellín: Ediciones UNAULA.
- Han, B. C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder.

- Horkheimer, M. (1986). *Ocaso*. Barcelona: Anthropos.
- León, Y. (2012). *Entre árboles y piedras*. Bogotá: Planeta
- Loynaz, D. M. (2009). *Antología poética*. Medellín: Todográficas.
- Marín, E.D. (2012). Educación de lo sensible: tras las huellas del pensamiento de Michel Foucault. *Revista colombiana de educación*. (63), p. 235-253.
- Mèlich, J.C. (2003). La sabiduría de lo incierto. Sobre ética y educación desde un punto de vista literario. *Educación*. (31), p. 33 -45.
- Mèlich, J.C. (2009). Ética y Narración. *Ars Brevis*. p. 136-150
- Mèlich, J.C. (2010). *Ética de la compasión*. Barcelona: Herber.
- Molano, A. (2001). *Desterrados, crónicas del desarraigo*. Bogotá: El áncora editores
- Moliner, M. (1996). La mujer y la literatura. *Asparkia*. (6), p. 189-191
- Montero, R. (1995). *Historias de mujeres*. Madrid. Alfaguara
- Murillo, G. J. (2019). Vivir para educar(se): una experiencia en búsqueda de narrador. *@mbienteeducação*, (12), p. 33-49.
- Nietzsche, F. (1998). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza.
- Polo, J. (2010). *Perfiles posmodernos. Algunas derivas del pensamiento contemporáneo*. Barcelona: Dykinson
- Ricoeur, P. (2005). *Caminos del reconocimiento: tres estudios*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Skliar, C. (2014). Ocho cuestiones y dos paréntesis sobre la escritura y lectura frente al lenguaje perdido en las instituciones. *Errancia*.
- Wittgenstein, L. (1999). *Tractatus logico-philosophicus*. Frankfurt: Suhrkamp.

LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

Anexos

Anexo 1. Consentimientos informados de las profesoras que participaron en el círculo de conversación.

Medellín, Mayo 30 del 2019

Leidy Johana Rivillas

Respetada profesora, reciba un cordial saludo

En el marco de nuestra práctica profesional en la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana, venimos desarrollando el proyecto titulado *Tras los gestos rebeldes: Narrativas e imágenes de mujer para desacomodar las formas y configurar una ética del cuidado de sí y de los otros*. Esta propuesta tiene como propósitos: Develar las imágenes sobre ser mujer en los ámbitos de la literatura, en el discurso neoliberal y en el contexto de la historia reciente sobre la violencia en Colombia, en función de procesos de formación que aporten a la construcción de una identidad narrativa en las estudiantes y a la generación de prácticas del cuidado de sí y de los otros; la problematización de estas imágenes y el reconocimiento de los imaginarios que las estudiantes tienen sobre el ser mujer. Dentro de las estrategias que hemos considerado en nuestra ruta metodológica está la generación de unos círculos de conversación con expertos en los temas de nuestro proyecto. En atención a su formación, a su trayectoria académica y a su experiencia profesional, queremos extenderle la invitación a participar en un espacio de interlocución con nosotros. Las miradas, posturas y discusiones que emerjan en este diálogo, tendrán un fin exclusivamente académico.

Si acepta esta invitación a conversar, agradecemos su consentimiento.

Participantes:

Johana Rivillas

Destinatario

Lina Palacios

Alejandro Hernández
Maestros en formación

LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

Medellín, Mayo 30 del 2019

Teresa Castro

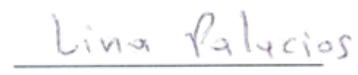

Respetada profesora, reciba un cordial saludo

En el marco de nuestra práctica profesional en la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana, venimos desarrollando el proyecto titulado *Tras los gestos rebeldes: Narrativas e imágenes de mujer para desacomodar las formas y configurar una ética del cuidado de sí y de los otros*. Esta propuesta tiene como propósitos: Develar las imágenes sobre ser mujer en los ámbitos de la literatura, en el discurso neoliberal y en el contexto de la historia reciente sobre la violencia en Colombia, en función de procesos de formación que aporten a la construcción de una identidad narrativa en las estudiantes y a la generación de prácticas del cuidado de sí y de los otros; la problematización de estas imágenes y el reconocimiento de los imaginarios que las estudiantes tienen sobre el ser mujer. Dentro de las estrategias que hemos considerado en nuestra ruta metodológica está la generación de unos círculos de conversación con expertos en los temas de nuestro proyecto. En atención a su formación, a su trayectoria académica y a su experiencia profesional, queremos extenderle la invitación a participar en un espacio de interlocución con nosotros. Las miradas, posturas y discusiones que emerjan en este diálogo, tendrán un fin exclusivamente académico.

Si acepta esta invitación a conversar, agradecemos su consentimiento.

Participantes:


Destinatario



Maestros en formación

LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

Medellín, Mayo 30 del 2019

Laura Giraldo

Respetada profesora, reciba un cordial saludo

En el marco de nuestra práctica profesional en la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana, venimos desarrollando el proyecto titulado *Tras los gestos rebeldes: Narrativas e imágenes de mujer para desacomodar las formas y configurar una ética del cuidado de sí y de los otros*. Esta propuesta tiene como propósitos: Develar las imágenes sobre ser mujer en los ámbitos de la literatura, en el discurso neoliberal y en el contexto de la historia reciente sobre la violencia en Colombia, en función de procesos de formación que aporten a la construcción de una identidad narrativa en las estudiantes y a la generación de prácticas del cuidado de sí y de los otros; la problematización de estas imágenes y el reconocimiento de los imaginarios que las estudiantes tienen sobre el ser mujer. Dentro de las estrategias que hemos considerado en nuestra ruta metodológica está la generación de unos círculos de conversación con expertos en los temas de nuestro proyecto. En atención a su formación, a su trayectoria académica y a su experiencia profesional, queremos extenderle la invitación a participar en un espacio de interlocución con nosotros. Las miradas, posturas y discusiones que emerjan en este diálogo, tendrán un fin exclusivamente académico.

Si acepta esta invitación a conversar, agradecemos su consentimiento.

Participantes:

Laura Giraldo García
Destinatario

Lina Palacios
Alejandro Hernández
Maestros en formación



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Facultad de Educación

LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

Medellín, Mayo 30 del 2019

Camila Giraldo

Respetada, reciba un cordial saludo

En el marco de nuestra práctica profesional en la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana, venimos desarrollando el proyecto titulado *Tras los gestos rebeldes: Narrativas e imágenes de mujer para desacomodar las formas y configurar una ética del cuidado de sí y de los otros*. Esta propuesta tiene como propósitos: Develar las imágenes sobre ser mujer en los ámbitos de la literatura, en el discurso neoliberal y en el contexto de la historia reciente sobre la violencia en Colombia, en función de procesos de formación que aporten a la construcción de una identidad narrativa en las estudiantes y a la generación de prácticas del cuidado de sí y de los otros; la problematización de estas imágenes y el reconocimiento de los imaginarios que las estudiantes tienen sobre el ser mujer. Dentro de las estrategias que hemos considerado en nuestra ruta metodológica está la generación de unos círculos de conversación con expertos en los temas de nuestro proyecto. En atención a su formación, a su trayectoria académica y a su experiencia profesional, queremos extenderle la invitación a participar en un espacio de interlocución con nosotros. Las miradas, posturas y discusiones que emerjan en este diálogo, tendrán un fin exclusivamente académico.

Si acepta esta invitación a conversar, agradecemos su consentimiento.

Participantes:

Maria Camila Giraldo

Destinatario

Lina Palacio

Alejandro Hernández

Maestros en formación

Anexo 2. Certificado de participación en eventos.



La Facultad de Educación y la Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana
certifican que:

Alejandro Hernández Flórez

C.C. 1037237675

Participó con la ponencia:

De rebeldías y gestos: pronunciamientos sobre el ser mujer desde los entretejidos de la formación literaria.

en el **“V Encuentro Regional de Investigación, Educación y Lenguaje”**

realizado en la sede Nordeste de la Universidad de Antioquia en el municipio de Amalfi,
el 20 y 21 de septiembre de 2019, con una intensidad de 20 horas.

En constancia firman,



Wilson Bolívar Buriticá
Decano Facultad de Educación



Edgar Ocampo Ruiz
Jefe Departamento de Extensión



Diela Bibiana Betancur
Coordinadora Licenciatura en Literatura
y Lengua Castellana



